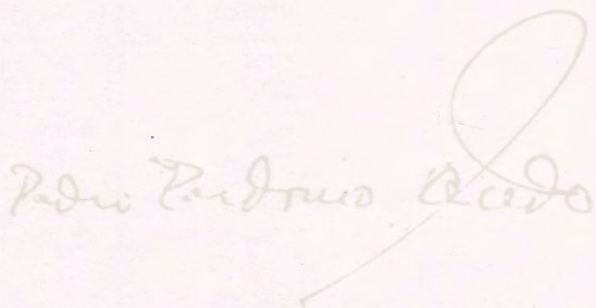


Pedro Perdomo Acedo

Antología poética



BIBLIOTECA BASICA CANARIA

33

ANTOLOGÍA POÉTICA

Edición de Manuel Alvar



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Álamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Míreya Jiménez Jaén

Pedro Perdomo Acedo

ANTOLOGÍA POÉTICA

Islas Canarias
1990

- © Para la introducción **Manuel Alvar**
- © Para el texto **Pedro Perdomo Acedo**
- ©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-36-9

Depósito Legal: M. 20.411-1990

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCIÓN: LA POESÍA DE PEDRO PERDOMO	15
El hombre	15
El sentido de la muerte	16
Pedro Perdomo, poeta del amor	21
Primera plenitud	23
Ternura, palabra clave	29
El canto a la soledad	32
Futurismo frustrado	35
El mar, la mar y siempre el mar	37
Libros inéditos	41
Final	44
LA MUERTE IMAGINADA	51
EPITALAMIO SIN FIN	57
AVE BREVE	65
I	
Balada del enamorado	67
Balada de la penumbra	68
Balada del fuego	68

	<u>Págs.</u>
Balada de lo inefable	70
Balada de la esperanza	70
Balada de la guagua	71
Balada del sueño de una noche de agosto	71
Balada del viernes	72
Balada de la gratitud	73
Balada amorosa	73
Balada de la angustia	74
Balada de tu adiós	74

II

Balada de la indiferencia	75
Balada de la rosa bermeja	76
Balada de la media naranja	76
Balada de los lentes ahumados	77
Balada de la sonrisa indescifrable	78
Balada del humo	78
Balada de la sombra	79
Balada de la duda	80
Balada de las estrellas desprendidas de los ojos	80
Balada de la fugitiva	81
Balada de la ausencia	81
Balada de la búsqueda	82
Balada del rocío	82
Balada de lo irremediable	83
Balada de la corriente del río	83
Balada de la desesperación	83
Balada de lo imposible	84
Balada del desengaño	84

III

Balada de marzo	85
Balada del muro blanco	87

	<u>Págs.</u>
Oda a la madre	87
Balada de las once de la noche	89
Balada del remolino en flor	90
Balada del fuego fatuo	91
Balada de la atmósfera	92
Balada de la eterna nostalgia	93
Balada del tiempo que habrá de volver	94
Balada de la duna	95
Balada del huésped eterno	96
Oda a mi ruiseñor	96
Balada nostálgica	98
Balada del espíritu	99
 CABALLO DE BRONCE	 101
Alba	103
Rosas	104
Eternidad	104
Jaula	105
Azahar	105
Nocturno invernal con luna	106
Elegía de la madre ajena	107
Nido	108
Fiebre	109
Extrospección	110
Angustia	111
Balada de la niñez sin río	111
Azucena	112
Inhibición	113
Caballo de bronce	113
Trompo de música	119
Patria eterna	120
Igual que amor	121

	<u>Págs.</u>
ODA A LANZAROTE	123
I	125
II	126
DOS POEMAS	129
Semejantes al metro	129
Espárrago amarguero	129
VOLVER ES RESUCITAR	131
CIELO DE IDA	133
Oda espacial	133
Mientras los microscopios... ..	134
Vamos a lapidarle su secreto a la noche	135
Ascensión	135
Igual que los salvajes, a los dioses matamos ...	136
Llevando estoy tu nombre por el cielo	136
En las tundras monótonas del cielo	137
Hogar aéreo	138
Ella	138
Obtestación	139
Escala técnica	140
Elevación	141
INTERMEZZO TERRESTRE	143
Yema de sombra	143
Recalada	143
Torre de Londres	144
Ave de estación	144
En un lugar de Soho	144
Extravío	145
Bodegón en el Hotel	145
Niebla	145
Planetario	146

	<u>Págs.</u>
Noche en Notting Hill	148
Canario cautivo	148
Oxford invisible	150
"The man in the street"	150
Alarma bélica	151
La inútil nave famosa	151
Trafalgar Square	152
Elegía naval de un sábado demente	154
Entre el brocado de sombras	157
Canción de marcha	159
Salida	160
 CIELO DE VUELTA	 161
Avión de línea	161
A la llamada justa de la estrella que miro	162
Puente aéreo	162
Las estrellas... ..	163
Para ver la flor tirante de la jirafa	163
Visitación	164
Retrovisión-I	164
Con las rígidas alas del transporte moderno... ..	164
Oración en el espacio	165
Tu patria	166
Con mi ánima nueva repatriada de pronto.....	166
Los hijos de mis hijos	167
El palmito negro	168
Dulcemente navegamos	169
Custodia de luz	169
Torre tutora	169
Retrovisión-II	169
Aeroclub	170
Aerofanía	170
Tormenta habitada	171
Cielo de repuesto	173

	<u>Págs.</u>
Eternidad	173
Estrecho	173
Cuando enferma el espacio	174
Pero dinamizamos solamente una estrella	174
Gloria terrestre	174
Mar migado	175
Pita de Guacimeta	176
Chumbera de "Los Estancos"	177
Aeropuerto	177
En la órbita de espera... ..	177
Habiendo sido ala sin dejar de ser tierra	178
Patria isleña	178
Terminal	179
 ELEGÍA DEL CAPITÁN MERCANTE	 181
Elegía del Capitán Mercante	183
Botella itinerante	189
 LUZ DE AGUA	 191
I. Rapsodia Náutica	193
Coda	207
II. Adiafa (Fragmentos)	209
Oda al viento de fuerza siete	209
Ay, cada quilla surca un mar distinto	210
Como la ortiga al defender el suelo	211
Mas mi amor no analiza	211
Un teclado de mástiles para los serafines	212
Saltén conmigo a tierra los pies que sólo pi- san	213
Una mostaza de arena enyugando el océano ..	213

	<u>Págs.</u>
Y un alga, barrenando su banderín de arena...	214
Las patrias tienen sueño	214
Gánigo del silencio	215
ÚLTIMA NOCHE CONTIGO	217
I. Última noche contigo	219
II. Comunicatio interrupta	223

INTRODUCCIÓN

LA POESIA DE PEDRO PERDOMO

EL HOMBRE

Ventura Doreste, amigo y editor de Pedro Perdomo, ha dado unas cuantas referencias biográficas que son valiosas a la hora de presentar al poeta grancanario. Con sus datos, y otros esparcidos aquí y allá, puedo preparar estas líneas ambientadoras.

Perdomo había nacido en Las Palmas el 16 de mayo de 1897. Allí estudió magisterio, en Madrid fue periodista (1917-1928) y colaboró en *España*, en la *Revista de Occidente*, en *La Lectura*, y en el bonaerense *Nosotros*. Vuelto a su ciudad fundó *El país* (1928-1933), regresó a la Península: colaboraciones en *El Sol* (1935) hasta 1936. La guerra lo sorprendió en Andalucía, mientras su esposa estaba en Madrid; en Francia se reunió la familia y, juntos ya, se instalaron definitivamente en su ciudad natal (Perdomo director del *Diario de Las Palmas*, profesor de literatura). Por 1966 había abandonado toda actividad y se dedicaba a preparar su obra poética. Se anunciaba como próxima la publicación de un libro que ahora nos sería muy útil: su obra poética completa. Como de otras muchas cosas, sólo nos queda el título. (De esto me ocuparé cuando comente los *Libros inéditos* en este mismo prólogo).

En enero de 1976 murió doña Julia Azopardo, su fidelísima esposa, y él la buscó, hacia el epitalamio sin fin, el 29 de mayo de 1977.

Por 1965 conocí a Pedro Perdomo. En aquella tertulia de la Casa de Colón en la que departíamos Ventura Doreste, Alfonso Armas y yo, cuando los cursos me llevaban a las Islas. Venían escritores, artistas, administradores, pero pasaban. Sólo don Pedro, desde la cercanía de su casa en la plaza de Santa Ana, se acercaba asiduo. Hablábamos y hablaba. Él, don Manuel; yo, don Pedro. Tenía humor isleño y saber universal. Yo pensaba en Viera y Clavijo que también vivía allí, a salto de galgo; pensaba en lo que debió ser el siglo XVIII con el Arcediano de Fuerteventura. Don Pedro —corpulento— empezaba a escorarse. Venía a algunas de mis clases y sus ojos se perdían tras el vidrio de los lentes. Un día, el hijo debía operarse en Sevilla; la madre fue a cuidarlo y ya no volvió. Don Pedro seguía con su fiel amistad. La última vez que lo vi fue en una breve visita: había venido a Madrid y me buscó en el Consejo. Yo estaba trabajando en el fichero medieval y él renqueaba y respiraba anhelosamente. Se cansaba y no quería que yo sufriera con sus ahogos. Se fue pronto. Quedó su humanidad de niño grande. Un día Ventura —otra sombra entrañable— me llamó: don Pedro ha muerto. Y hoy, cuando el verano angustioso de 1989 se empeña en no abandonarme, he vuelto sobre los textos de mi amigo y le dedico estas páginas que él sabrá leer.

EL SENTIDO DE LA MUERTE

Los sonetos de *La muerte imaginada* son un tratado de vida. Que nada enseña tanto a amar como la añagaza de su pérdida. Pero esos hechos ineluctables del ser o del no ser no son de hoy, por más que cada uno tenga que estrenarlos: antes de nosotros, millones y millones de hombres sintieron lo mismo que sentimos y nos legaron

su indeciso ademán. Pedro Perdomo es un hombre culto que medita por sí, que se asoma a una dolorida experiencia y que busca amparo en la enseñanza que dan quienes nos precedieron con un gesto de conformidad o de incertidumbre. Pedro Perdomo dice bien: muerte imaginada, lo que es tanto como presentida para sí y sabida para otros. Su dolorido sentir tiene en este libro tres nombres: Cervantes, Unamuno, Quevedo, en tal orden de presencias. No digamos que todo es literatura cuando la carne ha sido aterazada. Y vienen los recuerdos. Una piedra en la plaza Mayor de Salamanca dice admonitivamente: "Los que dan consejos ciertos/ a los vivos, son los muertos". Perdomo lo sabe: un día, el caballero educado para la vida se encuentra con el ataúd de un apestado, no caben falacias: aquel hombre, cuya muerte aún no estaba presentida, piensa salir gallardamente al encuentro convocado. Entonces, toma su corcel, asegura el pie en el estribo y se pone en camino. Sí, allí está Cervantes: la muerte anunciada y el camino entre las sombras. (Pienso también, ¿habrá leído Perdomo la muerte de Adonais que cantó Shelley? Queda la *hora fatal* para nuestro daño.) Cervantes le asegura ese estribo y le da esa cauda de tres versos digamos como estrambote; pudieran sobrar los añadidos del soneto I, pero Cervantes es una buena compañía cuando se trata de sonetos anómalos (y antes también), y se aduce —una vez tan sólo— el terceto innecesario para el sentido del poema, preciso para confirmar la filiación, aunque en el conceptuoso final nos asalten días de indulgencia: *no me mueve mi Dios para quererte*.

El sentido de la muerte en estos sonetos tiene mezclas de serenidad clásica y de contorsión barroca. Monumentos funerarios de la Grecia antigua en los que el hombre se aproxima a una mujer, se sienten próximos y se comprenden: gestos cotidianos. Pero aquel hombre, cuyo rostro no se contorsiona con rostros de dolor, deja caer, lánguidamente a lo largo de los pliegues de su túnica, una

mano que sostiene la máscara de su muerte. Es el soneto II:

cerrad mis ojos, suprimid los duelos,
la máscara traed de la impasible
y el último calor muera en su hielo.

Es el dolor de despertar tras el sueño de la vida y encontrarse —¿otro tópico imprescindible?— en el día de la eternidad, comprobando que en la eternidad los días ya no existen. Los dos cuartetos del soneto son hermosos, pero trascendidamente innecesarios: morir no es fácil ni difícil. Depende. Lo único cierto es que se muere, sin haber ensayado con anterioridad. Y estas ideas de Pedro Perdomo nos llevan a una cuestión formal. (Dos sonetos y, ya, estrambote, endecasílabos agudos. ¿Cuánta responsabilidad en el manejo de la técnica?). La cuestión formal es saber organizar un libro de poemas y estos sonetos se van trabando en torno a un tópico archisabido, pero de perenne actualidad. Es Unamuno quien nos habla ahora para —desde su punto de partida— volar con gallardía. Escuchemos a don Miguel:

Nunca viste a piedad el cielo abierto,
luchaste sin la luz que al bravo alienta,
contra la suerte, fría y avarienta,
y empiezas a vivir después de muerto.

Luego los ecos del rector de Salamanca se borran y nos deja el desencanto de dos espléndidos tercetos barrocos:

Presente estuve aquí, mas para nada,
que el mayor interés de la partida
en alto precio se estimó comprada;

y en una hora se quedó fallida
y en un minuto se quedó ignorada
la suma satisfecha por la vida.

Diríamos el *Discurso de la verdad*, de don Miguel de Mañara, Unamuno es demasiado fácil de rastrear y no merece la pena seguir este camino. Son sonetos de suprema dignidad (así el V) y de rigurosa técnica, de tópicos también. No lo digo con el menor asomo de limitación, sino como posibilidad única a la hora de las identificaciones. Morir es un hecho ineluctable y todos lo sentimos. La novedad no está en hablar de la fugacidad de la vida o del destino ultraterreno, la novedad está en dar forma nueva a los más viejos sentires, cosa que hace Pedro Perdomo. Que hable por mí el segundo terceto del soneto VII:

Pues más alumbra el sol cuando declina,
algo vivo hasta hoy, que en mí se muere,
consumiéndose va cuando camina.

La vida nos va matando día a día, pero, con cada alborar, renacemos. Mito solar el hombre que un día deja de cumplirse cuando ha pasado ya la barrera de la aurora. Unamuno dijo simplemente "parto de desnacer será mi vida". Hemos leído que la idea era quevedesca o nueva. Ninguna de las dos cosas, o ambas: en la escena cuarta del acto III de *La muerte de Agripina*, Cyrano de Bergerac había dejado este verso: "Et puis, mourir n'est rien, c'est achever de naître!". Quisiera que esto aclarara lo que quiero decir. La vuelta a una juventud tras la muerte que nos hará ser —de nuevo— gloriosos y triunfales como en nuestros mejores días; idea cristiana que, como tantas, va salpicando la poesía de Pedro Perdomo. Y esto nos abre la puerta de ese gran poema que es la *Última noche contigo*, último que el autor vio impreso (1976).

Pedro Perdomo vuelve a la más noble tradición clásica y vuelve a sus lecturas preferidas. Un lema de Unamuno e incrustado un verso estremecedor de Quevedo. Que también en el dolor el acompañamiento cuenta. Hablar de Jorge Manrique es un lugar común que no sé si tiene sentido, pero el arranque del poema tiene la dignidad contenida

—y explícita— de las endechas clásicas. La personificación de la Muerte, el diálogo, la conformidad del caballero, el rumor de las fuentes de Epidauro o la estela de la barquilla en el cauce de las aguas. Vuelven los mitos: el varón que ha quedado en soledad muere, como en la colina de los asfodelos, plantas sin estambres ni pistilos y el símbolo del agua deja de ser fecundante y vital para erigirse como un denso vidrio que separara la vida de la muerte. Acaso sea éste el testimonio más desgarrador: ver y no oír. Los labios se mueven y los gestos tienen una presencia inane. La muerte ha interrumpido la comunicación de aquella mujer con el hombre que sigue esperando; ni siquiera ya por mucho tiempo, pues la ausencia no se considera definitiva y volverá la unión

cuando volvamos los muertos
a suplir en los hogares
la ausencia de cuantos hijos
ocupen nuestras vacantes.

Pedro Perdomo se sitúa en otra gran tradición: la de la fe en la propia continuidad, no por la fama o la obra que lega, sino por considerarse dueño de una serie de ideas o creencias que no quiere que se interrumpan, digamos ternura, digamos vínculos indisolubles. Ni se niega a morir, ni pide la resurrección: se conforma con que las cosas sigan siendo como son o, mejor acaso, como fueron cuando la novia era una presencia de candores

sin que nos abran camino
las bengalas de la carne,
¡qué infinito en pie de amor
fuera el 8 de tu calle!

(Ese 8 de la casa de la novia que le ha traído el *lemniscata*, pedantísimo de unos versos anteriores.) Ni metamorfosis, ni trascendencia, simplemente el gozo de vivir en la plenitud no desgastada por el tiempo. Que tan baladí es vivir sin la presencia de la muerte, como pensar en

ella sin la satisfacción de amar a las criaturas. Todo resulta prematuro y todo encierra un temblor de esperanza. Ni un gesto teatral, ni un grito vano, la dignidad del varón resignado que lleva consigo la muerte y no necesita aprenderla en los demás.

Estas dos contemplaciones de la muerte son hartamente distintas. En 1943, Pedro Perdomo hace unas consideraciones metafísicas y, por tanto, de valor universal. No la realidad sentida de inmediato, ni la acuciante presencia, sino la idea abstracta que a todos atañe y que a todos llegará en una fecha precisa. Mientras que en 1976 lo que se siente es la presencia física que ha llegado a la conciencia inmediata del morir porque el hombre ya está solo y siente la esperanza del supremo mañana

con que al final de mi pena
zarmando para este viaje
pudiéramos algún día
saber lo que no se sabe.

Lejos el olvido que se ha querido ver en la muerte; también ahora la esperanza de un conocimiento total, más ineluctable que la obligación de vivir, aunque se haya sentido el desgarramiento de la muerte de la mujer amada.

PEDRO PERDOMO, POETA DEL AMOR

A la época misma de *La muerte imaginada* pertenecen los sonetos de *Epitalamio sin fin* (1945). Técnicamente coinciden con los precedentes, si acaso alguna licencia permitida en el impreso con el número II. En cuanto al contenido es como un corolario invertido: ahora la plenitud del amor alcanzado. No la zozobra del morir, sino la alegría de la asunción total. Estos sonetos a la esposa recién llegada no son el canto al placer, sino su sacrificio para conseguir el desasimiento material en la entrega:

Al tocarte, mi mano se hace cielo,
siendo su natural cosa distinta;
no una fracción me das, que me das toda

tu vida corporal, todo tu anhelo;
y así mi corazón, del tuyo en cinta,
te da el eterno fruto de estas bodas.

Aquellos dos cuerpos encontrados se han fundido en las almas dentro y fuera de sí mismos, como si de una conversación infinita se tratara, que sólo se silenciara en la muerte. Pero ninguna tristeza amarga en estos días de exultante gozo. Sí, la reiteración de unos recónditos hallazgos que consiguen la plenitud del hombre. Pedro Perdomo escribe unos limpios y transparentes sonetos. Las vidas enlazadas son ya el testimonio de las infinitas esperanzas ("pues desposados nuestros dos destinos/ fuego ha de dar aún la escondida nieve") que culminan en un himno de reconocimiento acompasado a las gracias recibidas. Es hermosísimo el último soneto por cuanto tiene de recapitulación del arpegio sostenido y de sinfonía que se eleva para derramarse en una catarata de trémolos. El primer soneto inicia una confesión religiosa en la que el hombre se transustancia en criatura celeste; después se libera de la carne (soneto III) e inicia una ascensión conducida por las manos piadosas que lo asisten (V) y que llevan a la hipóstasis con la criatura amada (VI). Como en una teoría mística, descender de la unión es un doloroso caminar en el que el alma enamorada pierde su tiento al sentirse ajena de los sentimientos que le dan vida (VII-VIII). El estado de gracia sólo se recupera al liberarse, total, para entregar los logros del amor al Creador que ha permitido el descubrimiento de todo aquel mundo de misterios ya desvelados. Como si esta salvación de la carne liberada se hubiera conseguido con la gracia vertida sobre las criaturas. Entonces el poeta canta su propio *Magnificat* de gratitud porque ha sentido la inspiración como una dación generosa del Hacedor. El matrimonio ha sublimado a la

poesía y la ha liberado del dolor que producía su contingencia humana y su amago de la muerte, presentida siempre:

Permíteme, mi Dios, que te devuelva
la gracia por tu mano derramada
en el rosal en flor como en la selva,
en la tierra en barbecho, en la labrada.

No ha de alegrarme más la mirada
que hacia tu inmensidad rápida vuelva,
ni problema ninguno en que resuelva
otra verdad que la por ti encarnada.

Tan hondo y puro mi vivir ha sido
y tan de tu sustancia está empapado
que más vidas de una ya he vivido;

me diste mucho más de lo soñado
y antes que me haga piedra el duro olvido
te devuelvo, mi Dios, lo que me has dado.

El amor se culmina y logra gracias al matrimonio; las pasiones se amortecen y las ilusiones se hacen perdurables. En la mujer el poeta ha encontrado su propia purificación y el camino que lo lleva a su plenitud.

PRIMERA PLENITUD

En *Halcón*, prestigiosa colección de poesía, publicó Pedro Perdomo su *Ave breve* (1948). Es un libro de plenitud. También el poeta ha conseguido su humana madurez. El retrato de Manolo Millares Sall es perfecto. No discutamos el valor artístico de los retratos; mucho se ha dicho. Pero dicho queda también que un retrato sin parecido no es bueno. Pedro Perdomo está aquí como Pedro Perdomo, tan otro del que dibujó Beuter en *La muerte imaginada* y tan distinto del que era en 1922, según nos lo dejó Cleto Ciochini en la ilustración de *Epitalamio sin fin*. Pedro

Perdomo (1948), es el don Pedro que yo traté, sin el acoso implacable de los días. Plenitud ya. Así también su poesía, por más que entronque y arranque del *Epitalamio*. La poesía española también ha alcanzado su propia plenitud: a los poetas garcilasianos ha sucedido lo que Vicente Aleixandre y Dámaso Alonso trajeron con su convulsión de 1944. Ahora versos largos y remansados para cantar el mundo o las menudas contingencias. Digamos también para dotar a la poesía de contenidos trascendentes.

El libro está formado por tres partes desiguales y por poemas desiguales también. Los ha llamado *baladas*. El nombre no hace referencia a cualquier concepto tradicional, sino a los nueve poemas que, con este nombre, escribió Rubén Darío. Pero en Rubén las baladas son estrofas regulares (*En honor de las musas de carne y hueso*, *La bella niña del Brasil*, *El rebaño de Hugo*, *A Leopoldo Díaz*, *En loor de "Gilles" de Watteau*, *A don Ramón María del Valle-Inclán*, *Sobre la sencillez de las rosas perfectas*, *En honor de Eugenio Garzón* y *En elogio del poeta Eugenio Díaz Romero*) y todas cortadas sobre el mismo esquema, aunque los versos difieran en cuanto al número de sus sílabas son décimas en endecasílabos, pero, como señala Marasso, un endecasílabo casi francés, y viene un recuerdo que empieza en Marot y llega hasta Banville. Sí, en Rubén, la *balada* era una moda francesa y, tantas veces, sobre motivos de apariencia trivial, mientras que en Perdomo es cobertura de poemas poco semejantes en cuanto a la forma, pero de trascendentes propósitos en cuanto al contenido. *Balada primitiva*, *pequeña balada*, *gran balada*, *canto real* quedaron en motivos arqueológicos. Ampliemos lo dicho: Víctor Hugo o Schiller crearon poemas estróficos, de estancias regulares, habitualmente de contenido épico; Rubén adquirió la forma: Perdomo, únicamente, un nombre que nada tiene que ver con la tradición literaria. En el libro hay dos textos a los que el poeta llamó *Odas* y que bien poco difieren de las baladas, hartó distinto de lo que ocurre en Darío, cuyas *Odas* a Mitre y a Francia intentan

restaurar —siguiendo a Víctor Hugo— la condición del poema épico. Más o menos como consideran los preceptistas franceses para quienes la poesía sólo alcanza su premio en la oda y en la epopeya. Baladas y odas son en Pedro Perdomo una misma cosa: poemas de propósitos severos y de contenido habitualmente filosófico o que incluso trasciende la vulgaridad a planos de rigurosa teoría. Habría que pensar, acaso, en la revolución que significaron los *Hijos de la ira*.

El libro de Perdomo es un libro de amor. Como tantas veces, el poeta desconfía de su instrumento lingüístico y pretende la creación de su propio mundo gracias a nuevas palabras. Perdomo, como muchos otros poetas, no cree en la eficacia de los términos gastados por el uso; aspira a la creación de otros nuevos en los que se encuentren las condiciones que ha descubierto en ese mundo intuido sólo por la pasión enamorada. Pienso que no otra cosa pretendía Pedro Salinas en la desconfianza de un todo que se le había hecho inservible y tenía que confiar en un mundo no creado, vivo sólo en la intuición y no en la realidad. Es lo que dice en la *Balada de la penumbra*:

En las palabras que están aún por nacer
en tus entrañas conmovidas
hay una mano que separando las ramas que
impiden verte
te mostrarán a mis ojos —como te sueña mi
corazón— radiante y pura.

El poeta desconfía de las palabras, que no le bastan para manifestar sus sentimientos y recurre a quebrantar la tiranía de las imposiciones para enriquecer un mundo que le pertenece y en el que viven "las brasas de todos los enamorados" (*Balada de lo inefable*)—. Mundo interior que, por la palabra, es necesario manifestar para que no sea un muerto enterrado por otro muerto ("Quiero llegar al yo que esconde el yo que muestras") sino la plenitud

del alma que se manifiesta en la más humilde, y plena, de las palabras ("Cuando dijiste adiós nació tu estatua") o, movido por ellas, se encuentra la fórmula de la propia destrucción ("cuando más alto viva,/ ha de matarme una palabra tuya"). El enamorado domeñado por las palabras, como si pudieran mezclarse al corazón que les sirve de sustento y no dueño de ellas para expresarse. Esto nos sitúa ante otra cuestión.

Perdomo usa las palabras cotidianas para trascenderse, aunque gusta de salpicar sus textos con términos extraños. Acaso sea ese debatirse para decir lo que desesperadamente busca; por ello quiere que las palabras sean cambiantes para cada ocasión. En este libro de amor, las palabras asumen contenidos meta-físicos: no son el testimonio de una singularidad, sino la asunción a valores que cuentan más allá de la anécdota personal. Una rosa son todas las rosas, y el amor de uno es la experiencia mil veces renovada y jamás idéntica (*Balada de lo infame*):

Enciende tu corazón meticuloso para que gruña
sin remedio
entre brasas de un fuego que ya no puede ser tuyo,
giro universal fuego de todos.

La teoría erótica de Pedro Perdomo no está en la trayectoria de las tres vías que siguen los místicos y que tantas veces se transporta al amor humano, sino que parte de una hipóstasis: en la criatura posee el objeto de su busca y se identifica con él; no se trata de hechos paralelos, sino de una inversión de valores que hace ser a las palabras el instrumento imprescindible para la exteriorización de las incertidumbres. Es en el interior del hombre (o de la mujer) donde el amor reside y donde se encuentra la posibilidad de su logro. Como si todo consistiera en un debatirse contra los fantasmas que celan el conocimiento, que sólo se identifica en las criaturas más

delicadas. Fusión ontológica de la realidad con las pretensiones esquivas:

(...) Cómo te engañas
buscando el cielo en lo alto cuando el cielo
está en tu corazón, y no lo miras con desconfianza;
cuando no aciertas
—embrión de alondra, lenta fuente extática a sentar
[su rumor

Alondra no lograda, fuente que no mana. Y la espera de la voz para ser canto o rumor cadencioso. Entonces el amor es una esperanza y una identificación total con la criatura amada (*Balada de la gratitud*). La poesía se hace cuestión de palabras, pero encuentro unos valores que trascienden del propio valor que damos a las palabras. No quiero decir que sean problemas de forma ni que los valores connotados sean los únicos que aquí funcionan, sino algo diferente: en esta poesía, como en todas, nos encontramos con cosas archisabidas, sí, pero la misión del poeta no es repetir lugares comunes, sino mostrar cómo la palabra cambia de valor en cada texto y cómo cada texto fuerza a las modificaciones de cada una de las palabras que lo integran. La palabra trivial ha desaparecido y el poema queda como criatura perdurable (*Balada de la gratitud*):

Mientras iba rodando nuestro sueño,
fondo tras fondo, alguien fue mudando
el cielo, del amor, y ya despiertos
hacia otro distinto, y ya más alto.

Tenemos que unas palabras, pocas por grande que sea nuestro repertorio léxico, son el testimonio de infinitos orbes ya logrados, o que se lograrán; por eso las palabras son unos significantes sencillos cuyos significados pueden ser enormemente complejos, cuanto más si pretende crear un mundo poético original. Es la contraposición de valores ("sabe a dulce miel lo más amargo") que yace bajo las

formas estables y obliga a la más rigurosa precisión para que permanezca el sentido perdurable de esta, y de toda, poesía:

si vida ofreces, ¿por qué das la muerte?

(...)

Cuando dijiste adiós nació tu estatua.

¿Diríamos desconfianza de las palabras? A veces. Pero también afán de plenitud gracias a ellas, como en la muy hermosa *Balada de la rosa perfecta*. De nuevo, los valores connotados —nada libres— para salvar la denotación trivializadora. Al menos son el espejismo mediante el cual el poeta piensa entender un mundo que le es engañoso (*Balada de la media naranja*) porque las palabras no dicen con precisión lo que queremos entender con ellas, sino que, sólo "a posteriori", desvelamos el misterio que ocultan ("No ajustan bien rostro y máscara, / amor con amor, alba y alba"). Acaso estemos acercándonos a una concepción lingüística en la que el signo no sea un sentido, sino todos los sentidos que el poeta pone en cada momento de su existencia en cada una de las palabras que usa o recrea, lo más opuesto a esas lenguas africanas en las que el nombre de las cosas hace que aparezcan fundidos el signo y el sentido.

Perdomo practica una poesía meta-física, entendiendo como tal la evasión de una realidad libre de excesos. Física en su condición inmediata, pero trascendida al buscar un mundo inasequible con los recursos que la lengua le da o que le esquiva la presencia cotidiana de las cosas. Busca la palabra como encubridora necesaria de la evasión y, tal vez, lo único cierto, para su sentimiento, para sus palabras, sea llegar al silencio (*Balada de la duda*):

¿Cuál de los dos estará
en lo cierto?

¿Yo, cazador incansable
de tu sombra;

o tú, sin descanso huyendo?

(...)

¡Qué cerca el nunca,
qué lejano el siempre!

TERNURA, PALABRA CLAVE

Caballo de bronce es un libro de romances: todos sus poemas, menos uno, están escritos en nuestro verso tradicional. Más aún, acercándose a los usos viejos, un verso suyo exige la -e paragógica de los antiguos poemas cantados:

Devolviendo ecos prestados

o dando auténticas voces

salir podrán de esta jaula

primorosos ruiñesores,

(...)

a esperar siempre el mañana,

porque mañana no es hoy(e).

Pero poco más queda de las evocaciones antiguas. Si los libros anteriores nos han hecho pensar en nombres de claridades y precisión, ahora estamos ante un libro esfumado y de perfiles intencionadamente borrosos. Creo que es evidente la presencia de Juan Ramón Jiménez. El Juan Ramón primerizo de los versos simbolistas de *Almas de violeta* o de *Arias tristes*: no en vano, un par de versos del poeta de Moguer sirven de lema a este intenso poemario. Pedro Perdomo siente (1953) el amago silencioso de la vejez y vuelve a los días en que la infancia y la adolescencia eran esperanzas indecisas. Ahora un dejo de indefinible ternura aparece reiteradamente. Esa paz que tantas veces aflora por sus páginas acrecienta los sentimientos más delicados, que duran tan poco como el amor de las flores:

Azahar, tienen perfume
urgente, de primavera,
las convocadas blancuras
que te impelen a la urgencia.

Ternura sería el testimonio sentimental de este libro, como en otro sentido, se habla de las palabras-clave para interpretar el estilo de un escritor; la ternura hará que surja una y otra vez el fantasma de la huida del objeto amado porque la delicadeza no puede utilizar los recursos violentos de la fuerza y hay un continuo temor de no alcanzar los fines con unos medios que se temen insuficientes. Leon-Paul Fargue preguntaría: "qu'est ce donc que toute notre tendresse? —Rien, —qu'une petite vague qui racle sur la terre et s'en retourne a la haute mer". Que nos valgan estas palabras para dar entrada a unos versos de Pedro Perdomo:

Saliéndome estoy de mí
con agua de arroyo nuevo,
para conocer quién soy,
para saber si te tengo.

Estamos muy lejos de aquellos versos marinos con que saludó a la muerte o con los que cantó el amor; ahora, una eternidad buscada en la silenciosa existencia de los enamorados: paz en la vehemente inocencia de la nube que pasa. Pero siendo unos poemas de suave tinte romántico y de evocaciones juanramonianas, no pierden otros motivos que son propios de la poesía insular: yo diría cierto barroquismo y el halago sensorial de las palabras insólitas. Me fijaré en un par de versos que nos hace pensar en Góngora o en alguno de sus discípulos más ponderados; digamos

Para exaltar tu dulzor
para esculpir tu belleza,
dará su arroyo la miel
del capullo que no cesa

de manar dulce rocío
y eternidades de arena;
y con fragante sordina
primaverales trompetas.

El texto se delata solo y, por si hiciera falta, el recuerdo a los sonetos de Miguel Hernández refuerza la evocación barroca. Pero no basta con ello, esdrújulos y neologismos hacen pensar en Cairasco de Figueroa:

acicate dio al coral
como a mi inquietud el anhélito
y al levantar sin violencia
todo el ecuestre archipiélago,
con estáticas corvetas.

¿Selección intencionada la mía? Sí, pero no excepcional. Continuamente los mismos recursos que se convierten en caracterizados de esta poesía, sin perder nunca de vista lo que para mí es fundamental en el libro, su hálito juanramoniano (o, a veces, de un Gerardo Diego inicial). Versos estrictamente líricos en los que el ambiente crea un mundo cambiante de sentimientos y en el que el poeta se identifica con el mundo que lo rodea. Esto hace nacer —vuelta a Juan Ramón— una poesía impresionista y, por serlo, nos evoca los procedimientos de los pintores de la escuela. De pasada he hablado de criaturas delicadas (*azahar, rosas*), pero podríamos insistir en este mundo de sensaciones inestables (*alba, nocturno invernal con luna, fiebre*), de flores cargadas de simbolismo (*azucenas*), de añoranzas (*balada de la niñez sin río*). El color, una y otra vez; los matices difusos en los perfiles borrados por la bruma; la identificación del momento en que vivimos con el ahora del poeta. No hace falta más: el mundo queda interpretado por unos sentimientos, inestables y breves, que hacen que la realidad se trasmute en lo que el poeta quiere que sea, como en los versos finales del *Nocturno invernal con luna*:

en otra noche más mía
—porque era toda pregunta
de claridad no gastada—
vi tu naranja madura
contra el espejo, en la alcoba.

Pienso, como tantas veces que leo a Juan Ramón, en las pinturas de Okyo o Utamaro. O en el tiempo elusivo de los poemas a los que los japoneses llaman haiku o waka.

EL CANTO A LA SOLEDAD

Ya en años de senectud (¿senectud en un poeta de 69 años?), Pedro Perdomo hizo una breve entrega poética, la *Oda a Lanzarote*. Detengámonos un instante: Antonio Padrón lo retrató muy cerca de nosotros: anchuroso ya, introvertido, un sí no de ironía en el rictus de sus labios, mirada caediza. Difícil acierto mayor en el artista y precisión mayor para la poesía de este instante, para esta poesía. Porque, a pesar de abismales diferencias, sigue esa "fuente que mana y corre" que habíamos visto nacer en *Caballo de bronce*. A pesar del tono épico, lo que cuenta es la identificación del hombre con el paisaje; digámoslo mejor, del alma del poeta con la visión de una nueva realidad. Porque hay unos cabos que sujetan la nave al proís de las identificaciones: digamos la Geria, o la Paloma, o el Cuervo, o las mozas de Soo, o los Jameos del Agua, o Guanapay. Es una toponimia intransferible, pero ¿y Lanzarote? El prodigio de aquella naturaleza sobrecogedora: lavas negras, rojas, amarillas. Como en una matriz genesíaca que, en sus convulsiones, aún no hubiera conseguido aplacar la ira de los colores. ¿Dónde los zocos de piedra para defender las higueras, tendidas en un infinito desperezo que impide las dentelladas del viento? ¿Y los hongos incrustados en las ramas, como piedrecillas de jade? La púrpura refulgente en las pencas pinchudas de las tuneras

no está en estos versos, ni la malvasía helénica de Creta. Y, sin embargo, Pedro Perdomo, desde su apresurada senectud nos ha dado la imagen menos trivial de la isla. Porque Lanzarote es el sentido augusto de la soledad. Al pie de Guanapay he escuchado el paso total del tiempo, mientras se adormecía el alma y el cuerpo temía por una pronta destrucción. Así veo este poema de Pedro Perdomo: fusión del hombre, del alma del hombre, con una naturaleza sobrecogedora. Pero no hace falta dar los elementos descriptivos, sino la simple referencia a las cosas. Las cosas están ahí, se nombran, y basta. La fusión ontológica del nombre y la realidad. Sabemos: esto es Lanzarote. Y a partir de ahí comienza el canto. No a la isla, sino al hombre aislado en sus propias soledades

(...) dame un volcán muerto
para yacer en paz
sobre la estable noche que anuncie el día eterno.

Ha nacido una poesía trascendida. Lo que el poeta ha encontrado en Lanzarote no es la superficie de las cosas, sino la íntima realidad que las hace ser ellas mismas. También el hombre Perdomo, desprovisto de todas esas contingencias con que el vivir lo ha revestido, se ha encontrado consigo mismo y trasciende su propio quehacer ("estoy buscando a Dios en tus volcanes"). Podríamos pensar en una poesía meta-física porque el poeta lo ha dicho ("más allá de lo físico") y yo lo aceptaría si matizáramos lo de "más allá de lo físico" y viéramos en ello la trascendencia de buscar a Dios entre las propias brumas. Ésta ha sido la misión del paisaje hallado en Lanzarote: llevar al descubrimiento del hombre interior que habita en cada uno de nosotros, cuando la soledad abrumba. Perdomo se ha identificado con una naturaleza descarnada y ha descubierto su propio hombre interior; entonces ha transferido la realidad íntima al mundo que lo cerca y ha hecho de Lanzarote el confidente de la intimidad más honda ("buscando a Dios estoy dentro de Dios"); hipóstasis, la isla, de preocupaciones

religiosas que siempre le atenazaron, que hemos visto ya en otros libros y que aquí cobran cuerpo en la grandeza de esta soledad, que conduce a la total plenitud, alcanzada sólo en la Bondad Infinita. Pedro Perdomo en estos versos ha desnudado su espíritu como acaso nunca lo había hecho; la isla sedienta y solitaria le ha preparado el alma para una última y definitiva soledad; el poeta se apresta a ver la cara de Dios con la confianza del hombre creyente:

¡Igual que en Guanapay
para defenderme no dispongo de fuerza
y antes que la muerte, como el hueso del fruto,
acabe de injertar tierra con tierra
en un puente de insomnio
que nos cambie de forma, de tiempo y residencia,
avive al pecador el Impecable
su relámpago eterno de inocencia!

La soledad ha hecho pensar a nuestro poeta y lo ha liberado de trabas sociales y ha dado equilibrio a sus sentimientos; así, lo que empezó siendo un anhelo de "abrir las misteriosas puertas" ha terminado en el conformarse con una dulce confianza, pues el corazón del hombre necesita de la soledad para redescubrirse y para aflorar la personalidad, oculta por los mil estratos de las convenciones sociales. En estos versos, tan luminosos, es donde acaso está el mejor Perdomo; ahí sí que pertenece a una sinceridad que la "literatura" encubre en muchas ocasiones, y no sólo en el hombre Perdomo, sino en tantos que sienten el temor de conferir su verdad. El mundo está en el interior del hombre y esto es lo que las tierras descarnadas de Lanzarote han venido a descubrir. La luz hiriente, los paredones blancos y el paso endolorido del viento. La soledad no es un regalo, sino la presencia de Dios en sus criaturas.

FUTURISMO FRUSTRADO

Un año después de su *Oda a Lanzarote*, Pedro Perdomo publica su libro más extenso, *Volar es resucitar*, tan bellamente impreso por Manolo Hernández Suárez, como todos los de la Colección San Borondón. Hay una rara coincidencia entre el viejo mito canario de San Brandán de Conflert y la nueva, y prodigiosa, aventura de un cielo poblado de aviones. Ahora pensamos (*Oda espacial*) en las fábulas de Ramón de Basterra. Pedro Perdomo quiere estar en su tiempo (¿recordaría *Hélices* de Guillermo de Torre?) y su libro es un canto al prodigioso invento de la aviación. El poeta acentúa su afición a los neologismos, no siempre acertados (*andenería*, *coyúntame*, *estampillaron*, *anamorfizados*, *imputrescible*, *sinérgica* y cien más), pues, nos lo ha dicho, "hay que montar la guardia con imágenes nuevas". No sé si el poeta ha ganado en el cambio, por más que sepamos que la poesía no reside en los viejos tópicos escolares. Aquilino Duque podrá cantar la llegada del hombre a la Luna, lo que es de una gran belleza, o en los poemas de Pedro Salinas las palabras técnicas pueden tener asiento bien conforme. No se trata de esto, pues bien sabemos que no hay palabras poéticas o no poéticas; hay, simplemente, poetas. No repitamos sátiras de Lope o de Quevedo. Lo que ocurre es que el neologismo, por el simple hecho de serlo, no alcanza categoría estética; hacen falta otras cosas que no siempre se dan. El valor de estos versos de Pedro Perdomo (nunca poeta de vanguardia) se encuentra en lo que es el tradicionalismo de su concepción poética. Leo la *Quatrième rhapsodie*, 25, que aparece en *L'Homme fondroyé*, de Blaise Cendrars, y encuentro esta cita: "Les sages sont des gens vites. Les saints sont plus vites encore qui bénéficient de la levitation. Voyez Saint Joseph de Coupertine, cet as, qui devrait être le véritable patron de l'aviation". Acaso haya que volver a la hagiografía para encontrar sentido a las novedades, no por ser nuevas, sino por haber servido de camino a la verdad íntima del hombre. Si los neologismos de Per-

domo no se cohonestan con el espíritu suyo, o de su tiempo, no valen para mucho; entre otras cosas, porque las novedades envejecen demasiado deprisa y se convierten en detritus, que nos lo diga si no el poema que titula *En las tundras monótonas del cielo*. Sin embargo, cuando la novedad está en el espíritu del poeta y no en la obligación de aparentar encontrarse al día, consigue muy bellos versos "tradicionales", capaces de expresar lo que son los días —prodigiosos— que vivimos. En su momento Pedro Perdomo aduce unas palabras de Luc Decaunes, son bellas y, desde la identificación paisaje = aire de la sangre, logra versos acertados, aunque la "novedad" que es el avión deje de ser el gozo de un hallazgo para crear con viejas palabras el mito nuevo. Pienso en los versos últimos de *Recalada*, bellos, a pesar del ritmo anhelante que el poeta les impone. Pero ¿nuevos? Tal vez ni el mensaje es de hoy (los viejos dijeron las mismas cosas de las embarcaciones de vela), ni la forma tampoco: actualización de una continuidad lingüística en los usos de un contenido cuya forma varía, no su sustancia.

El poeta lo sabe y en un *Intermezzo terrestre* humaniza aquel mundo mecanizado con lo que el hombre históricamente es: digamos la ironía (*En un lugar de Soho, Noche en Notting Hill*) la naturaleza muerta más convencional (*Bodegón en el hotel*), la gracia más juguetona (*Canario cautivo*) o el barroquismo de algún soneto d'orsiano (*Oxford invisible*). Este *Intermezzo* nos muestra las posibilidades, muy sobresalientes, del poeta que fue Pedro Perdomo: ojos abiertos para recoger raudales de luz (*Trafalgar Square*), sensibilidad despierta hasta el temblor (*La inútil nave famosa*), equilibrio que sólo tiene el hombre libre ("The man in the Street"). Después, el *Cielo de vuelta*: se anuda el libro con la primera parte, aunque ahora mucho menos vanguardista, y tópico, que al comienzo y con una unción en los hechos autobiográficos, con una ternura humanizada y con una limpia desnudez del alma. El poeta ha vuelto a enderezar su paso y está en el camino que siempre lleva,

y ha llevado, hasta llegar al soneto *Chumbera de "Los Estancos"*, de corte unamunescos, o a las cancioncillas, que revienen a los poemas japoneses de algún libro anterior o que acreditan su buena, buenísima, cepa castellana (*Patria isleña*):

¡Gran Canaria,
cántaro de agua
dulce, semidulce, amarga;
las fuentes de que bebí
aún no han inscrito los mapas:
nacieron dentro de mí!

El libro se ha pensado como una sonata, con sus tres tiempos, *allegro*, *andante* o *adagio* más lento (largo en la estructura que le da Perdomo) y final, que sirve de recapitulación. Si en la música se habla de variaciones sobre unos temas fundamentales, no otra cosa ha hecho el poeta que, incluso, tiene facilitado su propósito con la variedad de estrofas de que puede disponer.

EL MAR, LA MAR Y SIEMPRE EL MAR

Desde el trabajo pionero de Valbuena Prat, el mar se considera motivo caracterizador de la poesía canaria. Es cierto. Pedro Perdomo no rehúye el tema, aunque, como en tantos otros, su personalidad se evade de los tópicos. Porque poco hay en él, si hay algo, del modernismo deslumbrador de Tomás Morales o de las sinfonías cromáticas de Néstor; el mar de Perdomo es otra cosa, tal vez la menos espectacular, pero más hondamente humana, de los versos de Walt Whitman. Porque nuestro poeta no siente inventadas mitologías, sino cotidianas presencias, tantas que hace una hipóstasis serena del viejo capitán con su barco.

Si tuviera que caracterizar este poema, lo haría desde dentro de la propia obra de Pedro Perdomo: es el paralelo

marítimo de la oda terrícola a Lanzarote, pero con idénticos resultados. El mar es la infinita soledad que reclama los más altos pensamientos y el viejo capitán se siente atraído por la voz de la inmensidad. Como el hombre que bajo el sol implacable se encontraba a solas con su Dios. Tanta singladura ha hecho viejos al barco y al nauta y, ahora, cuando se presiente que se va a bojar por vez última, entonces

el capitán retuerce las hebras de la vida
como vara de vid en el desierto
y al convertirse en luz la deserción del agua
sumergido en niñez, con que suave caldeo
concorde dice, a Dios dando la cara
con sed de Dios, a espera de su paisaje abierto,
en que el mismo Dios albergado en su entraña
se transforma en el Dios único y verdadero.

Viejas cartas de Benjamín Constant o viejos versos de Walt Whitman para este luchador que llega al límite de sus fuerzas con ojos ahitos de plenitud y de menudas circunstancias. Destino del capitán marino, ebrio de ir-mensidades y perdido en el más preciso y humanizado, se ha dicho, de los léxicos que ha inventado el hombre. Porque si el mirar sin huideros ha llevado al hallazgo de Dios, la precisión de una compleja y riquísima terminología ha hecho que los versos de Perdomo se humanicen con el más ajustado léxico. Se podría hacer un rico glosario con las mil palabras del metalenguaje náutico con las que Perdomo enriquece su texto. No son resultado de una taracea lingüística que ha ido levantando los términos neutros para instaurar otros marcados, sino la identificación de un conocimiento tras muchas horas de trabajo. Doy fe: un día don Pedro vino a verme; traía transcrito un documento de tierras del Perú donde constaban los aparejos de una nave en construcción. Había una delectación carnal en la identificación y descripción de cada una de aquellas piezas. Perdomo buscaba en los diccionarios, co-

piaba, traía dudas, consultaba bibliografía. Al fin, se había identificado con un léxico que ya le era propio y que fluía remansadamente hasta llegar a los versos de la *Elegía*. Otro camino para demostrar cuánto rigor —y fervor— ponía el poeta en su trabajo y, a la vez, muestra de cómo por esas veredas no llegaría nunca al modernismo —tan bello como se quiera— de los grandes artistas canarios. A lo largo de estas páginas han salido nombres como Quevedo, como Unamuno, como Juan Ramón: Perdomo no podía ser modernista ni parnasiano. Era una fuerza racionante y una pasión telúrica. Pensar que pudiera caer en la tentación de la palabra por su música era negarle la posibilidad de ser. Pedro Perdomo no estaba fuera de las cosas, sino dentro de ellas; no las veía, sino que las sentía. Resultó entonces que *in interiore hominis* había un *homo interior*, con lo que la dual lectura paulina se convertía en él en una fusión de su interioridad con ese otro yo que habla siempre en la voz de los poetas: idéntico el Perdomo que se expresaba con palabras y el buceador de Dios bajo la soledad implacable de Lanzarote o ante la serenidad augusta del mar. Perdomo, o el viejo capitán, ha querido a Dios en el fondo de su corazón ("¿y quién ha de llevarme por el cielo a volandas?") y como expresión de sus palabras, como quiso entrañablemente al viejo barco que se le iba desvencijando conforme el hombre quedaba desarbolado. Yaveh había dicho al mar: "Tú no irás más lejos", pero, al morir, el viejo capitán tenía que salvar las cercas de los océanos y alcanzar al Dios que había puesto cancillas a las aguas. En *Les Paradis artificiels*, Charles Baudelaire había dejado escrito:

Comme un navire qui s'éveille
Au vent du matin
Mon âme rêveuse appareille
Pour un ciel lointain.

El mar contempla "la singladura eterna de las almas", mientras el viejo capitán, liberado de pasiones, "acaba de

morir de sed de océanos". Digamos, de Dios. Con emoción se recuerdan los versos de Walt Whitman:

O Captain! my Captain! our fearfull trip is done,
The ship has weather'd every rack, the prize we sought
[is won,
The port is near, the bells I hear, the people all exulting,
While follow eyes the steady keel, the vessel grim and
[daring;

But O heart! heart! heart!
O the bleeding drops of red,
Where on the deck my Captain lies,
Fallen cold and dead.

Como una cauda de esta hermosa elegía, dos años después publicó Perdomo *Luz de agua*. Está dedicada a la memoria de Tomás Morales y tiene un lema de Saint-John Perse (el autor de *Vents y Pluies*) lo que es harto significativo. Pero, si la *Elegía* era una gran sinfonía, ahora estamos con una *Rapsodia náutica*, es decir, obra hecha con fragmentos y con aires populares. Nos vale la definición, porque Perdomo vuelve al romance, relata un *epos* con su argumento épico y en él va incrustando versos de Sa de Miranda, de Pierre Guéguen y de Pablo Neruda. Tendríamos que repetir lo ya dicho: sabiduría marinera y ansia de Dios. Añadamos la presencia del *Diario del Descubrimiento*. Después, los poemas que hacen válida la definición, fragmentos y textos que justifican la rapsodia para acabar brevemente:

¡Otra vez el silencio!
Al caer de la tarde se arrían las banderas;
las patrias tienen sueño.

LIBROS INÉDITOS

El poeta evocó una y otra vez nuevos libros de versos. En 1967, Ventura Doreste, dilectísimo amigo, anunciaba la inminencia de *Sonetos del canario* y *Humana embarcación* (¿podría ser *Luz de agua*?); años atrás, muchos años atrás, se habían dado como en prensa el *Centenario del Inédito* y *Niño eterno*, y como inéditas *Turbio río* y *Sin*. Sin embargo, no vieron la luz, ni siquiera cupieron muestras de ellos en la antología de Perdomo que preparó René L. F. Durand (Dakar, 1973). La familia del poeta ha tenido la gentileza de poner a mi disposición lo que pudieran haber sido cinco nuevos poemarios: *Turbio río*, *Sueño contestado*, *Círculo cerrado*, *Esqueleto de agua* y *Díos en cuerpo*. Los enumero de acuerdo con la fecha que figura al pie de algunos poemas.

Pero no es esto lo único que se nos había anunciado. En la presentación de la *Oda a Lanzarote* (1966) se dan como inéditas las siguientes obras: *Niño eterno*, *Humana embarcación*, *Esqueleto de agua* y *Vetera et nova*. Son títulos que unas veces se repiten en los materiales inéditos de que dispongo; en otras ocasiones, no. Y cuando los tenemos en nuestras manos no están en redacción definitiva, al menos en los manuscritos que se me han confiado.

Turbio río está formado por una serie de fotocopias con textos de 1920 (*Yo he hecho crecer esa montaña*) a 1963 (reelaboración del poema *Que disuelve la piedra y petrifica el barro*), no ordenados cronológicamente y llenos de correcciones. Vienen luego (páginas 11 a 52) las *Elegías de Támara Gáldar y del porvenir* (escritas entre 1919 y 1964) no siempre en versión definitiva; una serie de textos corregidos y tachados (páginas 54-72), unos sonetos (73-92) en el mismo estado que los poemas anteriores y composiciones heterogéneas hasta el final, página 100 (textos de 1922 a 1962).

Sueño contestado es un conjunto de poemas en que debía incluirse el *Epitalamio sin fin* (1945), pero que reunía textos de 1927 (*Embarcación*), otros de 1950 (*Anchurosa presencia, Esa mujer morena*), reelaboraciones de 1923-61 (*Cuando te digo ¡tuyo! me basta*) u originales de 1923 (*Para ver en el fondo de tus ojos, A chopo y aire escucha, etcétera*), 1920 (*Tú y yo somos, Como una lamparilla*), 1921 (*Alma y mundo, Ante mí te encuentro, amor, Yo, que miré tus ojos*), etc. Se trata de originales varias veces copiados y, acaso, sin versión definitiva. Los he ido enumerando en el orden que aparecen en las páginas que se me han confiado. Trece poemas —muy heterogéneos— en total.

En la misma carpeta, *Circuito cerrado* es un conjunto de doce textos, de 1962 (*Tan fuerte como tú es quien te sitia, ¡Oh monstruos triscadores!*, etc.), de 1939-52 (*Estoy desesperado*), de 1950 (*Turbio río*), de 1934-50-63 (*Si he de probar la piedra que soporta el desierto*), etc. Las copias abundan en rectificaciones.

Esqueleto de agua es una voluminosa carpeta que debía comprender los *Sonetos del canario*, los *Poemillas de tierra y cielo*, los *Poemillas de flor y fruto* (con la *Oda menor al cultivo del plátano*), según reza un retazo de papel al frente de los textos. Los poemas, tal y como han llegado a mis manos, están en borrador, hasta la página 9 en la que comienza *Esqueleto de agua*. El libro se abre con un texto de 1921 (*En la acequia sufre parálisis de olvido*) y numerosos poemas. (páginas 12-64) que debían constituir los *Recitados lanzaroteños*, muchos de ellos con correcciones y numerosos con anotación de "primera versión". Las páginas 65-67 son los *Poemas indígenas* o *Cantos isleños* (1967), manuscritos, no mecanografiados; las 68-105 comprenden el *Esqueleto de agua*, vuelto a repetir en una carpetilla con índice (páginas 106-128). Son textos de 1929 a 1962. Siguen hojas sueltas (páginas 129-140) con fechas, cuando constan, de 1952 a 1964. En la página 142 empieza *Tierra de nadie*, que se inicia con los poemas *Poema del*

barranco (1930-1962). Fuera de la carpetilla de papel, textos (algunos repetidos del libro o de otros anteriores) que ocupan las páginas 199-201. Nuevo folio doblado (página 202-212) con un índice en el que figuran algunos textos ya salidos (*Canto isleño*, *Esqueleto de agua*, *El canto que no cesa*) y, por último (página 213), el soneto suelto *Volcán*.

La cuarta y última carpeta que se me confió (*Dios en cuerpo*) contiene poemas, a veces reiterados, desde *Las profecías no tienen para qué adelantarse* (1965). En medio, textos de esos años, con alguna indicación en "primera versión" (*Primogénito universal*) o con salvedades sobre diversas redacciones (*La cal de mis huesos* es de 1940-1965); con baladas (*De la omnipresencia divina*, y *De los caminos que conducen a Dios*, de 1946-1964), amén de poemas escritos en 1962 (bastantes de ellos). Por último, otra carpetilla lleva el título de *Viento de abajo, viento de arriba* e incluye textos de 1961 a 1965, junto a otros copiados anteriormente.

Esto es cuanto se me ha confiado. No se corresponde con nada de lo que habíamos visto anunciado y muy a las claras denuncian que los textos están en proceso de (re)elaboración o definitivo olvido. Digamos de la presencia de Dios y del amor a sus islas. Pero nada de esto permite pensar que Perdomo considerara todos estos textos en su versión definitiva y mucho erraríamos si los consideráramos con el mismo rasero con los que él mismo editó.

Pienso que debe haber más originales que los que se han puesto a mi disposición y que existe, cuando menos, una obra de teatro (*La novia de mármol*) que él mismo anunció. Al preparar esta edición creo haber cumplido con el propósito de lo que se pretendía. Lejos de mí, y de esta ocasión, llevar a cabo la investigación en los papeles familiares. He visto lo que, generosamente, se puso a mi alcance, he tratado de ordenar muchos textos dispersos

y dejó para otro la tarea de perseguir textos, copias y variantes en archivos que deben existir.

FINAL

Pedro Perdomo inició, con Claudio de la Torre, una etapa de la poesía canaria. Tan fecunda, tan plural. Sebastián de la Nuez lo sitúa en la generación de los "intelectuales canarios", y sobre la que escribió el propio Perdomo en un lejano 1935. Su dedicación a la poesía fue temprana (había empezado a escribir por 1919) y de 1921 es alguna colaboración suya en *La Verdad*, de Murcia, según exhumó Antonio Oliver Delmás, pero sus libros vinieron mucho después.

Para mí, Pedro Perdomo es poeta de muy heterogéneas capacidades; más aún, parece querernos sorprender con nuevos sobresaltos en cada publicación. Por eso, y por el distanciamiento de los textos impresos y por la continua reelaboración de sus poemas, es difícil establecer cronología en su obra. Como Juan Ramón, parece aspirar a una poesía total en la que el tiempo no contara, sino el valor unívoco de la creación. Si pudiera resumir cuanto pienso, diría el valor humano de todos estos versos. Como en la máxima terenciana, nada le es ajeno, y el amor, la muerte o Dios serían el apoyo constante de su múltiple quehacer. Porque lo que en Perdomo apenas aparece —a pesar de amistades y de nexos generacional— es una poesía de vanguardia. Si acaso, y muy tardíamente, el canto a los inventos técnicos, sin que con ello se anegara el carácter humano de sus versos. Porque cuando tanta deserción de todo tipo se apunta, Perdomo es fiel a unas ideas clave. La muerte por lo que tiene de serenidad total, sin aspavientos ni protestas, aceptada como hecho ineluctable en el que la única dignidad está en una noble sumisión. Sus maestros se llamarán Quevedo y Unamuno, o Miguel de Cervantes, el hombre del gesto limpio y no descompasado. Esto, digamos, como pre-

ocupación literaria, porque cuando las dentelladas destrozan algo que vale más que la propia carne, Pedro Perdomo no se altera y confía en el reencuentro, última y posible razón de aparentes sinrazones. Su voz entonces es serena y resignada: el varón cristiano sabe que las fechas —fatalmente— tendrán que cumplirse y allí estuvo la suya, sin tardía espera cuando la esposa lo había abandonado. Que también en esto tuvo Pedro Perdomo una alta dignidad: la mujer fue su mujer. Estaba moralmente dentro de la más noble tradición cristiana, la que cohonestaba la serenidad ante el dolor con la esperanza en la salvación última.

Por eso Perdomo es un poeta del amor. Para él la muerte es el breve paréntesis que servirá para unir dos vidas momentáneamente separadas, y el amor, la ascensión definitiva a un mundo liberado de trabas: amor honradamente doméstico en la purificación del matrimonio. Evocaríamos nombres (digamos Jorge Manrique y doña Guiomar, Juan Boscán y doña Paola Almogávar) que no nos dejarían errar, que también los más nobles sentimientos sirven para que los versos fluyan emocionadamente.

Después vendrían los poemas de *Ave breve*. De nuevo la sinceridad del poeta: Pedro Perdomo sigue siendo Pedro Perdomo. Si la esposa le daba la certeza del vivir, todo cuanto le rodeaba era inseguro. Digamos que de una parte estaba el ser y de otra la circunstancia. Y la circunstancia era la literatura: si amor es una hipóstasis inicial con el objeto amado, la expresión de este sentimiento deberá usar palabras no gastadas; de ahí la búsqueda de unos recursos expresivos que sirvan para encontrar la ternura que es preciso transmitir. Entonces la literatura de Pedro Perdomo, acaso tardíamente, se acoge al sagrado de Juan Ramón. Hay un extraño y eficaz mimetismo: el hombre que se sentía cerca de Unamuno, también lo estaba del poeta de Moguer. Acaso un ojo superficial no acierte a ver cuán posible era la aproximación, y yo recordaría la admiración sin límites de Juan Ramón hacia el Unamuno modernista

que él interpretaba. (Modernista según los cánones del poeta, no los de los manuales literarios al uso. Recordaría más: en algún momento, Juan Ramón decía que sus libros primerizos no se podían comparar con *El Cristo de Velázquez*. Tenía razón. ¿Por qué con *El Cristo de Velázquez*? ¿No nos serviría esto para entender, también, la religiosidad —unamunesca acaso— del hombre Pedro Perdomo?). Caminando tan diversas trochas, Perdomo ha descubierto su propia soledad. Es sorprendente la coherencia de este ambular, y la sorprende en una isla muy lejos de la anécdota pintoresca o del fácil folklorismo. Es, otra vez, la interiorización de un paisaje y de unos sentimientos, o, si queremos de otro modo, el paisaje del alma ontológicamente identificado en la isla desnuda y en el hombre abandonado a sus propios pensamientos. No sería bastante si los dos mundos no se hubieran trascendido en busca —otra vuelta hacia el venero de las aguas limpias— de Dios en la propia soledad. Todos los caminos conducen siempre al mismo punto y todos lo ocultan recatadamente para no lastimar lo que es más propio.

Voy revisando los libros del poeta en el orden que él les dio al publicarlos y resulta que están seguramente trabados. Desde un punto inicial, la muerte, vamos sacando las cerezas maduras: la sarta no se desgrana porque las frutas están fuertemente enlazadas. Ahora la soledad de la tierra (de una tierra insular) lleva a la otra soledad, la del mar. Y se vuelve —sobre las olas— al sentimiento de la muerte. El periplo poético de Pedro Perdomo se ha cerrado, como a punto de cerrarse está su propia vida. Tras mucho caminar hemos vuelto al principio y su amigo Unamuno había dicho, repitémoslo, "parto de desnacer es nuestra vida". Diríamos ascetismo religioso: un día, la criatura (poética también) llega al mundo y amaga lejos el encuentro del caballero con la muerte. Se vive después, pensando sólo en la vida y, al fin, la destrucción no es un sentimiento presentido sino la inminencia de un cumplimiento. Principio y fin se han encontrado; el

círculo vital está cerrado y lo que empezó como un conato literario ahora es, sólo, el final de una vida. La justificación, acaso, de haber existido. Y siempre la sombra de Dios.

MANUEL ALVAR

BIBLIOGRAFÍA

1. Obra poética de Pedro Perdomo

La muerte imaginada. Colección para 30 bibliófilos. Editada por J. M. Trujillo. 1. Las Palmas de Gran Canaria, 1943.

Epitalamio sin fin. Colección para 30 bibliófilos. Editada por J. M. Trujillo. 16. Las Palmas de Gran Canaria, 1945.

Ave breve. Halcón, colección de poesía. 13. Valladolid, 1948.

Caballo de bronce. Ediciones El Arca. Las Palmas de Gran Canaria, 1953.

Oda a Lanzarote. La fuente que mana y corre. Las Palmas, 1966.

Volver es resucitar. Colección San Borondón, El Museo Canario. Las Palmas, 1967.

Elegía del Capitán mercante. Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1971.

Luz de agua. Ediciones del Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1973.

Última noche contigo. Edición no venal. Las Palmas, 1976.

Oración en el espacio. "Jornada", Archipiélago Literario, Año II, n.º 72. Tenerife, 12 de marzo de 1988, p. 12.

Poemas inéditos. "Jornada", Archipiélago Literario, Año II, n.º 72. Tenerife, 12 de marzo de 1988, p. 11.

2. Reseñas, antologías, etc.

ARTILES, Joaquín, y QUINTANA, Ignacio: *Historia de la Literatura Canaria*. Excelentísima Mancomunidad de Cabildos, Las Palmas, 1978, págs. 271-276.

BLANCO, Joaquín: Sobre *Pedro Perdomo Acedo: Ave breve*, "El Museo Canario," n.ºs 27-28, 1948, págs. 149-152.

DORESTE, Ventura: Sobre *Pedro Perdomo Acedo: La muerte imaginada*, "El Museo Canario", 1944, enero-febrero, págs. 93-95.

DORESTE, Ventura: *Pedro Perdomo Acedo, periodista y poeta de vanguardia*. "Jornada", Archipiélago Literario, Año II, n.º 72. Tenerife, 12 de marzo de 1988, p. 11.

DURAND, René L.-F.: *Pedro Perdomo Acedo*. Cahiers de poésie des Iles Canaries, IV. Centre de Hautes Études Afro - ibero - américaines. Faculté des Lettres et Sciences Humaines, Université de Dakar, n.º 18, 1973.

NUEZ, Sebastián de la: *La generación de los intelectuales canarios*. "El Museo Canario", n.ºs 75-76, 1960, págs. 77-107.

NUEZ, Sebastián de la: *Genio y figura de Pedro Perdomo. Primera etapa de su trayectoria poética*. "Jornada", Archipiélago Literario, Año II, n.º 72. Tenerife, 12 de marzo de 1988, p. 12.

OLIVER BELMÁS, A.: *Pedro Perdomo Acedo y el Suplemento Literario de "La Verdad"*. En "Fablas", n.º 71, diciembre 1977, págs. 59-62.

PADORNO, Eugenio: *"Luz de agua" de Pedro Perdomo Acedo*. En "Fablas", nov.-dic., n.º 48, 1973, págs. 34-35.

PADRÓN ACOSTA, Sebastián: *Cien sonetos de autores canarios*. Biblioteca Canaria. Antologías Isleñas. Santa Cruz de Tenerife, 1950, pág. 86.

RODRÍGUEZ PADRÓN, Jorge: *"Elegía del Capitán mercante" de Pedro Perdomo Acedo*. En "Fablas", n.ºs 18-19, 1971, págs. 34-35.

SÁNCHEZ ROBAYNA, Andrés: *La "Oda a Lanzarote" de Pedro Perdomo Acedo*. En "Fablas", julio-agosto, 1973, n.ºs 44-45, págs. 1-2.

SÁNCHEZ ROBAYNA, Andrés: *La "Oda a Lanzarote", de Pedro Perdomo Acedo*. "Jornada", Archipiélago Literario, Año II, n.º 72. Tenerife, 12 de marzo de 1988, p. 11.

LA MUERTE IMAGINADA
[1943]

A
mi hermana María,
que era la paz,
en la del Señor.

¿Quién no muere antes que muera?

JUAN DE MENA

I

CON el cansado pie sobre el estribo
mi vida, sin cesar desengañada,
sale a doblar, en forma imaginada,
el último recodo sensitivo.

En mi experiencia, sólo en mí viajada,
ni un nimio rastro que borrar percibo
pues sólo salva el pensamiento en vivo
y mata toda eternidad fechada.

Mi itinerario, eternidad sin fecha,
la decisiva guarde siempre en blanco
hasta alcanzarte a ti, no mancillada

hora que escondes para mí la flecha
que el segundo fatal fije en el flanco,
cerrando la agonía así iniciada;

si su serena forma barruntada
con la real de la muerte coincidiera,
muriéndome en segundas no muriera.

II

¡MORIR, de pronto! Pero, vida, no:
ni tan lento que el rostro se acicale,
ni tan pronto el morir que no encristale,
con fe encendida, el alma que Él me dio.

Pesando el contra y repesando el pro,
sintiendo a lo fatal que se consuma,
la errada ligereza de la espuma
piedra fundamental se convirtió.

Su materia al palpar, casi inasible,
sin artificio creaba mi consuelo,
que ayer no más me pareció imposible:

cerrad mis ojos, suprimid los duelos,
la máscara traed de lo impasible
y el último calor muera en su hielo.

III

CUANDO llegue la Parca, con su ayuda,
esta existencia que la duda anega
victoria ha de cantar en la refriega,
vida habrá de encontrar sola y desnuda.

No me habrás de afirmar, vida que dudas,
ni has de negarme tú, que tanto niegas,
que no es la muerte la que así me allega
la nueva fe que la esperanza muda.

Presente estuve aquí, mas para nada,
que el mayor interés de la partida
en alto precio se estimó comprada;

y en una hora se quedó fallida
y en un minuto se quedó ignorada
la suma satisfecha por la vida.

IV

REMO uncido por mí siempre a su estrobo,
que a pasar por la angustia nos ayudas:
ya nadie el rostro de lo eterno muda,
ya el sol extirpa su carnal adobo.

Tomada de su espanto, el alma eluda
sus fatigas de ayer con lento arrobo,
de angustia eterna padeciendo el sobo,
mientras lo eterno su visión desnuda.

La angustia, que en lo actual da tanto ahogo,
trenza su ardid con temperancia muda.
El agua amarga más se va amargando

¡y aún en lo eterno no brotó mi bogo!
¡Y aún a los mares de mi limpia duda,
en forzada labor, sigo agotando!

V

EN la paz del Señor hoy se ha dormido
un varón cuya hombría se denota
por saber conllevar su última rota
con la alegre tristeza del vencido.

Nuevamente la mar tornóse ignota
cifra inactual de lo desconocido;
como a nadie en el viaje había suplido
sólo habrá de emprender esta derrota.

El contorno y los límites perdidos,
¿qué vale el conocer, qué la destreza?
Ni un lucero en la noche está encendido

y el alma topa su delicadeza.
El silencio es la sombra del oído
y el gran enigma en esa sombra empieza.

VI

LA nave de Caronte emprenda el viaje
penetrando lo eterno con su quilla;
atrás va sumergiéndose la orilla
y estrenando está el alma otro paisaje.

Se abren y cierran en cualquier paraje
montañas de imborrable maravilla;
para luchar con esta pesadilla
pasó la hora del aprendizaje.

Aterra al pronto este existir bifronte
en que ya la existencia no hace pie
y el corporal sentido está marchito.

No obstante haberse muerto el horizonte,
mi ceguera ve a Dios: lo que se ve,
cuando no se ve más, es lo infinito.

VII

HAY algo que me ocultas, dulce brisa
portadora de hirviente primavera,
y, al venir sin hacer larga la espera,
algo desconocido en tu sonrisa.

Un silencio también que se desliza
como temiendo que lo descubriera;
y un ansia de unidad que acaso fuera
la orden secreta de partir aprisa.

Algo sutil que punza y que me hiere
y que sin voluntad me determina
a hacer de pronto lo que no quisiere.

Pues más alumbra el sol cuando declina,
algo vivo hasta hoy, que en mí se muere,
consumiéndose va cuando camina.

EPITALAMIO SIN FIN
[1945]

A ti,
mi ínsula extraña,
primera entre las primeras,
única;
con creciente adoración
de niño eterno.

*...porque a vos dirigidas
más que letras sus versos tengan vidas.*

LOPE DE VEGA

I

YO te bendigo, amor, porque en la muda
perfección de tu carne, enriquecida
de alma, devuelves a mi vida
el rango que alguien puso siempre en duda.

Celeste me haces, sólo con tu ayuda,
la tierra a tu virtud fiel prometida
donde habré de admirarte más vestida
cuanto más te me ofrezcas más desnuda.

Al tocarte, mi mano se hace cielo,
siendo de natural cosa distinta;
no una fracción me das, que me das toda
tu vida corporal, todo tu anhelo;
y así mi corazón, del tuyo en cinta,
te da el eterno fruto de estas bodas.

II

PARA darme adecuada bienvenida
te confundes conmigo en un abrazo.
Es vida la que tengo entre mis brazos
refluyendo hacia mí, dándome vida.

Tú eres como la fruta que encendida
plenamente de sol, verde a retazos,
se azucara hasta su último pedazo
y dulzura de dos das confundida.

Feraz refugio hallastes en mi frente,
donde tu imagen viva y absoluta
se va ensanchando allí como simiente.

Con acuerdo cencío, y sin disputa:
no el fruto quiero, sino propiamente,
la coraznada que engendró la fruta.

III

POR vez primera, amor, has traspasado
con la vena del gozo mis sentidos
sin que haya al cuerpo esta jornada herido,
pues era ruta al trance inigualado.

Junté al vivo placer nunca estrenado
las horas de la noche en mis oídos,
que de alma a alma limpiamente ha ido
la más honda pasión que he desposado.

Vida nueva le das al mundo nuevo.
Mi sombra ya no duerme en el camino,
ni al río el mar amargo el agua bebe,

ni en mis jornadas ha de hacer relevos,
pues desposados nuestros dos destinos
fuego ha de dar aún la escondida nieve.

IV

NADA fundamental se ha decidido
que maduro a tu sol ya no estuviera.
Ya la vista, que en tacto convirtieras,
palpó el alma del nácar removido.

El coral más absconso de la hoguera
ríe volcán sin áspero latido
y está mi sentimiento tan sentido
que su llama es también mi primavera.

En los días iguales que ahora sumas
mi piel halló, a tu selva entropizada,
fervor de arroyo entre encendida espuma.

Del ansia de volar ya despojadas
plieguen mis alas ambiciosas plumas;
que un solo albor, si es tuyo, es la alborada.

V

PUES que en mi carne a tu ternura siento
anegando a raudales sus riberas,
ya surcas, con entrañas marineras,
las altas mares de mi pensamiento.

Me has dado elevación en un momento
en que al faltarme perspectivas puras
ofreciste, a mi nueva singladura,
la túnica dulcísima del viento.

Tu tierna lumbre celestial trasciende
y al desvelarme el primitivo arcano
hallo otra luz que la que el sol enciende.

Tus llantos añadieron océanos
cuyo anchuroso ser nadie comprende;
seguridad, las anclas de tus manos.

VI

YA me punza al costado tu latido,
ya canta y trina mi naturaleza
y sabe que el perfil de la belleza
es un sueño que el hombre ha construido.

Un solo amanecer ha confundido
en máximo calor tu alta tibieza
derribando una noche de torpeza
que ágil alba sonriente ha renacido.

Ya la forma del mundo está en mi mano
y has resurgido, oh sol, entre mis venas
con un vigor que vence al del verano.

Tan presente en mí estás que ya si apenas
tu contorno distingo en lo cercano;
y de tu fruto están mis manos llenas.

VII

MÁS dolor he sentido hoy al dejaros
que si al cuerpo cribaran duros tiros
y dejé rezagados los suspiros
que quisieron quedarse a acompañaros.

Dóciles armas son, para rendiros,
sentimientos de hogar dulces y claros
y podrán impedirme contemplaros,
no que viviendo en mí pueda sentirlos.

Ausente estoy, sin paz, pues al marcharme
todo quedé de tu ánimo tan lleno
que ni el cuerpo sin ti puedo alcanzarme.

Como alma en pena por tu ausencia peno
y han de buscarme en ti para encontrarme;
lleno de ti cuanto a mí mismo ajeno.

VIII

AMOR, que entre tus velos misteriosos
guardas narcisos de perfumes densos,
mi hogar conserva intacto el eco intenso
del paso breve de tus pies hermosos.

Pisásteme el silencio silencioso
con tal sutil ardor desde el comienzo,
que me impides luchar, pues si te venzo
pudiera en ti mostrarme codicioso.

Llegóme tu calor cual si viniera
de un hogar hasta entonces no sentido,
de un hálito engendrado en otra esfera.

Hemos, en mutuo eclipse, coincidido
y aun siendo tributaria de su hoguera
la casta luna al sol ha oscurecido.

IX

PERMÍTEME, mi Dios, que te devuelva
la gracia por tu mano derramada
en el rosal en flor como en la selva,
en la tierra en barbecho, en la labrada.

No ha de alegrarme más que la mirada
que hacia tu inmensidad rápida vuelva,
ni problema ninguno en que resuelva
otra verdad que la por ti encarnada.

Tan hondo y puro mi vivir ha sido
y tan de tu sustancia está empapado
que más vidas de una ya he vivido;

me diste mucho más de lo soñado
y antes que me haga piedra el duro olvido
te devuelvo, mi Dios, lo que me has dado.

AVE BREVE
[1948]

A ti,
ave que para siempre
enardeciste mi corazón
hasta el delirio.

I

Amante espero, y desespero amante.

RUIZ DE ALARCÓN

BALADA DEL ENAMORADO

ME enamoré de la nube;
sí, me enamoré del aire
—contramarea de lo breve,
variación de lo invariable—;

verdad que me enamoré
—capullo, incienso, sol, cauce—
de la torre rematada
como del ramo portátil;

del perfume de su flor
y las formas de su cáliz;
de sus ojos, de sus labios;
de lo tangible e impalpable:

de su eterna melodía,
de sus fugaces instantes;
de las briznas de las hierbas;
de lo chico, de lo grande;

de cuanto se crea, sube,
y flor frágil, trino frágil,
—trozo eterno de su nada—
hinche el covanillo del aire.

BALADA DE LA PENUMBRA

DA a luz lo oscuro. Nacerán entonces
nuevas palabras que a ti misma te confirmen,
con espigada claridad, con trompa bella,
lo indecible del misterio de tu noche.

En lo que el viento hasta ahora no conmueve,
en lo que la oscuridad va trabajando,
está la razón de ser de la penumbra.

Lánzate afuera
con el entrañable secreto que te pudre —aire apenas,
[todavía silencio—
pues eres generosa estructura y sin ti no existiría
esta fragmentación que permitirá la pincelada eterna.

En las palabras que están aún por nacer en tus entrañas
[conmovidas
hay una mano que separando las ramas que impiden
[verte
te mostrarán a mis ojos —como te sueña mi corazón—
[radiante y pura.

BALADA DEL FUEGO

¡CÓMO eres de alegre, oh viento iluminado que nos
[traes
la luminosa nada a nuestros ojos,
y a través de nosotros, a locas correrías nos induces!

El ritmo ajeno perturbas
que no acertaste a hacer tuyo, y puedes de este modo
atravesar con linos abrasados
la masa imperturbable de la noche.

En ininteligible torbellino anulas
el esfuerzo surgido de la tierra,
mas tu ceniza inanimada aún puede
encandecer raíces muy profundas.

Tu amante transformación nos proporciona
robusto ardor, pues a quienes consumes
nueva fuerza les das
y a lo sombrío pones en crepitante movimiento
haciéndole extender undosos brazos
que completen la ronda del incendio.

Lo natural botas afuera, como el mar
a toda vida ahogada entre sus sales,
y resurgiendo eternamente de ti mismo
concebible nos muestras la resurrección.
Sin artificio surge el elemento por tu boca
con el primer resuello de los mundos
y das a nuestra fe la forma ardiente
que expandes consumiendo tu semilla.

Como irreal danzarán desmelenado
te asientas sobre el ardor sombrío de la brasa
y resurges en el humo que incorpora
sobrio cielo instantáneo a tus favilas;

y cuando despiertas, sofocado, en la noche,
a la rosada aurora vas despabilando
igual que a un corazón que se desprende de la vida
el tinte diáfano oculto entre tinieblas.

Algo de humano tiene tu estructura,
oh arborescente llama, en el instante
de verde exaltación, y en el otoño
de tus rosadas articulaciones.

De la sima de la materia
surge tu alegre exaltación, oh fuego,
y la adición de los parciales fervores de la naturaleza
—ya sin indicio material visible—
te da la totalizada suma del espíritu,

que en ti no está, pues se lo diste a todos,
y que ahora, pues ya se ha consumido,
empieza a arder con llama inextinguible.

BALADA DE LO INEFABLE

CUANTO más alto vuelas, más distante estarás de ti
[misma.
Enciende tu corazón meticoloso para que gima sin
[remedio
entre brasas de un fuego que ya no puede ser tuyo,
sino universal fuego de todos.

Este darte a mí en ti misma, rígidamente cantando tu
[tristeza;
esta monomanía de buscar los tremedales a la altura de
[los cielos
y sentir que los números se agitan,
perpetuamente sediciosos, para borrar las sumas de lo
[lúcido,
no es camino feraz.

Cómo te engañas
buscando el cielo en lo alto cuando el cielo
está en tu corazón, y no lo miras sino con desconfianza;
cuando no aciertas
—embrión de alondra, lenta fuente extática— a sentir su
[rumor.

Ay, la verdad que buscas se ha refugiado en ti
y su raíz celeste está en la arcilla que abandonó tu pie;
en el terrestre nido
que empolló en mí tu ambición lejos del cielo,
secretamente adentrada en lo humano, para olvidar lo
[humano.

BALADA DE LA ESPERANZA

QUIERO llegar al yo que esconde el yo que muestras,
a la fresca visión del tú en lo más recóndito,
y alumbrando los límites que ignoras
evitar con mi cauce tu extravío.

Ya en la vena feliz de tu secreto
—puesto a luz de manera inverosímil—
te pediré me seas fuente amorosa
y desentrañes con el húmedo arado de tu ternura
cuenca más ancha al río
que necesita mi gorjeo de ave sin alas,
para ofrecer ambos al mar el ostensible
tributo de la piedra conmovida.

BALADA DE LA GUAGUA

CADA vez que desciendo
—tarde, poema o guagua—
mi vida cae en ti naturalmente
y revuelves el orden de mi alma.

Pareces a una niña que se espera
pues siendo aún sólo no nacida entraña,
viento que nadie ha visto,
en nuestra vida celestial ya mandas.

¡Y aún no abriste los ojos, y aún no tiene
la edad del humo, tu infinita infancia!

BALADA DEL SUEÑO DE UNA NOCHE DE AGOSTO

CON paso de ave hogareña entraste en mi hogar,
tenue rayo de luz,
ocupando el sillón del homenaje con el derecho propio
[de un rayo de sol;
sentándote en mi corazón como en un trono, alegraste
[mi alegría,
y libertándome del cotidiano cautiverio
hiciste que viviese, con certeza que acaso sea una locura,
para siempre anheloso de tu compañía inmarchitable.

El hambre que sentía de unidad me la diste en este
[mundo
al embelesarme con tantos arrullos de palomas
y ofrecerme las alas que me llevasen lejos de esta
[tempestad
ocasionadora del continuo quebranto de mi corazón.
Como fruto de tan alta palmera
yo he hecho que tu reinado gobernase este mundo
pues, voluntariamente sometido a tu cautiverio,
nunca fui más libre, ya que,
cerrada la puerta de mi celda,
la convertiste en nido.

BALADA DEL VIERNES

NUNCA podré decirte lo que el viernes
para mí significa, porque el alma,
registrando el transcurso de sus horas,
ve transparentes viernes repintados de olvido.
Cada murmullo, sea profundo o débil,
moja mi enjuta arena
con la alada ilusión de su húmedo instante,
como esas gotas de rocío gordo
que dilatándose al caer sobre las aguas quietas
producen la ilusión de que los mares
comienzan a moverse,
mientras la extraña música
que el bochorno levanta en los zaguanes
nos asemeja a Dios, cuando los cielos
viera arrancar, girando como estas moscas,
sin desorden, en busca del armonioso destino.

Cuanto en la vida pudo engrandecerme
con su sí; cuanto no pudo abatirme,
siempre ocurrió este día sin ocaso
que no es principio ni fin de la semana
y superpone al infierno el paraíso.

Nunca podría decirte lo que el viernes
para mí significa, porque en viernes
todo me sucediera de modo inexplicable,
como si en él hubiera muerto,
como si en él ahora mismo acabase de resucitar.

BALADA DE LA GRATITUD

DOS láminas de fuego confundidas
una noche, —la eternidad, acaso.
El conjunto volcán que así durmiera
amaneció, sin luz, ya páramo;
la misma mano que encendió mi fuego
—la misma— lo ha apagado.

Mientras iba rodando nuestro sueño,
fondo tras fondo, alguien fue mudando
el cielo, del amor, y ya despiertos
lucía otro distinto, y ya más alto.

Mis últimas lágrimas de hombre por ti se derramaron.
Tan semejante a ti me hiciste
que con ojos vendados
vi la única luz que no da sombra.

Dios te bendiga siempre
por hacerme posible tal hallazgo:
huella el harto el panal, mas al hambriento
le sabe a dulce miel lo más amargo.

BALADA AMOROSA

LO que me hiciste sentir era más que el físico amor
que se desvanece como una alegre onda cuando la
[sorprende el viento,
y más que la llama a quien la ceniza va robándole su
[ardiente espasmo de luz,

pues hoy me anegan las aguas de tu creciente y me
[reconfortan los embates de tu fuego
sin que pase la espuma fugazmente a lo ancho de mi
[corazón
y sin que el alma haya sentido aún la suavidad de ese
[manto
que pone fin a todas las cosas, cuando solamente son de
[este mundo.

BALADA DE LA ANGUSTIA

LO evidente se hace música:
arroyo, flor, trino, día,
Dios, espesura...

¡Y tu alma es sorda,
y tu palabra es muda!

BALADA DE TU ADIÓS

¡HAS dicho adiós con un desdén tan inconmensurable;
qué igual a ti misma fuiste siempre!
Como un alud, atropellaste en tu desprendimiento
la suave mancha de esperanza verde
que iba bebiendo el sol con la garganta
con que el pájaro bebe
la armoniosa canción de las montañas.
Si vida ofreces, ¿por qué das la muerte?

No es la caída, no, quien te endurece
sino la escarcha de tu naturaleza.
Cuando dijiste adiós cayó a los suelos
tu máscara de nieve
y quedó al descubierto, siempre desconcertante,
la sonrisa con que la piedra se defiende.

Cuando dijiste adiós nació tu estatua.

II

*Matómela un balletero;
déle Dios mal galardón.*

(Romance del Prisionero).

BALADA DE LA INDIFERENCIA

NO somos nuestros ya
—ni sombra o luz siquiera—,
sino la nada que anheló ruin gente:
ennegreció su esponja el encerado
—pauta de mis sonetos y mis zejeles—
y huele a olvido, a rosas sin vergeles.

Lo que no ha sido siempre
y pudo siempre ser;
lo que queriendo ser no ha sido nunca
—el aspa quieta, el aire insuficiente—,
coincidieron, no obstante, en lo absoluto;
en el ser que perdí, y en el que pierdes.

¡Y queda mucho aún! Queda aún el polvo
de nuestra vieja carne indiferente
—endúlzame, arco iris, la tormenta;
al fangoso camino, ennoblécelo, oh nieve—;
queda ir soñando que, en lo eterno, despiertas,
resurgirán las albas sin poniente.

Cuando ese día llegue
y decidas amarme,
te habrán de conmover los mismos ojos
que ya no te conmueven.

¡Nada puede acabar sin que comience!

BALADA DE LA ROSA BERMEJA

A la rosa bermeja que besé una mañana
pedí el imposible dulzor de tus labios,
fríos pétalos que me rehúyen desde aquel día;
mas no quiso su grana consolarme.

Parecías tú misma, cuyas gotas de rocío resbalan como
[silencioso llanto celestial,
aquella encarnada belleza que milagrosamente para la
[perfección de su forma
no dura sino un día.

Yo los soñé, en cambio, tan eternos,
tan de piedra y aire,
tan monumento mío,
que no advertí que la presencia de la rosa es la vejez de
[la rosa
y la mata un suspiro enamorado, o el estrecharla
[convulsivamente contra el pecho.

Fue también incapaz de pensar entonces mi pensamiento
que cuando la errática burbuja de los rosales
entrega su ser y se siente separada de su tallo,
la noche va izando lentamente su pabellón de plata
para navegar sin descanso hacia ese sol que nunca declina,
como no padecen declinación, ni el amor perfecto,
ni la hermosura que se va deshojando lentamente
para mostrar su entraña sin igual a la delirante luz que
[la arrebata.

BALADA DE LA MEDIA NARANJA

CÓMO, amándome, me engañas.
No ajustan bien rostro y máscara,
amor con amor, alba y alba.

Medio mediodía de luz,
busca media noche exacta;
medio mediodía de sombra,
complemento de luz diáfana.

En cenit opuesto, extraño,
jamás la media naranja
cubre —endulzando, amargando—
a la otra media naranja.

Algo lucífugo y agrio
se queda, sol a tu espalda;
algo luminoso y suave
huye, luna, entre alba y alba.

BALADA DE LOS LENTES AHUMADOS

NO me miran tus ojos;
te perturba la luz que hay en los míos
y has de atenuar lo lúcido
aflorando el abismo puesto a flote.

Estás viviendo
mar donde el agua
es de cielo traslúcido,
de amarga sal el cielo;

en donde el día más claro
tiene cuerpo y color de eterna noche
en el turno exclusivo de lo oscuro
y aun la externidad pálida de la aurora
será un ébano mate de soledad sin respuesta.

No me miran tus ojos; con su carne de vidrio
te miran, hacia adentro, lo insondable.

BALADA DE LA SONRISA INDESCIFRABLE

CUANDO ya esté tranquilo, y cuando el viento
su temblorosa arruga le oponga a mi reposo,
tu entraña polvorienta será clara
como un cristal, luciente
como una estrella, vagabunda
como las lágrimas del sol entre las hojas.

Y aunque se sienta a la torcida altura de los peces
y de los montes sumergidos en las aguas,
tú llegarás a mí como una sombra
que tape el mar, que superponga al ruido
esa sonrisa tuya indescifrable
que aún no sé si es amor o si es desprecio,
mientras trabajan en las oquedades de los montes,
los últimos albañiles del silencio.

BALADA DEL HUMO

SÍ, te fuiste desvinculando como el humo,
que después de inventar montes de niebla
desaparece para hacerse cielo;
pero aún ignoras que el amor no puede
dejar ceniza, cual combusto leño,
mas impalpable mundo,
y que sigues tan presente como el día
pues llenaste tus sombras de luceros.

El dombo errátil que me cubre
tiene la forma de tu amor, y tiene
muchos detalles solamente tuyos;
y si en su oscura totalidad eres tú misma
cada parte, con minúscula luz, te reconstruye.

Porque no fuiste llama mortecina
que en acres depósitos con el viento
huyó de sí para buscarse entera
—eco del humo, no; sí humo del eco—
y nos liga el mismo lazo indisoluble
al mismo aroma del pasado incendio.

Al evadirte de mi hoguera crees
que sofocaste nuestro hermoso siniestro.
¡Qué equivocado estás, oh siempre que a sí
[mismo se desconoce!
¡Qué equivocada estás,
llama ya gris de mi más puro fuego,
deslizándose sin mí en tu alejado mundo!

No te ha apagado Dios aún en mi pecho
e inmaterial —y desdeñosa, acaso—
sigues tu ruta porque sigo ardiendo.

BALADA DE LA SOMBRA

TU sombra, nada más
—último resto, espiritual materia—.
Tu alta verdad no es vacilante forma,
sino voluble y armoniosa esencia.

Nada más que tu sombra,
porque al querer manifestarte en ella
se enteraron mis ojos, para siempre,
de que sin ti no hay luz grave y serena.

Lo que ella ocupe —descorpada y pura—,
lo que no ocupe, lo que me ensombrezca.

La vida, si la das, como un regalo;
la muerte, si la niegas.

BALADA DE LA DUDA

¿CUÁL de los dos estará
en lo cierto?

¿Yo, cazador incansable
de tu sombra;
o tú, sin descanso huyendo?

¿Tú, obstinada en negar
lo que en mí es más evidente
—vivo fuego de tu agua enajenada—
o yo, ciego sí de carne, afirmando
tu pulcritud de nieve?

¡Qué cerca el nunca,
qué lejano el siempre!

BALADA DE LAS ESTRELLAS DESPRENDIDAS DE LOS OJOS

QUISE que fueras mi único astro incorruptible
en vez de luciérnaga encendida en la oscuridad,
a trasmano de los caminos que suenan a compañía,
mas desdeñaste la órbita ofrecida a tu ternura
y me hiciste habitar el país que se encuentra tras la
[tierra del desengaño.

Desde entonces,
mis soledades adquirieron la humedad sumisa de las
[cuevas encantadas
donde la curiosidad nunca ha podido descabezar un
[sueño,
y en las sábanas de mi lecho aparecen estréllas
[desprendidas de mis ojos;
mis días son noches
y el misterio de la creación

confusamente va descantillando mi voluntad;
y no sé si el fin del mundo ha comenzado para mí
porque la música de las estrellas viene a recordarme
que es de púrpura nueva el final de la más larga noche.

BALADA DE LA FUGITIVA

¿DE qué te sirve huir de mí, para estar fuera
del cerco de mi pensamiento,
sol sin eclipse mental, cantera dura del aire,
escultora de lo cierto?

Ponzoña diste a mi sangre
con tus glóbulos morenos
y tu lógica versátil;
y estás tan dentro, tan dentro
de la inmediata ceniza
como la vida en el sueño,
pues tu carne no es tu carne
aunque tu cuerpo es tu cuerpo.

BALADA DE LA AUSENCIA

COMO una sombra mía desertora
hoy la tarde te sorprenderá lejos de mí.
Otros aires estarán respirando tus pulmones
y otro ritmo se acompañará dulcemente en tus oídos.

Ya nunca más estaré presente en tus palabras,
y sin embargo, la ausencia de este sol no trae la noche
a mi desengañado corazón.

Lo que a mi desengañado corazón trae la noche
[constantemente
es otro motivo que acaso no comprenda jamás tu
[sentimiento

el dolor de lo inacabado, la terrible tortura
de saber que truncaste el último acorde de mi vida
cuando sonaba exclusivamente para tus oídos,
con esa vibración final de los "allegros"
que embellece el orbe al expandirse
más allá de las alteradas orillas del devoto silencio.

BALADA DE LA BÚSQUEDA

TE he buscado con todo mi corazón. ¿En dónde para
el aire incorruptible?

¿Fuera, dentro: en la luz;
tras de mi corazón, ante tu sombra;
en la ira que cruza despiadada
o en la tierna misión que me encomiendas?

Te he buscado con todo mi corazón. ¿Dónde te
[encuentras,
agua del mar inagotable?

BALADA DEL ROCÍO

NO quiero extraviarte, oh aire mío,
interponiendo mi tenue paso de nube torpe
cuando, al regresar de tu campestre regocijo,
tus vencedores miembros apetecen el transitorio
[descanso de la noche
y traes frescas gotas de ajeno rocío entre los hermosos
[cabellos,
ni tampoco que, apesadumbrado por su altísima ligereza
—lenta en el amor, como rápida en el olvido—,
dejes de proteger a ese agua sin sombra que quisiste
[sacar del anónimo
y se precipitó al fondo del mar
apenas elevada a la celeste altura.

BALADA DE LO IRREMEDIABLE

SÉ que en mi torno no hay sino un abismo.
Encima, debajo, dentro, afuera,
no hay sino tú, sonriente estafadora de mi vida.

Adondequiera que vaya,
el instantáneo mar de tus espumas;
dondequiera que mire,
alzarán su palacio tus tinieblas;
cuando duerma cansado,
inyectarás tu luz esplendorosa;
cuando más alto viva,
ha de matarme una palabra tuya.

BALADA DE LA CORRIENTE DEL RÍO

PERFUME que aún nadie encristalara,
corro para alcanzarte,
canto para atraer tu flor menuda,
callo para oír la voz de tu mar indudable...

¡Y cómo llora el mar que llevo dentro
el doble ocaso: de su agua y de mi carne!

BALADA DE LA DESESPERACIÓN

—¿NO habrás de oír el silbo de mi angustia
humedeciendo el aire?

—¡Jamás, jamás, jamás!— ¿Y después, alma?

—Ha de venir lo que soñarás antes:

el vaso que se agota;

la fuente inagotable.

Más lejos de su sombra

te habrás de hallar en tanto te acercares;

para esperar que llegue la tristeza,

ya es demasiado tarde.

BALADA DE LO IMPOSIBLE

FUE tanto querer la luz
—querer tu verdad, sola y toda—
para hacernos infinitos amantes;
tantos delirios de piedra viva
en incandescentes ondas;

fue tanto el deseo puro
de ir repitiendo la aurora
que encendía la pasión
en mares, montes y rocas;

y tal la fuerza que tuvo
su llama encandiladora,
que el delfín que mueve el alma,
sin desplazarse en las olas,
vistió a corazones de humo
limos de eterna congoja.

BALADA DEL DESENGAÑO

YO no soy pescador, madre,
yo no soy pescador,
pues espanto las redes,
y a la pesca, no.

Yo no soy labrador, madre,
yo no soy labrador,
a las aves atiando,
no a la recolección.

¿Qué seré, madre? Dime;
dime qué seré yo.

Verde pino hallo en el mar
con una rosa, sin un piñón,
cantando mudo cantar.

III

*Yo no digo mi canción
sino a quien conmigo va.*

(Romance del infante Arnaldos).

BALADA DE MARZO

OH Dios, Dios mío, sella mis labios
como si ya fuera huésped de ese silencio
que ha de acallar los mares más tormentosos
y cúbreme con la pálida ceniza del sueño consumido por
[las llamas amorosas
una tarde de marzo...

La selva de Cupido, donde viví gozoso,
bosque del aire fue,
que el aire mismo arrebató de un soplo,
arborescente explosión de humo caído de lo alto;
y las palabras que oyeron nuestros oídos como angélico
[mensaje,
después de traspasar los muros de nuestro corazón,
se derritieron prontamente, oh Dios, Dios mío,
pues la edad justa alcanzaron de la nieve
y vivieron la edad justa del esparcimiento del humo.

Como astros en apulso quisimos ser,
quisimos ser como luceros únicos en la noche del alma,
girando acordadamente fuera de la nebulosa de la que
[Tú nos liberaras,

y hoy te pido, oh Dios, Dios mío,
esa luz de eclipse para las palabras del hombre,
el silencio,
con que el amor desgarrar sus espinas para que no nos
[hiera el desengaño.

Y si la muerte, oh Dios, Dios mío, ahora me negases,
haz que mi paso sea como el de un meteoro
que verdece y se alimona al propio tiempo,
o como el agua fatua de la nieve,
pues cada cuerpo tiene su alcuzada
y esta tarde de marzo todo está terminándose para mí.

Y si la muerte, oh Dios, Dios mío, continuaras
[negándome,
mantén en mí la divina monotonía de los enamorados
y dispón que todas las palabras que destile mi boca
sean como el sí del manantial para el sediento;
que todas mis palabras sean concordes como los puntos
[de un tejido,
las olas de los mares o las arenas de las playas,
y que sea mi corazón maldita llanura estigmatizada por
[todo el mundo,
como si mi dignidad se hubiese muerto
esta tarde de marzo...

Y sobre este hemisferio de la soledad sin posibilidades
[de primavera y otoño,
clava la luna de mi amor en aquel creciente infinito
en que fue cuna del sol y sombra despierta de la noche;
como si mis palabras, en fin, oh Dios, Dios mío,
fuesen dichas para oídos únicos que ya no existiesen
y no encontraran su eco en órgano alguno mortal,
sino en Ti, Dios; sino en Ti, oh eco de ecos, Dios mío.

BALADA DEL MURO BLANCO

EL mismo muro blanco
que vio salir el sol, irse granando
y ser perfecto...
El mismo muro blanco
a quien la tarde fuera escalonando
rampas de miel...
El mismo vecino inanimado
la vio pasar, camino de la sombra,
pesada piedra ya...
Cada alma tiene su vibración y cada hora
su sonido especial, oh quieto muro blanco
que ven mis ojos siempre en mediodía,
sin ir de la ilusión al desengaño.

Nunca fue mío el dulce sol perfecto;
lo que nunca fue mío, me ha dejado.

ODA A LA MADRE

OH clara fuente de mi turbio río,
oh madre mía, oh madre, oh madre mía.

La más hermosa de las ilusiones
desvaneció su dulce realidad inextinguible,
cual cauda de cometa
que vive aprisa un solo segundo de centrifugada lucidez,
y tras inscribir
en la celeste arena enloquecedoras palabras fulgurantes,
niégase a convertir su pasión en la eterna ternura
[prometida.

Soñé verme tan grande entre sus brazos, tras pasar de
[un olvido hasta otro olvido
—tú sola, estatua mía, en todo el aire—,
que al ver irse deshaciendo su deslumbradora fragilidad

y extinguiéndose para siempre tan delicada fulguración,
quedó señalada en la noche de mis ojos la invulnerable
[huella de algún crimen.

Que nunca sepas por qué he vuelto, madre:
de espanto enloquecerías inútilmente
ante el destino del hombre enamorado:
amar el humo del extinto fuego;
ver extenuarse el sueño en la enmudecida escala del
[descanso,
que no puede salvarse sino en tramos de amor que por
[doquier le faltan.

Ay, esta póstuma idolatría es irrenunciable,
y amenaza mi lucidez constantemente.
Ven pronto a mí, ceniza mía, como la aurora para el
[hombre perdido a la intemperie.
Hoy me arrojan a ti, porque aún sabe mi cielo a su tan
[dulce tierra,
y el frío de tu altura me anunciará el calor que no he
[encontrado.

Contra esta sombra, tu luz, cual si vivieras,
pues tu generosidad no se marchita. Necesito de ti
para conseguir que la rosa sobreviva a la piedra
y que con incomprensible arroyo amamantes mis oídos,
en el mar sin orillas de lo puro,
impidiendo a mis labios
lleguen a maldecir a nada y nadie.

Necesito de ti. Haz que conserve
esa última espuma de la dignidad
sin la que las líneas de lo varonil se deshacen cual humo;
y déjame verter en tus oídos, que no existen, la
[desesperación que apenas nace;
y pues también la naturaleza comete crímenes, fuera del
[orden que orbitó la mente,
déjame juzgar que el amor naturalmente ha obrado
[contra mí.

Ay, cuán dulce ha de ser discurrir contigo aguas arriba,
dándole nombre exacto a cuanto ya no existe;
arribar a la entraña en donde toda memoria se ha
[extinguido;
sentir sobre mi frente las únicas manos que acarician
aun después de estar muertas;
cantar en dos sílabas la inmensidad del mundo que
[abandono,
y lo que en ellas no cupiere, en una sola, indestructible.
Tus arrugas parecerán entonces
como esas manchas que, embelleciendo al sol, dan luz al
[alma
calor al mundo, tránsito a la vida.
¡A ti me arrojan, a tu amor inmenso,
oh clara fuente de mi turbio río,
oh madre mía, oh madre, oh madre mía!

BALADA DE LAS ONCE DE LA NOCHE

NINGÚN compás anima la sangre de mis venas,
ninguna brasa enciende de tan rápido modo mi corazón,
ningún rocío estremece de gozo a mis predios estériles
como la piadosa ternura que nace
al sonar para mí las once de la noche.

En esa hora precisa,
el alba desusada de mi reina me acoge
en la altura sin brillo donde mora,
y las cosas del mundo vuelve a disfrutar el nombre
que les da su recuerdo.

Entonces,
emano ondas de luz que repercuten sobre un lecho
que conoció eternamente la dimensión de mi ternura;
emito el profundo mensaje de mi silencio
para las estrellas anidadas en el entresuelo de la noche,
y el alma castigada renuncia a su rebelión contra el agravio.

No permitas, por tanto, Dios mío, que el nocturno reloj
deje de hacer gotear al tiempo, como el aire a la rosa,
y no niegues nunca a mis oídos la transeúnte alegría
de las once campanadas de las once de la noche.

Podrán entonces mis párpados
—que desconocen la medida de la luz que no beben,
pues no ven el fulgor de tus ríos sin cauce—,
abrir en el mismo seno de la oscuridad,
las piedras sin médula de sus niñas sin su imagen
para que broten fuentes de arroyos tibios para su
[amorosa alabanza.

Haz, por añadidura, Dios mío,
que cuando mi flor abandone ese último pétalo
que permite que todas las olas se fundan en una ola,
no me haya de faltar el descanso a Ti fervorosamente
[rogado;

y haz que suenen, de modo perdurable,
las once de la noche en mis oídos,
las once exactamente,
sólo las once.

BALADA DEL REMOLINO EN FLOR

VUELVE a mí, vuelve a mí, aún no renacida ilusión;
salga de su apatía tu forma resbaladiza, y dejaremos de
[ser
como los que sueñan y no hinchén el mar con sus dulces
[corrientes.

En el agua que bebí lentamente entraste sin ser vista,
y continuas tu existencia en el seno de un ser
que para siempre ocupaste por sorpresa.
Vuelve a mí, vuelve a mis ojos, errante sol de piedra
que actuabas y dejabas de actuar en la febricitación de mi
[sangre.

como el día y la noche de los mundos,
resembrándome en el pecho la simiente de la esperanza.

Más que nunca necesito de ti, oh ilusión;
aunque seas el poniente de la más luminosa existencia.
Tiene la noche que atravieso magnitud insondable, pero no
[basta;
no me basta la compasiva luz inasequible de las estrellas
que en la orilla de los cielos, al igual de tantas nubes,
oscilan como líquenes de la bajamar
alterados por las corrientes que van visitando la restinga;
necesito el remolino en flor de tu azucena,
y nuevamente, entre tus brazos puros,
ver cómo arde la choza del sol, otra mañana al menos.

BALADA DEL FUEGO FATUO

TÚ pretendes, oh divino dolor, oh humana pena,
del amor que se va descomponiendo,
ser cual la llama fría de la escoria
y amoldarte a la muerte del incendio;
o perturbar alegremente la atónita superstición de los ojos,
como esa alada eclosión luminosa de la carne,
vaga burbuja de lo concreto,
que nos devuelve el dolor hecho alegría
—después de señalar la naturaleza todos sus límites
a la luz impalpable del reposo del cuerpo—,
y nos visita de noche, igual que el resplandor de un
[fósforo en la calle oscura,
mostrando el color de la primera madurez de los frutos
y la forma descompuesta del último pétalo.

Fantasma de ti misma, ser leve fuego fatuo vas fingiendo,
pero a mí no me engañas, pues te delata el humo,
que es la más silenciosa melodía del fuego,
y en el aire que incendias con tu paso
aun sin querer, siempre me quemo.

Tú eres otra cosa:
eres el espejismo del desierto,
cuya aridez rodea
el verde iluso del más dulce sueño
para oponerle ribas de estupor,
y, como el frío a las piernas,
al ánimo enroscarle las serpientes del miedo.

Muchas veces pregunto, con ahínco de esposo:
¿Cuál es aquí la voz, cuál es el eco?;
y sólo me respondes
con rencoroso y cárdeno silencio,
igual que el horizonte
le contesta al desierto.

Como una tierra desleal, te niegas
a darle a mis simientes tibio lecho,
y la estación pasada, sus raíces
de desesperación solar se van pudriendo;
¡y sin embargo, el cruel destino exige
que en esta tierra, que me esquivo siempre,
imprima mi alma su más dulce huella!

BALADA DE LA ATMÓSFERA

¡OH, no importa que estés lejos de mí, eternamente
[lejos,
como si la muerte hubiera ya construido esa imagen
[abstracta
que nos sepulta definitivamente!
Tu presencia es acusada por mi espíritu, duermas donde
[duermas
—lo mismo bajo tu techo que en ajenos hogares,
en el rocío de una flor que entre la tierra
[apresuradamente removida—,
y te siento acercarte concretamente con los ligeros pies
[de la brisa

cuando anuncia el regocijo de los árboles del jardín
y a los fijados troncos le nacen un momento inmóviles
[alas de ave perfecta.

Como sucede a los melancólicos desterrados del bosque,
[mis cuerdas sensibles
están siempre dispuestas para dejarse tañer por tus
[fugaces manos generosas de arpista sin par,
aunque desgarran angustiosamente mis nervios
haciendo florecer la divina ilusión que nunca arraiga.

Tu atmósfera, asombro ido apenas derramado, me
[envuelve entonces
como el son de las olas que mueren a los pies de su eco,
o las centellas sin órbita que adelantan su hora al día
[profundamente dormido en la noche,
y a cambio recibes esta tierna lumbre extraña que se te
[ofrece anhelante
pidiéndote el inconmensurable movimiento que le dé
[voz;
pues eres igual que el aire que se va apenas llegado
y nos deja un húmedo estremecimiento,
semejante al de quien sintiese que le roban su espíritu
[inmortal.

BALADA DE LA ETERNA NOSTALGIA

NO será una mujer
quien en mi corazón te sustituya:
el sol, la piedra, el ave,
el mar, el cielo —adentro, afuera—
me han de bastar tímidamente.

Vendrán tan dulces días frágiles,
tan veloces encantos,
que compasivo he de mirar lo quieto
como suntuosidad entrañable de tu estatua
para ponerle fin de algún modo a su fastidio.

Allí donde las almas aún se junten
entre ilimitados racimos de carnes agotadas
y octubre sea el pliegue mejor fruncido de las maduras
[sombras de las colinas
—en la eterna nostalgia—,
allí he de estar soñando que despiertas.

BALADA DEL TIEMPO QUE HABRÁ DE VOLVER

VENDRÁ un tiempo (sí, ese tiempo vendrá,
pues lo anuncian los profundos asurcamientos de mi
[rostro),
en que lloremos enjuta arena solamente
y la roca viva de este cuerpo sin enfermedad
se esparza sin tener ya peso alguno.

Cuando ese tiempo llegue, nuestra forma
será sólo un recuerdo;
y un recuerdo también este vivo soñar
de mañana distinto
con tu voz y tus manos por refugio,
lejos ya del presente de las primeras lágrimas
que no afloraron a mis mejillas por tu culpa.

Cuando ese tiempo llegue,
y sea sólo arena dispersada
este ser que ahora soy,
podrá el tiempo transportarme
de remolino en remolino
con su fría llama en acción que nunca acaba,
como si fuera uno de los zafiros de la bóveda celeste;
y así podrá lucir mi grano sin destello
—tuyo, como la última lágrima de mis ojos—,
en su órbita inmensa.

Cuando ese grano último
vague en la soledad de su recuerdo,
sé que ha de enloquecer, y a cada hoja
que encuentre en su camino
tres toques, tres, dará, tres toques suaves,
por ver si el cielo
franquea sus entrañas a mi desventura
como cuando, al triple golpear de mis nudillos,
se abría por sí sola la puerta de mi amada.

BALADA DE LA DUNA

TÚ absorbes mi ser, y me transformas.
Hoy muestras un rostro de la nada, ayer otro distinto
—¿cuál será el de mañana?—.

A tu esparcida arena nadie retuvo nunca,
fijándole sus límites,
pues eres terrestre traducción del ser del aire.

Mi lozanía reseca con tu aliento,
arrebátandome la gracia de lo definido,
mientras permanece impasible tu misteriosa naturaleza,
enemiga de la razón y amante del desorden.

Sensible a cuanto superficialmente te roza
—exaltación jovial o tímida locura—
¿quién sabe quién eres?, ¿quién por tus frutos te conoce?

Diferente en esto a las entrañadas piedras montesinas,
jamás la ternura pudo producirte una lágrima.

BALADA DEL HUÉSPED ETERNO

CINCO veces tendió la primavera
diestra red, verde rama, dulce método;
cinco soles izaron una noche,
clara y verdosa, con azules cercos.

No habrá necesidad de repetirlo,
porque al callar la voz, aún habla el eco;
si otra ilusión te destruyó la mía,
para él tendrás acre sabor ajeno.

Cinco nieves vendrán para borrarte,
que cinco hierbas son de mi deseo;
cinco veces te harás múltiple y varia, .
cinco daré unidad a lo disperso;
y en pago de la miel que te uniforme
tendrán mis corchos tus más dulces ecos.

Hemos envejecido, y mientras tanto
nuestra tristeza es ya nuestro consuelo;
variará tu hospedaje, mas no el huésped,
ya que el amor nunca consume al tiempo.

ODA A MI RUISEÑOR

A ti, ave que para siempre
enardeciste mi corazón hasta el delirio,
ambiciosa de sed más que la arena,
este postrer gorjeo angustioso,
entre la última expansión luminosa de mis alas,
antes de que el prestado trino de los astros solamente
sea quien pueda pronunciar por mí las tres sílabas de tu
[nombre amadísimo.

De mí te alejas implacablemente, para poner límites
[impalpables
al grito en celo de la humanidad que no canta,

oh corazón que no cuenta sino con su universo
[armonioso para envoltura,
y a pesar de las tempestades, modulas esa dulce voz de
[la naturaleza
que está por encima de todas las leyes naturales,
tu trino inmortal,
pues desde esa altura en que vives se pierden los divinos
[rasgos
con que en ti lo imperceptible se hace patente.

Ahora que están a punto de envolverme
las tinieblas que hicieron posible la luz de la creación,
cuando aún conservo el último pétalo de la hermosa flor
[de mi juventud
y amenaza cerrarse la noche de mi espíritu
—donde sólo viven las sombras que deshizo tu llama
junto al verde pimpollo de tu inmarcitable primavera
[imprevista—,
quisiera tener el rígido volumen de que disponen los
[cuerpos,
cuyas sombras el tacto no percibe,
para elogiar desinteresadamente las tres sílabas
[dulcísimas de tu nombre querido.

En tanto osas penetrar en las celestes profundidades,
y con vacilante vuelo, te detienes
ante el límite infranqueable de la voluntad del Creador,
tu canto es quien te eslabona a la infinita cadena de los
[mundos,
oh músico astro errante a quien la selva es orbe
de esa partícula de sol que se despereza en tu garganta
hasta expresar íntegramente el afligido ay de la creación
con arpegios que los humanos jamás conoceremos,
dominados por esta angustia donde, para el cósmico
[balbuceo,
sólo una vez amanece.

El titubear de tus alas se parece al de mis manos de río
[sin fortuna

a las que hundo en el agua que limpia, y tiembla
[jadeante,
y vibra siempre a mi contacto
—y juntamente con su cauce ahonda, de manera
[insensible,
el de mi lastimado corazón
que, como una montaña al atardecer, ya es por mitad luz
[y sombras.

BALADA NOSTÁLGICA

¿QUIÉN sabe desde dónde
viniste errando a mí, dulce misterio
que se aloja en el alma,
obliga a que le adore el sentimiento,
nos hace enloquecer y, sin embargo,
ni nos comprende ni le comprendemos?

Tu trino avaro disipaste aún
—¿hacia dónde, hacia quién, con qué motivo?—
de nota en nota, y no de ramo en ramo,
burbuja alada de quejoso arpegio
que en el amante azul donde te pierdes
borraste el rumbo a mi deliquio inmenso.

¿Qué confidente oído,
urna de tu secreto,
elegirá tu ausencia;
qué frontera del humo de tu canto
—verdor vicioso tras oscuro invierno—,
ha de flotar tan alta
que gane al sol desengañado lecho?

¿A dónde irás después, parte del viento
que has vuelto a ser la inmensidad del viento,
mas sin mí entre sus alas;
mas sin mi voz, pues deshiciste el eco
donde sin expansión aún la guardabas;

mas sin mis ojos, que no ven tu irte,
sino tu imagen en mi pensamiento?

De un soplo te perdí, y cada noche
regresarás y te tendré en mi pecho,
aun cuando sé que al despertar la aurora
mi corazón te perderá de nuevo.

Serás el mismo, siempre,
y el mismo, siempre, habrá de ser tu acento,
aunque al errante espíritu que tienes
lo mueva estéril esplendor ligero...

Ya aceleras tu huida; absurdamente
enverarás los frutos del silencio,
y a mi angustia sonora, para el último canto,
darás tu invulnerable dividiendo:
un átomo canoro sin presencia;
y un ídolo después, para un dios luego.

BALADA DEL ESPÍRITU

MADRE:

tú y yo tenemos de común la sangre
—oh memoria feliz: siglos enteros—;
la sangre que le distes a mi vida
y que a tu muerte doy por alimento.

Sólo una sombra, oh madre,
sólo una sombra nos impide vernos.
Sin hurto alguno, aun cuando no quisiera,
crece mi libertad al ir sintiendo
tu paso por las venas, que son mías;
mis venas, por el polvo de tus huesos.

¡Lo que no tengo es todo lo que tengo!

CABALLO DE BRONCE

[1953]

A
las piadosas manos
que al descortezarme
el pan primero de la vejez
desdaron
mi existencia
haciéndola de niño
nuevamente.

*¡No me dejes más salir
a los desiertos del cuerpo!*

J. R. J.

ALBA

UNA clara luz me cerca,
una voz le corresponde:
la espátula del oído
híñe vocales colores,
e inesperadamente
el alba del trino rompe
arboleda de mis nervios,
retamal de mis tendones.

Muy mal pudo una garganta
edificar tantos orbes
que, aunque efímeros, desprenden
los más canoros pichones,
sin que el vago humo del alma
no colaborase entonces,
no como polen y flor
sino cual polen y polen.

Devolviendo ecos prestados
o dando auténticas voces,
salir podrán de esta jaula
primorosos ruiseñores,
jamás blasfemos, con nuevas
de sus lascivos albogues
a esperar siempre el mañana,
porque mañana no es hoy.

ROSAS

AUNQUE duren un suspiro
de luz ciñendo a la tierra,
con rubras y bermellones
y estables púrpuras prietas,
sus rosas Junio construye,
que, como tú, son perfectas.

Es Junio el mes de tus rosas
y aunque tal vez no lo sepas,
porque la planta del ángel
su floración no recuerda,
las rosas que destallara
son las más dulces y bellas
que hayan jamás descogido
mis trepidantes abejas.

Para exaltar tu dulzor,
para esculpir tu belleza,
dará su arroyo la miel
del capullo que no cesa
de manar dulce rocío
y eternidades de arena;
y con fragante sordina
primaverales trompetas.

ETERNIDAD

¡Si yo pudiera llenarte
de eternidad; ser eterno
oscuramente contigo,
los dos pulsando el silencio
de la existencia común;
si en el amor que te tengo
cupiesen la eternidad
intacta, sin desencuentro,
y todo el aire templado

que te peina los cabellos,
con alacridad ordenada,
siempre errante atrevimiento,
en rodajas de limón
te iría cortando el tiempo!

JAULA

CON alma y cuerpo jaspea
la unidad de sus canciones
un vehemente flautista
cuyo manantial de azogue
va a la morada del-sueño
que carece de escalones;
con muy terrales arpegios
su púrpura nueva esconde
y con recogidas alas
desnuda su postrer noche
a la fuente sin montaña
de la pureza del hombre.

AZAHAR

AZAHAR, tienen perfume
urgente, de primavera,
las convocadas blancuras
que te impelen a la urgencia.

En tanto penda el candor
lloroso de mala estrella,
el silbo de la serpiente
desoye, si es que se acerca
a desovar su veneno
en la sellada materia
de quien es dios que aire calza
y aún viste verde bayeta;

y al sentir el aire vívido
que en cálido efluvio llega
como un embrión tormentoso
mas sin cuerpo de tormenta,
con escosa timidez
te mostrarás lisonjera
para decirle el adiós
a la vehemente inocencia
que en el contestado sueño
a tu alma tiene despierta.

NOCTURNO INVERNAL CON LUNA

QUÉ tarde te descubrí,
colina toda de brumas,
cerrada la noche, cuando
videntes cuestas auscultan
sus cremalleras de luz
y en un rajón de penumbra
cañamones de sonido
va resembrando la lluvia,
mate mortero de mármol
sumergido en agua turbia,
que al recuerdo y la olvidanza
trabaste en presente lucha;

en otra noche más mía
—porque era toda pregunta
de claridad no gastada—
vi tu naranja madura
contra el espejo, en la alcoba,
como un insomnio que fuma,
sin que lo mueva al amor
nada que acabe en la tumba.

ELEGÍA DE LA MADRE AJENA

ERES la novia del alma,
el cuerpo tuvo la suya;
a las once de la noche
sufro la doble coyunda.

A las once de la noche,
haya luna o no haya luna,
desborono a las tinieblas
los agüeros de la angustia.

Los *chirrirris* de mi ángel
en bueno el mal tiempo mudan
y silencios educados
toscas nostalgias traslúcidas,
que en el fondo del oído
mudo caracol pronuncia:
Duérmete, mi niño chico;
no podré olvidarte nunca.

Ha abierto toda su grama
la común madre diuturna;
con impulsos desiguales,
el fraude de la fortuna.

Llega un sueño jeroglífico
—me nació en agua profunda—,
dibujando sus contornos
las romboidales espumas.

Las vacas pacen el cielo,
el aire la gran llanura,
por los ojos de las rocas
las espigas de la lluvia;

sueño con cuatro blandones
cuyo fuego no se inmuta,
cuatro abejas imantadas
redivivientes y en fuga;

y unos ojos metalados
el interno cruce anuncian
de las aguas redimidas
al lago preso en la altura.

Desbanzada la congoja,
mis alas talaes cruzan
más veloces que el sonido
las graves sombras nocturnas;

la casapuerta cerrada,
dos hojas que giran juntas,
sobre tu pecho la mies
—qué mies perfecta y madura—
del mármol sin azafrán
y sin verdasca aceituna.

Reposante está en tus brazos
quien por ser la madre tuya
pudo también serlo mía;
ya no seré su hijo nunca.

NIDO

VA el agua de tronco en tronco
con sus cristales, más tenues
que el céfiro sumergido
en las hojosas paredes,
cuyas sucesivas sombras
despintan el tono agreste
al extrínseco verdor
que sus ramillos trascienden
*cada vez que el aire mudas,
en cada ocasión que vuelves.*

Mi deliciosa puericia
isla del aire halló breve,
de inmóvil calor plumada,

donde el sol vive en simientes
huidas de las montañas
y sus halagos más verdes
cada vez que el aire mudas,
en cada ocasión que vuelves.

Toda la luz de mi vida
en el abismo se pierde
de tanta gala estival
que a tantos troncos guarnece,
y salta de rama en rama
con frenesíes evidentes:
en una imprime su huida,
en otra desaparece
cada vez que el aire mudas,
en cada ocasión que vuelves.

Cayó del cielo a la tierra
tronchado sol, al que vence
la que en los cabos del mundo
cuajó su sombra y desciende,
quien mutila mis luceros
y, sacrílega, se duerme
en el ocaso otoñal
que al nido clavó los dientes
cada vez que el aire muda,
en cada ocasión que vuelves;
y sutil escalofrío,
de improviso me convierte
las mariposas de oro
en murciélagos de nieve.

FIEBRE

SORPRENDIDO entre los ramos
donde las almas esconden
junto a la fuente de angustia
el misterio de su noche,

un angélico instrumento
en el azar del desorden
le afina su transparencia
a los ébanos insomnes.

Divinos halla frenados
los ardorosos redobles
que a flautas enamoradas
tañen lejanos tambores,

y en la brújula del sueño,
sembrada de vivos soles,
pisa febriscientes tramos
de invisibles interiores,

cuya ascensión determina
el tuétano del azogue
en canalillo de plata
y arrayanes a los bordes.

EXTROSPECCIÓN

SALIÉNDOME estoy de mí
con agua de arroyo nuevo,
para conocer quién soy,
para saber si te tengo.

Con el temor de los niños
cuando se incendian de miedo,
soñé anoche que volvías
en otro octubre de hielo,
pero al despertar no estabas
al pie de tu limonero,
pues jamás nube de antaño
viera hombre alguno lloviendo,
ni devolver la hermosura
que se marchara al destierro
tras una escondida guerra

de luna y de sol; el tiempo
no tuerce atrás su cabeza
llena de nombres y pueblos.

La vida que ambos vertimos
está en su acequia de nuevo;
ya somos los tres extraños:
la tierra, el agua y el cielo,
y aunque el pasado volviese,
he sido yo quien se ha muerto.

ANGUSTIA

LA música está en el aire,
el silencio me reclama:
no puedo escuchar a nadie,
no puedo decirte nada...

Soy el sueño de una nube
en la piedra solitaria.

BALADA DE LA NIÑEZ SIN RÍO

JUNTO al sueño de una nube
en la piedra solitaria
está naciéndome el río
que nunca tuvo mi infancia.

Con la música en el aire,
con las notas en el alma,
con la fuerza permanente
que aun a los montes desgrana,
y los chopos, ondulados
por la timidez del agua,
a ninguna parte llevan
mis pretéritos de escarcha,

sino que llevan mis duelos
al mismo pie de muralla
donde empezaron sus vidas
los que en el agua se embarcan.

Y ante la oscura belleza,
diáfananamente fizada,
veré su rostro de sombra,
seguro islote del alba;
con todo el mar a mis pies
y el cielo sobre las aguas.
Sólo he de decir, al verla,
si algo he de decir: *Estaba
quien llora cuando no llego,
quien llorará cuando salga,
y bogue en la estrella mía
el remo que le faltaba.*

AZUCENA

...Y pues al alba sonora
nunca podré reunirme
con quien de continuo enfrenta
otro amor que en ella vive,
se desellará mi sueño
porque de nada me sirven
las afectuosas simientes
en sus terrenos estiles:
con el perfume de su alma,
aun sin aurora, se inscribe
en los círculos solares
que inútilmente me pide.

Sólo al despuntar el día
vuelven a la superficie
inesperados albores
que pisan terreno firme,

y llegarán a ennoviarse,
si es otro amor el que existe,
en la unidad postrimera
donde nada se repite.

INHIBICIÓN

CUERDAMENTE ha obrado amor
inhibiendo su estandarte.
¡Ahora!, le ha ordenado el tiempo;
¡aquí!, le grita el paisaje,
a quien, cual agua de un río
o el crepúsculo en la tarde,
tiene tan ancha presencia
que en lo visible no cabe;
ni en el día repentino
que ven rumiar los volcanes.

CABALLO DE BRONCE

TAMBIÉN rumiantes los ojos
del verde fruto del fuego,
cuando todos mis reposos
siguen sin cesar moviendo
la interna constelación
que restituye a lo auténtico,
sobre un caballo de bronce
volví a hallar al niño eterno
en un belén muy remoto
excarcelado al recuerdo.

HITA su plasticidad,
ancha la cruz, noble el pecho,
dos cascos firmes en tierra
y el otro par en su sueño,

sobre una plaza de ruido
tornóse hinnible el silencio,
que, eternamente espumado
con el latitante freno,
va a vencer basa monstruosa,
y, tras consagrarse al céfiro,
salir escalando el orbe
sin dar forma a su descenso;
y al piafar brotan sus crines
cual torbellinos de fuego
para cazar a la andada
por las tierras del remedio.

CON la aljaba sobre el hombro
llena de herbolados hierros,
se halló el monarca absoluto
conmigo, que quiero serlo.
Como a mano rodeada
estrenas distribuyendo,
me dio lo que a nadie ha dado,
nueva luz con su sol nuevo
y la natátil dulzura
de los panales maestros:
diome la voz derribada
cuyo compacto silencio
penetra en el corazón
sin responder al recuerdo.

NOMBRÓME su sucesor
con gran parte de su imperio,
y para elevar el alma
con la elevación del cuerpo
en las ancas más seguras
mi asombro encontró su asiento.

PORQUE se hallaba vendido
para no padecer cercos,
que son trastornos del alma,
mudas hogueras del sexo,

acicate dio al corcel
como a mi inquietud el anhélito,
y al levantar sin violencia
todo el ecuestre archipiélago,
con estáticas corvetas
fue a lo lejano rompiendo
el perfume de la sal
mariposeante en el heno;
entrepanadas sazones
deja atrás, bebe los vientos
y, salvando a las montañas
sus despedidos oteros,
sigue al ave volteadora
de mi angélico instrumento.

TAN maravillosamente
adivinara el secreto
de mi caracol de nieve
en la infinita del tiempo,
que horas, minutos, segundos,
días, años y milenios,
sobrenaturalizados,
me buscan en nube o suelo
las cuajadoras facciones
que, dando rostro a mi sueño,
recen la santa oración:
mas no ser niño, ser cielo.

JINETE en un panorama
inaccesible al regreso,
secretamente respiro
el aire de mi destierro;
y tanto sueña el corcel
con la herencia de los sueños,
que agrava el árido impulso
y encabritando los miembros
se me excede en la evasión,
sigue sin pausa corriendo,
no sé si tras la esperanza

o agitándose al recuerdo
del amor que no regresa
por ser pájaro pequeño.

CON la bruta resonancia
de los peores agüeros,
y añadiéndole más sombra
a mi procesión de espectros,
salí en busca de otras ansias:
sólo las mías encuentro;
sólo me encuentro conmigo
a donde quiera que llego,
y a medida que cabalgo
al humo más me parezco,
que nos devuelve el estío
en el sopor nocherniego;
y al romper sombra tras sombra,
cual quien nace de su seno,
sentí a la palabra real
prendida en un tizón nuevo;
que la araña de la voz
teje el próximo silencio.

TRAS la latitud remota
del desviado hemisferio,
velé muy largas jornadas
sin engendrar polvo trémulo,
y autofugitivamente
la naturaleza abrevio,
ya en las albas donde nazco
o en las noches donde duermo,
pues del naciente al ocaso,
cuando casi nada es nuestro,
advirtieran mis delirios
que se van descomponiendo,
dócil tierra ex labrantía,
piedras del hogar paterno...

DESPUÉS de un oblicuo cambio
de sonoridad y silencio,
mudo me quedé a la postre,
aunque conservando al menos
la población del oído
en el latir de los ecos,
que por ser todos profundos
me dan la gloria en silencio
para que, huyente de mí,
no me transforme en recuerdo.

NO habré de quejarme, amor,
ya sabes que no me quejo,
porque el fruto de mis ramas
recargue pródigo exceso;
sí que me dejaras solo,
que duermas cuando yo velo
el avance de las hierbas
por el camino consueto,
no evitándome las brasas
con que me queman los dedos
los ardores carmesíes
que aventa el Hércules negro;
ni habré de quejarme más,
que es fumívoro el silencio
y llamas perecederas
son la eternidad del fuego.

¿DÓNDE hallará mi fortuna
la magnitud del sosiego?
Duermen los dioses menores,
aunque Dios no está durmiendo;
cuando se embelesa el mío
en la miel del medio cielo,
apenas cierra los ojos,
mano en rienda me gobiernan,
para traspasar mis noches
con el día venidero;
salgo a riberar; me faltan

los vasallos y escuderos;
lo que no tiene mi vida
es la riqueza que tengo.

LUZ ya libre de mudanzas
surge en el bronce y no puedo
romper tanta plenitud
cuando es más mío mi dueño
y las primeras arenas
ya estoy pisando al desierto.

ENTONCES, mudo de pasmo,
me descorazono y suelto
las dos riendas enemigas
del amoroso deseo;
y al dividir la dulzura
de azándar y amargo almendro,
aunque ya no vive flores,
sino en panal que no encuentro,
como enjambre a su piquera
con mis pensamientos vuelvo
donde proseguir la estirpe
que canta sobre el silencio.

UN sol sucede a otro sol,
porque el que busco está aún lejos,
y la más alma hermosura
reside fuera del cuerpo;
sin la soledad irritada
del adolescente ingenuo,
de mí salen las pasiones
con el sobresalto sesgo
de quien descubriera entonces
que el mundo ya estaba hecho;
y bajo el pie vacilante
viera el abismo en aumento;
ni deturpara al metal
la primavera su genio,
que enderezada la cola

ya está la grupa volviendo:
él, insulano del aire,
yo, derribado en el suelo.

VOY liberando a la tierra
de mi temor y mi peso;
con el primer azafrán
del querellante misterio,
vivo el doloroso bien
que se me retrajo adentro
y a la caída del hombre
otro halló claustro materno
para transformarle en niño,
aunque no de carne y hueso.

ANIKUILADO de amor,
desdándome por entero,
en los límites actuales
será efectivo lo bello,
y ausente estoy para ser,
como el que me trajo, eterno,
¡oh luz que mueves los mundos
con las manos de los muertos!

TROMPO DE MÚSICA

ES mía, siempre me busca
las manos de niño solo,
cuando se me niega el alma a dar el salto infinito
por encima de las nubes, debajo de las espumas;
cuando el laurel se autoocela con los claros de su sombra
y se repinta el jilguero el amarillo de luna;
cuando es caricia escuchada que ha robado a mi secreto
presagio, sonido y pluma,
y se revienta su arroyo entre los juncos del cielo
quitándome de la boca su golondrina de música;
cuando el berbiquí del fuego descubre el signo a la roca

al madurar en los montes tantas estrellas de azúcar,
y las fugitivas pieles de los cerros soleados
con fatigada inocencia en los membrillos se arrugan.

No la trajiste, mi amor; nació con mi sangre, es mía;
aun cuando si vuelvo alegre a tu tangible regazo
surge en mi pecho tu imagen,
igual a la de mi angustia,
gira mi cueva encantada, bañándose en tu rocío,
igual que un trompo de música,
eruptivamente aflora el lento arroyo escondido,
por ti enlazado a la arena de la persona profunda,
y va poniéndoles nombre a las alfombras selladas
sobre los nervios divinos de las palabras más tuyas.

PATRIA ETERNA

*CERCA de tus pensamientos,
lejos de la rama verde,
callen las voces maduras
que quieran ser flor en cierne.
¡No convocad más otoños;
lejos, alba de la muerte!*

La inactual patria lejana
sintió que ya me atardece
en el corazón cansado,
no en sus completos claveles
y me envía un mensajero
que abrió surcos transparentes
en la maraña del cuerpo,
que fue fructuoso tres veces.
¡Cómo entierra las espinas
cuando la carne remueve
y mata el fuego con fuego
porque es labrador consciente!
Los humos de las hogueras

son generosos y vuelven
al término de la vida
cuando ya a nadie sorprenden;
como regresa la infancia
del fondo de nuestras sienes
al ver que sus vacaciones
se le tornaron tan breves,
cerca de mi pensamiento,
lejos de la rama verde,
las altas jarcias cuajadas
de aquellos mismos juguetes.

IGUAL QUE AMOR

IGUAL que amor en creciente
va entrando en su rayo de oro,
me diste tu intimidad,
entraste en el alma de otro;
por lo que en la tarde mía
estáis escuchando, ojos,
trompas de resurrección
desde los laureles solos.

ODA A LANZAROTE
[1966]

A
Agustín de la Hoz,
Pilar y Nereida.

I

ANTES de irme, oh Lanzarote, dame
un hilo de la fibra de tu fuego
para petrificar una palmera
que numere a los cirros con sus mágicos dedos;
dame un hoyo en la Geria,
o solamente dame un volcán muerto
para yacer en paz
sobre la estable noche que anuncie el día eterno;
patos de San Silvestre, que incuben en la luna
y prendan celestiales rincones al regreso
y al volver a temblar de amor en las salinas
reconstruyan con alas milagrosas el cielo.
También un remolino transformante
que dé a mi fe por arma su estrella en movimiento
para poder abrir las misteriosas puertas
que sin pecado siga en gracia descubriendo
desde el crepúsculo de la Paloma
hasta el crepúsculo del Cuervo.

Lo que des, Lanzarote, dalo pronto.
Está debilitándose, sin sentirlo, el gorjeo
y solitariamente me abandonan las plumas
que han de formar la antorcha lustral de mi cortejo
y, profundizando en la codicia,
el ermitaño mar de tu jameo
que dos veces al día prueba el agua;
mar que me duele viéndolo en secuestro

como el libro que hogañó descubriera
las áridas bellezas de tu cuerpo.

Para justipreciar lo que te pido
no pongas torpemente ningún precio;
cuanto más pobres seamos
hemos de ser más ricos herederos
y la corona de humo que nos dejen
monte su paje de hacha en alba de ébano,
que estoy buscando a Dios en tus volcanes
y Dios no gusta de perder el tiempo.

II

ASÍ en la noche espesa
la curvada rendija de la luna
filtra la luz desde no sé qué puerta,
buscando a Dios estoy dentro de Dios
como una zarza en su infinita hoguera,
no cual los expansivos pichones de la traca
crepitantes de sal de las estrellas,
sino en ocaso limpio
que el fondo de la noche penetre sin violencia;
¿y quién extirpa el fuego deseable,
muda espina dorsal de mis tinieblas,
si nunca se ensombrece
el filamento de su incandescencia
y no estallan las redes de ceniza
el nervio de la llama que me eleva,
más allá de lo físico,
reconciliando humo y transparencia?

En días tormentosos,
consumidor continuo de mi cera,
sólo pude morder la propia carne
viendo cuantos caminos el fin quema,
pero hoy, quietamente,

la fibra luminosa me renuevas
al proyectar con luz irreprochable
el testimonio vivo de la flecha;
y en el silencio cantador del alma
inquieta mar escarda la mies de las arenas.
Y entonces vira mi emoción radiante:
¡Mozas de Sóo, vestidas de azucena
como las clavellinas visten de sevillana;
dromedarios nacidos de un cepellón de tierra,
cráteres de volcán, mártires cabras!

La plenitud se acerca,
¿quién puede imaginar lo que nos trae
al dar el salto que nos ponga a prueba?

¿Paró la Cruz tus lavas sin quemarse?
¿dará el árbol idéntica hoja nueva?
¿es verdad que mordido por los perros
el Centauro desposa a la Sirena
y el monstruo de los Verdes
ha dado ya a sus cíclopes la suelta?

¡Igual que en Guanapay
para defenderme no dispongo de fuerza
y antes de que la muerte, como el hueso del fruto,
acabe de injertar tierra con tierra
en un puente de insomnio
que nos cambie de forma, de tiempo y residencia,
avive al pecador el Impecable
su relámpago eterno de inocencia!

DOS POEMAS

SEMEJANTES AL METRO

TRANSPORTAN los camellos sus espartos errantes
y al asentar sus montes
en los llanos de líquenes donde se gasta el pueblo
imitando a los cráteres alinean sus jibas
y aflojado el resorte, semejantes al metro,
pasivamente pliegan sus articulaciones
cansadas de medir tanto desierto;
necesitan quedarse,
henchir la piel del agua con la carne del agua
ciega de solajero;
cargar las diferentes nubes de sus espacios,
sentir la recompensa del aljibe en los belfos
y elanzados quemar las impacientes venas
para tener mañana
y proseguir en ruta, a fuer de antiguas naves,
calzando con sus hormas las lindes del océano;
¡y el sol del mediodía sigue en alto
como una piedra grande disparada de lejos!

ESPÁRRAGO AMARGUERO

SEÑOR, que de habitáculo la oscuridad elegiste,
cuando a mí, como a ellos,
la pesantez o ira de alguna mariposa

llegue a desangelarme la balanza del cuerpo
y abandonando las aportaderas
recobre la olvidada ligereza del sueño
elegiré mi monte con su engastado cirro
y al sentirle encarnarse en mi desierto
con su tumor de agua en la roca podrida,
igual que la recóndita cisterna del camello
no aflojaré ni un rizo tormentoso a los labios
y sin timbrar la pura expansión del anhélito
ni mover lo incorpóreo imperceptible
conoceré el sabor a espárrago amarguero
extraído a la bilis de la tierra
en una permanente filtración de lo interno;
y la isleta de hiel bajará remetida,
lenta como el termómetro cuando desciende el tiempo.

VOLVER ES RESUCITAR

[1967]

A
las compañías IBERIA y TAP,
que me permitieron
ocultar deliciosamente
entre nubes
lentas aventuras del alma.

¿Por qué truecas las aves en pilotos...?

QUEVEDO

CIELO DE IDA

ODA ESPACIAL

Atiende al vuelo sin mirar las alas.

QUEVEDO

PUSE mis ojos anchamente a oscuras
en los desterrantes vértigos del vuelo;
alas inculpables, sonrosados humos
infiltran las sombras quebradas del viento.

Una terrible angustia de levadiza arena
en la ciudad de nubes que vomitó el desierto;
un murmullo de furia padecido de pronto,
una ociosa fatiga que me conduce lejos,
un festín simultáneo de ascendentes cornisas
que a los cirros violentan sus escudos eternos
me obligó a derivar a secreta corriente
cambiando el objetivo de la garra en acecho
mientras espectralmente los precarios motores
remontan las alturas de los últimos miedos.

Una nueva retórica al espacio se eleva
para regir el aire sin dialéctica de émbolos,
una explosión de duda infinita que absorbe,
un enjambre de estelas, una fuga de ecos
que inclinan a la hierba al cambio de perfume
y a transformar el cuerpo

para legar vestigios de su apagada huella
a los aires que mecen las pistas de cemento.
Mi ascensión redentora sanamente deslumbra
pues se halla el espíritu en vigilante asedio;
hay que montar la guardia con imágenes nuevas
y desnudar el aire para vestir al fuego;
sin mudarnos de sitio
porque ya somos uña del propio movimiento,
—sensibilidad de hombre en el ojo del águila—,
riberaré la costa sostenida en lo negro
de belicosa estrella que con luz incansable
nos dará la propicia ocasión del siniestro.

Entonces lentamente giré los burdos ojos
para mirar el filtro colocado en el pecho;
vi caer desplumándose al viento del sudeste,
y, después, a la tierra sumergirse en el cielo.

MIENTRAS LOS MICROSCOPIOS...

MIENTRAS los microscopios
ven navegar caóticos enjambres de bacterias
y teje cada palma su esterilla de sombra,
ven, sensación; auscúltense
los sucesivos dedos de tu mano
los límites más puros
de cuanta intimidad estoy soñando
con la luz y la flor,
con la nube y el pájaro,
con la hoguera y el gnomo
que arroje las estrellas al espacio;
y coyúntame el alma soñadora
que exaltas en los seres solitarios.

VAMOS A LAPIDARLE SU SECRETO A LA NOCHE

VAMOS a lapidarle su secreto a la noche
llenando con angustia su tembloroso espejo.
Imagina que enlazas lo alto y lo profundo
de lo vivo y lo muerto
por el camino de sirga que siguen las estrellas
para arrastrar las aguas del naciente al poniente;
que puedes ser un mar de quietud y silencio.

Sobre la eternidad de agua enloquecida
imagínate serlo:
camposanto sin cruces, luz de sol sin refugio
y sin canciones los cien posibles puertos
en tanto el hombre arroja al aire la moneda
que en su nocturno acceso
por la andenería creadora de nubes
no da cara ni cruz al azar que rompemos.

ASCENSIÓN

LOGRANDO mi ascensión a válvulas abiertas
—oh tú, la fuente humana del cielo antes no visto—,
nacemos a lo alto, únicos con el águila;
somos veloces huéspedes del aire
que estampillaron su sombra sobre una marea de
[montañas.

El pasado se tuerce hacia el futuro
con el viraje de la mosca
sobre la dimensión que cambia el rumbo
y ascendiendo, ascendiendo
con un rugido de ángel-león poblamos
la misteriosa Catedral del Viento.

IGUAL QUE LOS SALVAJES, A LOS DIOS MATAMOS

AHORA que todo es solamente aire
sin rebelión, nudo feliz de luz y viento,
para elevar la altura
sobre el pasacintas del rayo en el siete del trueno
no busco más las fuentes del sonido:
la nueva voz se carga de silencio
y en la belleza sobrecogedora
de los vellones del motor perdemos,
como las nubes anamorfizadas,
la sensación real de forma y cuerpo
y quedan las pupilas sin historia
en tanto se reteje el terciopelo
para esta flor aún no vestida
que se está construyendo
entre las manos, fuertes y apretadas,
de un cráneo en pugna con el tiempo;
e, igual que los salvajes, a los dioses matamos
en la Ciudad Encantada de los cielos.

LLEVANDO ESTOY TU NOMBRE POR EL CIELO

(Con un verso de Antonio Machado).

ASA de luz,
arco iris, ojo de la tormenta, o de la paloma de la paz,
con mi ascendente serpentina de humo proyectada en
[crescendo
entré por los paisajes fugitivos
cuando ya no tronaban los cañones eternos
y en el giro de pájaro de mi tormenta estática,
que pone del revés las pendientes del cielo,
con sencilla unidad las uñas del sonido

escarban la escalera que conduce a lo santo
y arruinan los refugios de los dioses que fueron
en la armazón del cosmos
amargos como las olas y encogidos como las nubes;
y mientras mi soledad busca silencioso astillero,
el agua espiritual se me destila
del corazón que aislaste en su vaso de fuego.

Para endulzar la noche que me espera
llevando estoy tu imagen por el cielo,
y el nombre de tu imagen
donde la altura tiene perspectivas de llano
y tañe sus herrumbres el silencio
porque desembrazando a lo sensible
vivo la gloria celestial de un sueño
que me permite en el azul gigante
volar sin alas donde todo es cielo.

EN LAS TUNDRAS MONÓTONAS DEL CIELO

EN la unificación del Universo
analizan satélites lactantes
el rastro imputrescible de los cielos
donde el rocío empieza a improvisarse
en tanto el cuerpo de arena de la luna
decolora la púrpura del cráter
que nos diera la vida,
si en el oscuro andamio de la altura
no llama a la ascensión la voz de un Padre
cuya mano sinérgica concede
la libertad de desbordar los cauces;
y el cielo efunde el alma de la tierra
en las tundras monótonas
que pudren la alegría de los ángeles.

HOGAR AÉREO

EN el pez que me conduce
por donde el pájaro vuela
es su volcán comprimido
el único que no sueña,
mas escuchamos nosotros
a flor de la duermevela
hervir suavemente el agua
para el café de la cena.
En este hogar instantáneo
que acomoda mi pereza
soy un paquete de tiempo
con la voluntad sujeta
a la voluntad divina
que los destinos concierta,
pero al soñar el oído
toda memoria flaquea
y al sentir la constricción
ocultamos la presencia
en el bochorno engullido
por la entraña que nos prestan
en el vientre de este pez
de tan calmosas aletas
que digiere los caminos
si están lejos de la tierra.

ELLA

SOÑANDO estoy sin dormir
y abstraída la conciencia
los ojos se me amortecen
para una muerte secreta
sin sentir al matador
ni dejarme que padezca;
y al volver de estar traspuesto,
tamizada la conciencia,

miro cual ojo de gato
estragándose a una estela
y en un azul mortecino
vi parte de su silueta
ordenando a la azafata:
"¡Ábreme pronto la puerta!"

Agarrafada la vista
a la sombra, me despega
y se evade del avión
sin que se abriese la puerta
y sin llevarme consigo
para guardarme en la tierra;
y en lo interno del fantasma
que sube hacia las estrellas
siento que un tímido trombo
quiere ser isla en mis venas,
pues soñando sin dormir
durmiendo estuve con Ella.

OBTESTACIÓN

SI al beber fuego el cielo me escupiera
como a un perdigón por el colmillo
sin tener más bolardo que el de un hoyo en la tierra,
o cayese en la noche, albarazada
por entrepunzadoras cercanías de fuego
cual un Ícaro ahumante alcanzado de empuesta,
al incensar la masa de mi cisco
libra de convertir también pavesa
del estallante o perezoso sismo
sólo un miembro, Señor, la mano diestra;
y lejos de los jardines
con la buen hora del prado entre los bulbos florezca.

ESCALA TÉCNICA

SU sonrisa abre la tierra
—así la luna al gitano—
y a ella se precipitó
mi tactismo planeando
igual que cigarra nómada
para el geodesembarco.

Al avistarse las luces
que despabilan al tacto
solté la serpiente blanca
que me vino acompañando
hasta posar lentamente
en la palma de la mano
del islote espantadizo
que deportó los herbarios
y se alimenta del viento
que le sobrara a los pájaros.

Todos los estriberones
unge fuego alucinado
y una procesión de antorchas
inician ocultos trasgos
para vencer a la noche
acogiéndome a su amparo;
allí dejé los canutos
que recordarán mi paso.

Por la pradera de humo
en que desahucian al diablo
se me disipan los míos
a la partición del viático
en donde el cielo se acaba
y habrá que recomenzarlo;
y con boca de metal el insecto de aluminio
heno de kerosén devora al urgente establo.

ELEVACIÓN

Le paysage vola avec l'air de mon sang.

LUC DECAUNES

BUSCANDO rauda salida
a las angustias del páramo
me dispuse volantón
para surcar el espacio.

Escotillón de tormenta
húndeme el suelo igualado,
quitan la tierra a mis pies
como si botaran barco,
que comienza a navegar
con cimientos derribados,
y en vez de servir, se ausenta
a seguida el océano.

Enfrentándome al abismo
logro saltar por milagro
al cielo, montuoso y firme
más que camino romano,
y germiné el estridor
de un caballito del diablo.

A medida que me elevo
la Muerte acorta sus radios;
y aunque el aire envejecido
se resiste a sustentarnos,
solté otra blanca serpiente
de silbo aterciopelado
para alentar a las llamas
en pos del postrero plano
y por efímeros túneles
de tiempo espacializado
cuántas vías atravieso
de imposibles subterráneos;
y cruzo este nuevo mar
como el dedo los grabados

que ponen a su nivel
objetivos hondos y altos
con isletas enquistadas
cual las que dejé debajo.

Conmigo el paisaje vuela
con el humo de la sangre
que están quemando mis venas
hasta que pierde sus líneas
como una mano gravemente enferma...
y sin los dioses creamos
lo que los dioses no hicieran:
pájaro de todos los climas,
insecto de todas las selvas
y los peces voladores
que desovan las tormentas.

INTERMEZZO TERRESTRE

*Soledad tengo de ti
¡oh tierra donde nací!*

GIL VICENTE

A
Claudio de la Torre,
amigo de la niebla, devoto de la luz.

YEMA DE SOMBRA

LA tierra se disuelve como grano de sal
que sobre el agua acaba de inclinarse;
como yema de sombra
que sólo puede ser montículo del aire.

RECALADA

ÁVIDAMENTE el muro de niebla me ha ocultado
en un rincón secreto de infinita azucena
que fuese sólo gloria
y ante mí se disipan devoradas las piedras
del silencio cercano; el día está en capullo
mas todo en esta diana es apariencia
porque no se desdoblan las luces renacientes
del alba que a los ojos se me enreda.

TORRE DE LONDRES

PLUMÓN de invierno,
sustracción de luz solar
por el albino silencio,
cómo vistes de paloma
el descanso de los cuervos.

AVE DE ESTACIÓN

COMO ave de estación hallé refugio
en fango celestial aún no barrido.
Tras las falsillas de agua incomedible,
hoy la ciudad entera se ha fundido;
hay que buscar la forma de esta vida
y a ejemplo de las bandas de estorninos
trasnocharé de día en los parques de ensueño
para volar monótonas alturas de granizo
tras la yema del sol, que ha reventado
y coagula una sartén de frío.

EN UN LUGAR DE SOHO

HOLA, hao, existenciales
de la italiana comedia
que en Soho representáis
papel que no tiene enmienda;
sujetos de mala landre,
¿pudo Eva tener ombligo
sin que la pariera madre?

¡Imbécil!, exclama uno;
otro me grita: ¡admirable!,
y sin violentar la ley
adredemente cantabais
para evadiros del sexo
por melódicos escapes.

EXTRAVÍO

EN parte alguna estamos;
somos gota de sangre
que ya ni va ni viene por su vaso.

BODEGÓN EN EL HOTEL

ESTÁ el carnoso anturio sonrojado,
no sé por qué, y ofrece la sandía,
aunque fresca, volcánica su encía;
prematureo placer ha comenzado.

Cansada de sonar con alegría
en secreto mesón desacoplado,
manca vihuela ha desembrazado
compás de enlace; muda es su armonía.

Nalgas posa el membrillo y la manzana
busca la mano que animó su fruto
sin ánimo de alzar larga querella

cuando desacotó la vida en bruto;
sin la presencia de ella
habría habido Dios, no gloria humana.

NIEBLA

YA la niebla ha descendido, por la inmensa ciudad
[marcha
con el orden arbitrario de silenciosa algarada
y los rojos autobuses, fieles langostas urbanas,
detuvieron el servicio por la turba temeraria.
Al hacer la inmolación de la res sacrificada
abandona los redaños itinerantes, que encantan

a las calles demolidas en la visión desbordada,
con lo que el ladrillo inmóvil sueña transmutarse en [agua
de un mar que arrancó del fondo masivo de sus entrañas
y con remotos velámenes —flexibles senos de ámbar
hinchidos por el aliento de azor que tuvo la escuadra,
que aunque roto el espinazo, busca aún atarazanas—,
halló inminente refugio la luz que ella misma apaga,
pues allende el sacrificio va humareda de su lámpara
y el tizne forra los techos de espuma de su morada.

Para proteger la vida, que siente cómo se acaba,
ha tomado la estructura misteriosa del fantasma
sin raíz en parte alguna de tanto que se dilata,
así la piel del maligno abandonado en la trapa.
La fiebre que comunica llegó a consecuencias álgidas,
como a caballo de cab el lechal resuello escapa,
de géiser intermitente se le está saliendo el alma
a los líquidos espacios ondulantes donde anda
con el humus de la mar en un fallo de la cámara;
y a los ojos de alcanfor —desiertos como las radas
de mil islas esqueléticas por cebar tanta abundancia—
en lento convoy se esparce la densa espuma del agua
por el seno de la noche, fríamente estrella en fáfara
en donde todos entramos igual que en la propia casa;
y la intimidación de la cosmópolis
en este vientre encuentra los paños de su estatua.

PLANETARIO

en el pueblo de luz arder clavado.

QUEVEDO

COMO el hombre que aún vive en su primera infancia
alzo aprisa los ojos, hacia tu altura, y veo
la noche misteriosa

en las propicias horas del amor más sereno
mientras los astros giran dócilmente
sin que uno solo se adelante al tiempo.

Hace miles de siglos
que vienes engendrando, Firmamento,
con fontanal potencia
la adumbración del obediente sueño
al mover a bandadas las estrellas
que se prolongan con murmullos de ecos
de edad ignorada
en una represión volátil de silencio;
y mi angustia se sigue preguntando,
al ver nacientes los luceros nuevos
que absorben claridad ávidamente
y al sideral futuro toman vuelo,
hasta dónde podremos navegarte
para tocar a Dios con puros dedos.

Temo volverme, a tu contacto, múltiple
como el polvo de luz aventurero
y disolver mi vida confesada
cual una joven nebulosa, y trepo
el primer tramo de la altura
en ascensión que empieza al ras del suelo
por la noche encendida
en donde los volcanes han de ser pozos frescos.

Teodidactas estrellas en número infinito,
tantas como las gotas del océano,
titilan resplandores sin cansancio
de mis comunes ojos subalternos
y, al transfigurárseme el espíritu
hasta sentir bordonear lo eterno,
fuera de toda circunstancia,
oigo cantar los ángeles completos.

Sin vivir a la droga, ligándome a los astros,
floto al vaivén del cielo
sin que uno solo tuerza su derrota

al ver llegado el hombre al universo,
y parigual que hoja de blando torbellino
aún participo en el astral proceso,
con la estructura móvil de la Tierra,
entre las luminarias del festejo
y un abismo de luz que estoy minando
como el aire a las briznas del desierto.

Enlazadas las manos igual que estrella doble
al captador empíreo con la oración me elevo
y al polvo de los muertos que en la altura
vuela sobre el camino verdadero;
y en las noches vacías de claridad y sorpresa
en que es más doloroso el cautiverio,
a los suspiros de la entraña ardiente
escala de Jacob sea mi esqueleto,
y esqueletizado el aire
¡pueda la mano que asciende topar con el nudo eterno!

NOCHE EN NOTTING HILL

¡QUÉ clown a lo divino
en las tinieblas es
Chesterton;
cómo consagra el vino,
la ironía después!

CANARIO CAUTIVO

Limón que canta...
ADRIANO DEL VALLE

LIMÓN lírico
que, al no poder modular
los arpegios de tu oficio,
escondes la voz quedándote

cada vez más amarillo,
sin conocer compañero
con quien cantar al unísono
la canción de las tinieblas
con acento matutino
y oler las flores del campo
como hace el pájaro pinto
barajando libremente
—negro, gris, rojo, amarillo—
sobre el último pisante
gemidor del eucalipto,
y en arrabales del cielo
satura los chicolíos
bienamando a la pareja
que el azar le ha concedido
o trayéndole alimentos
en agudo y breve pico.

Mal sientan a tu talante
los climas extranjerizos,
limón lírico aflautado
que la bruma ha desteñado
como a mí me decolora
la piel de isleño cautivo,
porque en Londres y en invierno
qué mal amante es el frío;
no deja arbusto ataviado
para criar limoncillos
de verdeoro naciente
con alas sobre el corpiño.

OXFORD INVISIBLE

A Salvador de Madariaga

QUE el sol pudiera ser imperceptible
a pleno día, aún no entraba en cuenta;
si el libro es el planctón que te alimenta,
al sol te igualas, Oxford invisible.

Sacudiéndote el aire has despeñado
absceso enorme, pero nadie ungüenta
la miseria del mar, que se incrementa
como facción rebelde en despoblado.

Si mártir no, ciudad de los martirios,
Oxford, ay, no se ve, mas se visita
niebla poblada de claxón humano

que a nugaciones su exterior limita;
caniculares úntenme colirios
para verte cual fueras en verano.

"THE MAN IN THE STREET"

NO *rusticana*, no, *Cavallería*
del Covent Garden, que adjuntó el *payaso*,
tras la ritual carroza, lento el paso,
al Lord Mayor de la Ciudad seguía.

Por otra fecha, el Armisticio envía
hacia oblicuo Hyde Park, donde un negrazo
lúgubre canta el europeo ocaso,
y aunque prieto el juglar, no nos mentía.

Es simiente del fruto aún no creado
el hombre de la calle que disienta
de Dracón en su signo numulario.

No acabar nunca el cuento es lo que cuenta,
cada tiempo corrige su pasado
y es justicia escuchar vivo al contrario.

ALARMA BÉLICA

A José Luis Avendaño

QUE sea la niebla, o no, sola mortaja,
o sobrehueso de tu hidropesía,
lo has de saber, John Bull, al fin del día;
atiende a lo que pinte la baraja.

El teletipo del hotel destaja
constante laberinto noticioso;
Falstaff depuesto emerge belicoso
porque el ruso ha empalmado la navaja.

Cuba alitierna. Brujuleo en la Cite;
alzó U.S.A. su dedo margarite;
búscanse las escuadras del destino

y el mar les frunce su arrugada frente...
Nada pasó, pero pasó lo urgente,
como al Quijote con el vizcaíno.

LA INÚTIL NAVE FAMOSA

*Mon Dieu... Ayez pitié de ces
eaux en moi qui meurent de soif.*

PAUL CLAUDEL

SUFRIENDO la disciplina
que impidió hundirse a la paja
está la famosa nave
en el estuario, forzada
en su plantón de penado
que con las cadenas carga
de la imagen negativa
en que se convierte el agua
sin el humo de la acción
registándose a la banda.

Posesión en crecimiento
quién se atreviera a esperarla;
sólo admite lo que ve
cubierta desmantelada
e inhábil para el servicio
la vida le desengaña
sobre ondas más traicioneras
que el temblor de las pizarras;
y en el parque deleitoso
cautivo cisne de Australia
no dan ya paso seguido
las caderas solitarias
y se limita a flotar
velando mientras se alarma
porque sólo le es posible
administrar su desgracia,
como en castillo de arena
la alcubilla dromedaria;

e igual que la fuente seca
si la sed a nadie sacia
es la losa de un sepulcro
donde ya no fluye nada
la inútil nave, famosa
en la enemistad atlántica,
es madera de ataúd;
sólo sus huecos trabajan
para la tierra que mueve
el son filtrante del agua.

TRAFALGAR SQUARE

EN este sesenta y tantos
que los fuegos avolcana
insomne está el almirante
que sólo amó hembra y patria
viendo deslizarse el tiempo

en su forma más primaria
sin que en las rocas de Dover
cambiase de resonancia,
pero su espíritu siente
que el destino jamás vaca
y ha horadado la memoria
donde tiene como en arca
la cabellera del viento
con las manos de la amada,
la parte muerta del cuerpo
con la inmortal de la fama
desde que por defunción
le bajaron a la cámara
para hacer leyenda viva
la superstición del agua.

Iba a ser; deja de ser;
mató el efecto la causa
y en las navales confrontas
ya es una carta jugada
que si acertó en el triunfo
por sí misma se descarta;
las fronteras del azar
no siempre pintan espadas.

Navegando a la redonda
antena, gúmena y gavia
en vano lo buscarán
para niebla capitana;
su lucera se ha evadido,
no está donde se encontraba
y el idólatra a lo antiguo
no halló apoyo a su palanca
para levantar los cielos
allí donde hiciese falta.

Sólo es héroe del mar
quien se juegue la mortaja
con la entereza abortiva

del resurrecto, o la trágica:
sobre la muerte su vida
sin límite humano avanza
dándole paso a la luz
nueva que el hombre demanda,
dejando rodar el cuerpo
con su carne fragmentada
adonde el tiempo falezca
y se consume su hazaña
como el aluvión desprende
de la cima galga y galga
y como el cielo a la tierra
desprendió porque girara.

Insomne está el almirante,
la unimano maniatada
y enroscándose a sus pies
dormita el hierro del ancla.

ELEGÍA NAVAL DE UN SÁBADO DEMENTE

EL ancho Támesis surcan
mil volúmenes de lágrimas,
las menos de fuente propia,
las demás de ajenas razas,
que hoy el sábado demente
discrimina en su zaranda
con los ojos que las vierten,
sin que puedan retajarlas
los azules infernales
ni los surcos de esmeralda,
pues la niebla homogeiniza
sobre el fin de la semana
las traíllas de cohetes
en crisis junto a sus guardas

y construye su futuro
mientras, y de nueva planta,
el océano social
que sin romper la jornada
hace transcurrir un siglo
cada rotación horaria.

En movibles cordilleras
de vida y muerte instantáneas
torciéndose están los vientos
de la fortuna británica
y los hileros desvían,
aunque a tan soberbias áreas
que no pueden las gaviotas
llegar donde van las águilas;
y aunque sienten que hace tiempo
son las exequias sus andas,
soñando en los tiempos idos
de las imperiales marcas
ven los fornidos forbantes
que al obrar fueron crisálida
de poder maravilloso,
cuando invencible la escuadra
era el cuerpo necesario
de la niebla acorazada
y erizado el aparejo
por el instinto de caza
fueron un mar mar adentro
con su aérea marejada
encortinando los cielos
con las raíces del agua
tras naos de mercadantes,
tras los barcos de la trata
o coloniales sollados
de remesas cortesanas
que ajenas a la ocasión
en otros climas arranchan
y ven cómo se abre el cielo

ante un rengle de fragatas
que ha filtrado la Union Jack:
tela roja, azul y blanca;
y en las paredes de humo
los lacres de la andanada
que con los hierros mordientes
más que los canes chamascan.

Mas eso fue ayer, la guerra
es el granizo que pasa
sin quebrantar el destino
más que ilusorias jornadas
y deslizando su ser,
—duende que exulta confianza—,
va como nube rasante,
pocas veces frecuentada,
llevado por la corriente
sin hogar de Rabinandra;
y al revisar los tangibles
colmillos que aguza el agua
serpiente de la memoria
salió de su prima fábrica.

Con ondas de agitación
las marinas adelanta,
toda la mar a su frente,
la mar entera a la espalda,
que a la vocación de intriga
el infinito hace falta,
mas la ironía de Dios
conjuntamente trabaja
y antes de iniciar maniobra
ve que los mares se acaban
donde comienzan los cielos
a granizar forma humana
y en la corteza del orbe
mira bestia derribada
y a su serpiente enroscarse
como el rollo de filástica.

El menguante de la curva,
dándole vuelta a su traza,
se contrae y enaniza
y al cero absoluto baja
porque es el mar una herida
cubierta de podre blanca
que el destino ha volteado
en su alforja planetaria;

y un ronquido de silencio
es la última esperanza.

ENTRE EL BROCADO DE SOMBRAS

*(Paráfrasis a un texto de
Tomás de Quincey).*

...Y tras los cebos del opio
que ofrece la prensa diaria,
dados por pocos peniques
casi en bandeja de plata,
estruendo de apocalipsis
mella la costra gregaria
del silencio perforado
que derrumba las montañas.

Con el acto creador
de la vista fantasmática
entre el brocado de sombras
de la candela asubida
muéstrase el rostro del hombre
al móvil ras de las aguas
en un caos concebido
sin azules pinceladas;

multilateral pupila
vivientes nieblas dilata
de opuestas generaciones
obrando inverbalizadas,
pues les rompieron las cuerdas
que empujan voz y palabra,
y con cabezas sin cuerpo,
las antagónicas razas
como balones de cólera
agítanse, ruedan, saltan
sin finalidad alguna,

o cual reos de almadraba
a espera de ejecutores,
colman la funesta cámara
buscando ranura libre
a su libertad empujada
por no danzar a destiempo
el rubato de las llamas
ni en una tierra de cráteres
sentirse grumo de gachas;

y con los airados visos
de su desierto de escamas
las conscientes agonías
empiedran la faz acuática
del cautivo acuchillado
que no es ya señor del agua;

y cual río desbordado
sobre su alameda en llamas
los siglos han roto filas
y sonoros descascaran
el palimpsesto de Dios
buscando su primer lámina
sin ligarse a la unidad
de la séptima jornada.

Pero resucita el mar
antes que estrene mortaja,

pues cabe toda la undumbre
en la rueda de una lágrima,
y alzándose del sepulcro
resurgen recomenzadas
las espumas infinitas
que no han cambiado de agua,
y onda en la onda, nos mece
con su idioma y su plegaria
la respiración eterna
de la presencia olvidada.

De los confines del globo,
situados allende el agua,
vino el calmoso reflujo
de la ensoñación macabra;
la muchedumbre ha cortado
el baño de las miradas
y, como en hierba ricial
no zozobra la esperanza,
un ronquido de silencio
cierra el fin de la semana.

CANCIÓN DE MARCHA

A Manuel Hernández Suárez

*Al Museo de Dios le falta una pieza;
¿dónde ahora estará;
donde estará, Señor, mi árida Isleta?*

AVIÓN, aquéllame tus alas, pues confío
en escalar los muros del destierro;
y cuando al fin despegues, cante con voz de paso
volantón que aún está fuera de vuelo,
no su garganta sola
de hiperbólico isleño;

espontáneo, alegre y misterioso
hará juguete musical su cuerpo.

El rumbo de las horas en las nubes
he de gastar sin miedo
ni mirar tierra que detrás dejase
como a pichón volteador y eterno
que entre momentáneas sepulturas
va con su flor sin deshojarse, ardiendo
—rodante esfera conformada en pájaro—
la cóncava unidad del firmamento.

Como si fuera el ente
conjetural que levantó el invierno,
—oh elementales expansiones líricas
que intonsas vienen como en blanco verso—,
divino bajo humana signatura
que ignora si ha de hallar visible el término
surgiré sin escolta
tras los preliminares del silencio,
cantando sin oír otra llamada
que la de mi ascensión, siempre en *crescendo*;
y dios menor y numen del espacio
en vuelo el alma irá sobre su tiempo
como si fuese Dios, como si fuese
ya sólo mío, sólo mío el cielo,
—avión que aún frío duermes en la pista
sin sahumar lluvioso chapoteo
e incomprensiblemente te demoras
en comenzar tu patinaje aéreo.

SALIDA

¡AVANTE,
que con vivencias de luz
pintan de noche los ángeles!

CIELO DE VUELTA

Con el cuerpo en el alma.

J. R. J.

A
Julia,
ante su caballete.

AVIÓN DE LÍNEA

LEGUMINOSO este salón viajero
a mi óvulo siéntome envainado
y ya ocasionalmente sepultado
voy a nubificarme al resistero,

más que el viento ligero,
más que la primavera apresurado,
si el granar no interrumpe el malhadado
y deja al mío empavonarse y huero.

Con alzada de cielo enanizado
mi piloto administra el firmamento
mejor que ave que luzca ojo sangriento,

y en fiera libertad acelerado
toma la piel del aire avolcanado
fruto terrestre que fio en el viento.

A LA LLAMADA JUSTA DE LA ESTRELLA QUE MIRO

EN la evasión se le aclara a mi vida
el poso más oscuro que alberga su secreto
y a la llamada justa de la estrella que miro
con mano detenida se me ha ordenado el vuelo.
Atrás las sombras, las crecientes, quedan
reajustando la física del cielo;
salvo pozas que el sol del mediodía
cede a la mar en préstamo
y las vehementes ondas de la altura
entrenan mi ascensión para el descenso.
Las nubes blandamente, blandamente se elevan
y te permiten ver cuanto te ofrezco
de la irritante tierra
que puso en hora el reloj del miedo,
y en la dulzura del celaje próximo
el espíritu explora su fracción de universo.
Mientras, dejé las ansias recogidas
para cruzar la bóveda del viento
donde se pone velozmente el día
que ha de volver mañana a nuestro tiempo.
Yo, como un limpiabrisas, giré el ala
sobre lo fallecido de mi cielo;
y en esta hora sin errores, alma,
¿quién pudo detenerse a detenernos?

PUENTE AÉREO

*(Recordando una audición
de fugas de Bach).*

ESTOY navegando un luto
misterioso, el de mi tiempo,
con perfil de pesadilla
que me pone entre dos fuegos.

De la apariencia visible
mi angustia desembandero
y en la cisterna de sonos
escancian pensantes dedos
lo que resuena del agua
cuando el aljibe está seco
y va en rueda de alas de ángel
desinsulando los sueños.

Dime, Pío Tur al piano;
ante el armónico fresco,
¿qué río sin cauce apura
este cáliz de silencio
que como el diamante es duro,
y como la nieve, tierno?

LAS estrellas,
volando entre mis pájaros mentales,
latido tras latido se me acercan.

PARA VER LA FLOR TIRANTE DE LA JIRAFÁ

PARA ver la flor tirante de la jirafa
cuadriculando las praderas;
para oír el eco gregoriano del fadista
en el disuelto ritmo de la arena
y oler la rosa azul que mueve el viento,
devuélveme, Señor, salvo a la tierra.

VISITACIÓN

SIN un borrón el cielo,
el mudo querubín de los retornos
al ramaje solar sopló las sombras
y tejió el mío con lejanas hebras.

Cambiando de piloto y de agonía
encontré al abejorro enfundado en la rosa
y a los peces-martillo mojando sus monteras,
mas las nubes siguieron de viaje sin nosotros
dejando al corazón limpio de niebla
al ver cómo avanzaba el carro que transporta
los racimos de luz de las estrellas.

RETROVISIÓN.— I

UNA escuadrilla de aeroplanos pasa
y en el ligero gris del nublado se enseña
disipando la forma en ecos de borrasca,
semejante al abscondito rayo en la nube negra,
mas desde la prendida médula de las aguas
se han separado dos, maduros por la guerra;
dibujan en el aire los signos de la muerte
y en dirección a un punto que acaso desconozcan
deshacen el camino con inversas estelas
envueltos en las flores de las llamas;
y geminados vuelan
como los ojos de los cigarrones
dejándose caer con sus alas a tierra.

CON LAS RÍGIDAS ALAS DEL TRANSPORTE MODERNO

MOVIENDO mis raíces hacia Dios su congoja,
con las rígidas alas del transporte moderno
acostumbro enlazarme a la nube animosa

y antes de desatar ligaduras al tiempo
en el espacio busco un residuo de tierra
con un cráter que tenga el humus del silencio.

Por si el retorno fuera irreversible
y agoto en un minuto la eternidad del miedo
traspasaré el último escalón de esperanza
desenvenenando el pensamiento,
pues me enseñara el humo en su asombrosa entrega
cómo recomenzar el camino del cielo;
y en eterna incensada visualiza el espíritu
a la fuente del único creador del misterio.

ORACIÓN EN EL ESPACIO

Entrez dans la nuit comme chez moi.

PEGUY

AUNQUE no es mensurable lo divino, cúbreme con

[tus alas

para medir el cielo con las mías,
para cruzar en ondas vibratorias
la suspensa espesura de tu reino,
y al trasplantarme a las más altas sendas
que giran en lo inmóvil, evite tu signáculo
que confundiéndose la llama puede secar las nubes
y arrebatarlos la uniforme seguridad de los murciélagos.
Sé nuestro timón de profundidad en las tormentas

[homicidas,

que aún no sabemos si bastarán las alas
o se ha ordenado el sino para alcanzar tu gloria,
y sonríe, sin descubrir tu forma en el espacio,
igual que hiciste en el alba silenciosa
en que venció a la nada tu energía.

Entonces mismo
a mi ardiente rayuela pondré en rumbo
con zumbido amoroso
para abrirle los pétalos a esa flor infinita
eternamente inacabada
que enmohecendo los terrestres costillares
nos invita a remontar sus alzados tras muros
con el soplo expansivo que prolonga la Tierra.

TU PATRIA

AY, alma temerosa que despiertas
como la flor que sabe que ya no existe el agua,
si mi creciente Dios no estuviera en la sangre
del modo que en el mar los peces y las algas
la eternidad huiría por la arena del cuerpo.

Tu patria
es la de los poemas que surgen
en la evaporación de las palabras.

CON MI ÁNIMA NUEVA REPATRIADA DE PRONTO

ME asfixia el luto de la noche,
negado cielo triste, alomador de nubes;
ni una sola estrella del azul nos devuelves
para elevar el viaje con presión infinita.

Poco a poco, no obstante,
la luz desmandibula a la sombra rebelde
y un pasado de nube tormentosa
en su barca de sol con mi signo desciende,
con mi ánima nueva repatriada de pronto
por la curva del cielo a un montículo ingente.

Hace un cuarto de siglo
se me fuera Madrid de entre
las manos, de entre
las alas del corazón
sin haber encastado el primer germen,
y al reganarle ahora geriático y oscuro
el limpio Guadarrama, piedra viva de siempre,
siguiéndonos el aire nos albricia el retorno
y en nuestro honor deshiela una ola de nieve.

LOS HIJOS DE MIS HIJOS

A Vicente Miguel y a Pedrín Velamazán,
en el aeropuerto de tránsito.

*C'est là que je connus le vrai
goût de moi-même.*

JULES ROMAINS

I

TUS ojos verdes repiten,
¡entero!, el mar;
repiten
el estático despliegue
de sus disueltos orígenes.

En el color de estos ojos
que así mi vida repiten
están todas mis cenizas
junto a todas sus raíces.

¡Ojos puros, que conservan,
intacto, este mar que exprimen
en labios progenitores
las esperanzas sin límites!

II

QUÉ derramada ternura
te brota del entrecejo
como a los musgos cercanos
ante el monte polvoriento.

De los míos va a los tuyos
un concordante reguero
de lluvia madrugadora
por ti puesta al descubierto;

y en la inocente lisonja
que me baña por entero
sentí nostalgias de arroyo
que desconoce su término.

EL PALMITO NEGRO

SÓLO Rafael Navarro
no sonríe el regreso
a mi peñón nativo;
¿para impedir que escapen
los compartidos sueños,
si él trasvinaba siempre
el corazón inmenso
de un cíclope tranquilo
al de un muchacho nuevo?

Ya estaba en otras manos
sustraído a mi cuello
y como la palmera entenebrece
en su morir al mínimo el desierto
se ha despedido Rafael echando
todo su adiós en un palmito negro.

DULCEMENTE NAVEGAMOS

DULCEMENTE navegamos
entre dos lunas mellizas;
entre dos lunas,
la del río y la de arriba,
mientras con traje de luces
vemos ciudades vestidas
bajo las alas sin fuerza
con que la noche camina.

CUSTODIA DE LUZ

COMO a bruja medieval
en aquelarre moderno
Toledo surge en la noche,

Toledo,
bella custodia de luz
con Dios en el pensamiento.

TORRE TUTORA

¡Giralda,
torre tutora,
cirio de cerámica!

RETROVISIÓN.— II

LAS moscas de luz se acercan
a la antigua ciudad plana;
el río de sus sirenas
y rompe todas las lámparas.

La ciudad frunce la frente,
la noche grita asustada,
cae un chaparrón de pájaros
al ver cómo el cielo sangra
sobre el suelo detonante
que ha sucedido a la alarma;

sólo el canario enjaulado
inconscientemente canta.

AEROCLUB

LA mujer-piloto llega,
rubia luz de madrugada;
con una estrella de palo
la avioneta puso en marcha
—mariposa en lo celeste
a la que el cielo se alarga
con un zumbir de cortinas
que el aire dejó preñadas—
y con pedal automático
sobrehíla el cielo su máquina,
y a punto de cruz, los ángeles
a la eternidad inmediata.

AEROFANÍA

¡CIELO sano
del olvido de la pólvora
y del piloto automático;
el instinto del insecto
porta ya el demonio humano!

TORMENTA HABITADA

SIN el anhelo salvaje
de la primitiva audacia,
a ser nube de sí misma
la aeronave se arrebató
y en transacción con el viento,
que se opone a quien lo ensancha,
le da los brazos del mono
al salto de la calandria
y el equilibrio del vértigo
a colinas mareadas.

Toda ella está en el trance
esperando que le nazca,
por gemación sucesiva
de las cabalgantes larvas,
el cielo; sienten la luz
sus herméticas entrañas,
mas ¿quién da la vuelta al hijo
para sostener la carga?

Ay, no se puede acunar
la belleza acumulada
sin abrir antes la puerta
que de Dios aún nos separa
y en rebelión permanente
la impureza necesaria
quiere posarse en el cielo
petrificando sus capas
y abovedar el espacio
con sus mansiones precarias
donde sentir los errores
reconvertidos en gracia;
y acelerando el fulgor
de la chispa refrenada
domó la sierpe del rayo,
que bajo su vigilancia
hoy juega con la explosión

de la tormenta habitada,
pues lo sublime moderno
transfigurando la llama
articula su armonía
con la precisión mecánica
del reloj, siempre crispado
por las silenciosas máculas;
mas necesita su ser
llevar al hombre por alma
que le saque de la tierra
como a un niño de su casa.

La evolución explosiva
con su ángel nuevo traspasa
el túmulo de los dioses
que plegaron sus espadas
y el cielo apenas nacido
se desflora en la vanguardia
de los muros transparentes
trabados sin argamasa;
un frontispicio de música
cubren volátiles lianas
con la penumbra que impide
servir de estrella a la brasa
y aprendiendo a ser hoguera
de la noche de su cámara
en el humo del aliento
que la clausura trasmana
con jirones de su esencia
del poder al amor pasa,
y como pez de un acuario
inserto el hombre en la máquina
le revelará a la tierra
la verdad de la esperanza
cuando teche cielo humano
el sótano de la fábula
y descendan los luceros
a soñar en sus terrazas.

CIELO DE REPUESTO

AUNQUE a tientaparedes, sin dar un paso adelante
ni saber con qué pierna ha de iniciarse el éxodo,
mécame en tu regazo por la selva de nubes;
dame, paracaídas, tu cielo de repuesto
y el bálsamo de yodo
para esta pesadilla despierta que vislumbro
como el carbón que aún desconoce el fuego.

ETERNIDAD

(Con un verso de J. R. J.)

¡BLOQUE inmóvil del alba!
Parece que lo eterno se toca con la mano,
mas la Eternidad contrasta
desde los azules vírgenes
de contacto con las aguas
el tiempo de los relojes,
que es hijo de la mirada,
espesando lo divino
en la densidad del alma.

ESTRECHO

DOS continentes se encuentran,
las manos se dan dos mares
con tan amorosa fuerza
que no pueden separarse;
sólo el viento lo transfreta
con la pluma de las aves.

CUANDO ENFERMA EL ESPACIO

ES de metal su domo.
Nube a nube se está acabando el cielo
y os esconde la arena
los escudos del hogar y el recuerdo;
vitrificad los ángeles,
sólo la piedra puede soportar este peso.

Cuando enferma el espacio nace el sietemesino
de la pasión solar; nace el desierto.

PERO DINAMIZAMOS SOLAMENTE UNA ESTRELLA

INERTES cual las sendas no viajadas por nadie
somos como el desierto, que conoce su muerte
y filtra en lo más hondo el agua del futuro,
que, aunque oprimida, erige secretamente un puerto.

Desnarcizando al hombre que embellece el reposo
hasta henchir de alegría los miembros animales,
o impersonalizados en la senda de espera,
somos constelación de la noche siguiente
y el himno de la órbita bañada de secreto
al orden llama a cuantos corrompemos la sombra;
pero dinamizamos solamente una estrella.

GLORIA TERRESTRE

PARA aclarar el sueño de mi ascensión,
a lo inmutable voy de vuelta,
a ti, que me llevaste desterrado
al seno nebular de la tormenta
donde he sido
repentina luciérnaga secreta.

A su noche de barro
desde la alfombra mágica de tu monte de estrellas
con espaldas vencidas retorna al cauce de lo humano
el hijo que expatriaste de la mujer primera
y hoy se arroja a lo vivo unificante:
un nombre, un número, una seña
que la gloria terrestre ha de guardar dormida
para la mano del que recupera;
¿o es la tierra la patria para siempre
y abre el hogar negado por las nubes y estelas
en islas como nidos, ajustadas
con la inmovilidad que reprime a las piedras?

MAR MIGADO

ISLOTES como dados
el mar irrepartible los sujeta;
el ruido de las ondas los engalga
y sólo el pensamiento es quien navega.

Nada importa si el tiempo
señala en el cuadrante la hora negra,
oh islotes como dados,
por ley natal hijos de la pobreza;
enyugado al canzil el dromedario
maquilla el rostro a la cosecha muerta.

El exceso que salve lo mezquino
ha de alumbrar la originaria tierra
y a la escondida sombra ha de extraerle
un manantial, un pozo, un musgo, una bacteria
que ponga la ternura de su rostro
en cada una de sus tres mil puertas.

Si no desciende nada de las nubes
con un ciempiés de pozos
tendréis que succionar cualquier cosecha,

si no es que antes el mar salta a la pista
para manumitros de miseria
con su agua pura infantilmente en cueros
—dulce, acendrada, fresca—
y resonante a vuestra vista monta
el artilugio de la fuente férrea
migando la corriente cristalina
a los incultos labios de la siembra.

Como piedras de charco
pondréis el pie sobre la mar fraterna.

PITA DE GUACIMETA

RECIBE el aeródromo a los dioses del vuelo
y un florecer de polvo alzado de la siesta
en traslaticia nube se alejó de corrido
cortando la hermosura de la primaria siembra,
menos a ti, inmemorial presente
del polvo antepasado, pita de Guacimeta.

Transistoriza el aire los céspedes de sombra
sin mariposeos en la penumbra abierta
y antes que al suelo coma parásito apetito
lanza su infatigable autoridad a prueba,
y desde el floreado pitón comunicante,
—voz, distancia, emergencia—
deshace la borrosa tremulación celeste
para poner en curso la maquinaria angélica
y sin que nadie logre diferir su propósito
pide a todas las flores del mundo su presencia,
ya sin la algaba espinosa
de centenarias tuneras.

En un maravilloso accidente de luz
surge el tierno milagro de la dura miseria
y pluralmente brota como un suspiro de humo
el halo de una imagen floral a cada piedra.

CHUMBERA DE "LOS ESTANCOS"

QUÉ familiar resulta esta extranjera.
Limó la grama, embalsamó la hocina
y repoblando un paraíso en ruina
introdujo la suya a su manera.

No es el desierto aún, sí su frontera
—solar yacente y humedad divina—,
y tras la fiebre que prendió la espina
esqueleto del aire es la chumbera.

Como en tierra quemada se ha enquistado;
si oye el rumor del trigo, se querella
—zocate esquilmo sin fruto encarnado—

y pide al Sájara lechosa encella;
le dio el camello, oasis abreviado,
y la noche al erizo de su estrella.

AEROPUERTO

DALIA de cúmulos altos
—plenilunio por corola—
devuelve a los cielos bajos
a la palomita roja
que me sigue pilotando;
aún es el alba una sombra.

EN la órbita de espera
fugitivos horizontes
están tornándose piedra.

HABIENDO SIDO ALA SIN DEJAR DE SER TIERRA

SIEMPRE en acción el mismo pensamiento
de pernoctar un día en las alas del ángel
para huir de los príncipes oscuros
empañando mi sombra comienzo a descolgarme
por turbinada grieta
que va abriéndome el cielo del oasis
y en niágaras de luz voy descendiendo
al ladrado repudio de los canes.

Descargando de cólera a los truenos
me franquean portillos de solitario escape
y pasa Dios la mano por los montes
que mueven sus perfiles y empetrándose
naciendo están las hierbas en un soplo
y en un soplo también pueden los árboles
desabrochar los paracaídas de la niebla
mientras del fondo de lo inmenso suben
ópticos excitantes
a la húmeda cornisa de la aurora
que no admitió jamás huella de nadie;
y habiendo sido ala sin dejar de ser tierra
su espesor le he medido a la piel del paisaje.

PATRIA ISLEÑA

¡GRAN Canaria,
cántaro de agua
dulce, semidulce, amarga;
las fuentes de que bebí
aún no han inscrito los mapas:
nacieron dentro de mí!

TERMINAL

(Con un verso de Paul Eluard).

LAS olas claras de sus alas
suaves se extienden cuando al fin les llega
el descanso a los motores
y el silencio abre la puerta
con mano que nos desgrana
para mejor sementera;
y la emoción nos ablanda
al pisar la propia tierra
sintiendo: "Cuánta alegría
puede retoñar la ausencia";
pensando —con el Jonás
expulso de la ballena—:
"Volver es resucitar".

ELEGÍA
DEL
CAPITÁN MERCANTE
[1971]

A
Eliseo López-Escacena y Orduña,
in memoriam.

ELEGÍA DEL CAPITÁN MERCANTE

Morir de sed de océanos...

UNAMUNO

AL rozar la mañana
siéntese el capitán mercante enfermo;
no puede robar fondo y sin oficio se halla
de gobernar el barco que ha de salir de puerto
y que al fin, abrumado por tanta travesía,
con él conjuntamente ha ido envejeciendo
desde las primeras a las últimas aguas
en las que los guardines del timón se rompieron.

Aún sigue en los mamparos cristalinos del puente;
con tremulantes ojos color azul de fuego
mira los imbornales de ruginosa cáscara,
sucias las tracas, corrugado el suelo;
ve la revuelta estopa de vencidas estachas,
desarrumado el hueco
que entonces proveyeran descendentes lingadas,
los bandines vacíos de mareados cuerpos
y sin mudar las sábanas,
y en la toldilla no, sino en su sombra luego,
las mordeduras de las socolladas
que tensa el matafiol a tendal prieto
y luz solar gotea por su trama;
y a lo penoso destruido yendo
comprueba que no tiene vivas sino las anclas
y que a otro cauce se bifurca el tiempo

de alegres guindamainas,
hurras o vivas de los pasajeros
que aún le acarician en secuencias largas
como el mar a las rocas, miembro a miembro,
y entre la penosa represión de la angustia
y las fabulaciones maternas del sueño
desmonta la energía desde el cordal de mando
y al margen del océano
inclinase a pendol la obra desmantelada
en donde fosforece la bondad de los perros,
que hombres y barcos forman parte de igual chatarra
y es de literatura sentimental el duelo;

mas teme entrecomarse cuando ha picado amarras,
ser a extinguir volumen que uncirán a los muertos
para su transferencia al neo dios de la Máquina
desarbolado, a punto del industrial secuestro,
y sin resonaciones de la oficial campana
que tañese las posas de su final de enfermo
imaginariamente
el capitán planea abandonar su lecho,
que si a doble vertiente el equipo fracasa
uno mismo ha de ser su náutico maestro:
cada ola una playa,
cada tormenta un puerto.

Cual hálito que expulsa congestionado atabe
o acción de las rocosas branquias del bufadero
con su hidroescultura de arena confitada
que mineraliza sólo un instante el cielo,
ya sale capeando a la esquividad errática
que atrae y que repele, y en el mismo escarmiento
escurre a lo cambiante la vida salpicada
de quien balbuceando indague su secreto,
y sin fijar la carta,
puja en la incertidumbre con lo cierto
en la fascinación de la orza iniciática
del espíritu libre que renavega *versus*
la inconsistente "mar recomenzada".

Con la diestra alongada
sonda el fondo marino al descubierto;
siente claro que faltan,
sin todo echar de menos,
golpes de cucharón que espumen moles aguas,
y el rítmico alabeo
que remezca la cuna conductora en sus rachas,
pues continúa el hombre siendo en la mar cunero;
y apenas la normal descubierta iniciada
trabucadamente soportó el macareo
del cordón litoral sudando ampollas de agua
como espumas de luz suda el desierto,

y sobre todo, ay, lo naciente le falta,
la madre inmemorial del movimiento
que soportó a su vida las peripecias náuticas
cuyas repeticiones le llevaron tan lejos,
y ahora impura encharcada,
con lentitud reseca los envolventes senos,
oh costa de guijarros punzantes, confiscada,
donde la mar se pudre mostrándonos los huesos;
y cae dentro de sí una simiente mala
que crece y que se opone al raudo movimiento
cual siendo aún agregado en el rol de una bricarca
el recalmán frenóle al velamen su haldeo.

En la sed angustiosa de la noche del alma
que ofrecer parecía infinitos accesos
a la fuente que arranche a son de mar la aguada,
al capitán sorprenden los irredentos cuerpos,
flujo de heces humanas
que están dejando inhabitable el puerto
de dormida vejez sacrificada,
y allí es el espejeo
en la piel tumefacta
del tremedal que absorbe todos los diurnos restos
al diluir los puntos de intensidad en mancha
y tupe las porosas barreras del recuerdo
a la mar obstruida por la futura ergástula

que con azul pereza se ha marchado tan lejos;
y alucinadamente el capitán exclama,
pues a su amor le niega segundo nacimiento
el mar de lodo en las consignatarias:

"Oh mar ayer extenso,
oh soledad aplazada.
Lo han segregado del verdoso cuenco
por menester elíptico de magia;
¡el mar divino ha muerto...
el mar divino ha muerto en mi esperanza;
sólo queda el costillar con que otorgue testamento
a la muerte y a la vida, las dos mellizas muchachas!"

El mar divino, oh navegante, ha muerto;
humanamente ha muerto la eurritmia de las aguas
entre las turbadoras náuseas del silencio
y en su lucha agoniada
aún declina de barro de creación a cieno;
y palpando el oscuro légamo que enaguacha
sospecha el capitán al irse disolviendo
si en lamosa carena que degrada
pudre su vida sin hallar remiendo
del calafate ocioso y su mandarria,
que le impiden ciar con ágil remo...

o acaso es el piloto de algún buque fantasma
que bloquean los relieves de impracticable océano
de sequedad isleteña, donde halló Corpus Barga
el enjuto Leteo

del osario y la larva
en la momia del fuego.

¡Si al paio se pudiera continuar sosteniendo;
si acertase a dormir hasta mañana
en la adherencia maternal del sueño
conservando la imagen del reflejo del agua
del mar que no envejece!;
mas con deslizamientos lúbricos del sosiego
el capitán mercante se ha colocado en facha

como piedra que busca adherirse al mortero
o patrón de falucho que al perder la confianza
en orillar la *panne* del sofocado ingenio
lo impele a reanimar las vivas resonancias
y al ponérsele en fuga el servomotor yerto
como quien reanuda intérlope alijada,
relincha sin sufrir los sabores del freno,
aventando al rescoldo de la hoguera su llama,
donde el aire ventila la esclavitud del fuego;
con cierta semejanza,
pues la barquilla de la corredera
no marca el paso por no estar en juego,
el capitán retuerce las hebras de la vida
como vara de vid en el desierto
y al convertirse en luz la deserción del agua,
sumergido en niñez, con qué suave caldeo
concorde dice, a Dios dando la cara
con sed de Dios, a espera de su paisaje abierto,
en que el mínimo dios albergado en su entraña
se transforme en el Dios único y verdadero:
"Cómo sin luz, Señor, todo defrauda
y sin perder la ruta la mar pierdo;
¿quién devuelve a las costas sus vereditas ácueas;
quién rellena el vacío que vibrar viera entero
y quién ha de llevarme por el cielo a volandas
detrás de la navícula del patrono San Telmo?"

(¿Se escucha la callada
reserva de Su voz, oh expresivo silencio?
¿no pudo el capitán acogerse a las aras?).

Una ola más, sólo una ola no tendría objeto,
pues sin fondo ni fuerza
—las horas de la Cruz habían dado comienzo—
enmudece fungible la voz de la esperanza,
cuando a resultados del Amor supremo,
sin asir a la rueda del timón sus cabillas
y sin entalingarse el ferrado arganeo
antes de licenciar las trasmesnadas

de su terral derrota, vio el nauclero
que la nao por sí misma leva el ancla
renavegando con su pensamiento,
y apenas sollevada,
de luz vestida entre veriles negros,
la singladura eterna de las almas
acabó de emprender a todo ruedo,
ya inútil la tablilla de bitácora
como en énea envoltura la rosa de los vientos,
fuera del mar de móviles espaldas
que, excepto al sol —y sólo el sol excepto,
que lo mete en calor cada mañana—,
a nadie acoge nunca en su recuerdo;
ni al viejo capitán de rica historia
que acaba de morir de sed de océanos.

Marzo-abril de 1969.

BOTELLA ITINERANTE

SIN nadie que te libre de la succión del agua
con levantado cuello oteas el camino,
botella itinerante que ante mis ojos pasas
cual pico de celaje que del mar se abastece
sin poder en su seno rebutir una lágrima
y acaso cuando logres ver tu misión cumplida
la mano lanzadora ya flote hidrocutada.

En ningún sitio encuentres su montante a las olas,
pues cual pájaro en celo el mar bate sus alas
y en tu largo camino a busca de la tierra
la espuma te acorrala
y con cuarenta cuerpos te mueve a bofetones
para impedirte el salto con que franquees el agua,
¡y llevas un mensaje angustioso en tu vientre,
y en tu boca de lacre navega una esperanza
que acaso nunca llegue donde rompen las olas
y al mar entero acaso nunca arranque una playa;
buscas al mar inmenso su corazón minúsculo:
quiera Dios que algún día, botella, lo encontraras
como el tonel rebelde del relato de Poe
que se salió de filas y abandonó la traja.

Luchando permaneces, burbuja cristalina
que arrancar no has podido la mordaza del agua
después que desligaste cual pajuz de pesebre
el tejido cambucho que tu forma arropaba;
mas no puedo seguirte,

pues ya nadie concede las demoras de angaria
y no podré auxiliarte vigilando tu rumbo
ni ver si te enjaezan las conchas o las algas
o te transformarías remedando al palmípedo
entre los abanillos de la sartén portuaria;
o sin tomar alcoba
has de seguir, no obstante, transportando tu cama,
y acúsome de verte como un objeto estético
causándome emociones con tu belleza abstracta,
burbuja cristalina,
botella itinerante que ante mis ojos pasas
y como pesadilla de las noches de invierno
mantienes con radiante calor líquida el agua.

LUZ DE AGUA
[1973]

A
la memoria
de
TOMÁS MORALES;
lo que su muerte dolió
(1921)
sólo el grumete de la voz lo sabe

I

RAPSODIA NÁUTICA

*Toda la mar en mí llevada como
en la urna maternal.*

SAINT-JOHN PERSE

APENAS ha puesto el sol
el rojo trazo de sangre
con que se muestra a los días
su límite infranqueable,
del mar de altura descienden
tres embarcaciones reales
que están tomando medidas
a la ambición de un gigante
con los palmitos de espuma
que a pie de proa les nacen.

De la divina cadena
de eslabones, constelantes
como cintillo de dama
en la penumbra del baile,
al idioma más humano
han venido trasladándose,
noche tras noche y adrede,
sus pentáculos astrales.

Navegar por las estrellas
compulsando paralajes
con el deseo vehemente
de la brújula exultante
y el catalejo que centra
cuanto se salga de margen,
misión propia es de estrelleros
que en el cielo deslizante

la astral peripecia miran
como por manga de ángeles
y a las imadas confunden
con los ignitos diamantes
que por su lumbre escandida
se encumbran inapeables,

no de nauceros que velen
proejando los vendavales,
muchas veces en broquel,
otras tantas bolineándoles,
si en ocasión espiaados,
en muchas más espiaantes,
y siempre a raíz del agua
por si almenara obligare
abondo mojar las velas
para impedir que nos cacen
forzando vientos altanos
de difíciles discantes;

o al devalar nuestro rumbo
del rotero atosigante
deshojar en rosa náutica
sólo el pétalo que cuadre
a la intención del piloto
que lleve el mando, y quien mande,
a gestos autoritarios
ha de esculcar bien los grátiles,
seguir con ojos precisos
su pasamiento a los guarnes
y el giro dado al timón,
ya sea roncero, ya lábil,
para gritar —pues el grito
no rompe la lengua a nadie—:
¡Vira! ¡Orza! ¡Arría! ¡Aferra!
con grandor de antiguos cánones
repitiendo las maniobras,
si alguna no se lograrse,
para contrastar las rachas

que reta el lecho flotante;
¡y a esperar que rompa el sol
y en la espiga, tremolante,
ver la bandera que cubre
el real designio del viaje!

En la sonora envoltura
la gente empieza a cansarse
de vivir días tan vacuos
y malversar lubricanes
sin vislumbre de una punta
en la tierra infigurable.

Aislada en un mar ignoto,
durmiendo en cualquiera parte
sin tener cabezalejo
ni cubrirse de alfamares;
cedizos los alimentos,
sin cerrar la boca el hambre,
corroída la esperanza
de lograr el tornaviaje,
rezonga a lo clandestino:
"Ya es bastante, ya es bastante;
¿cómo adiaremos la vuelta
si la ida es improbable
y barajando las olas
no viene a favor el naipe;
o es el año embolismal,
la luna negra quien mande?"

La tarde quedóse muda,
vendrá la noche a pujarle;
la guardia del ancla entra,
los bríos van deshumándose
y empieza el hacer faroles
con luz de sus soledades
y halar de las sondaleras
que inquietan el braceaje;
y en el saltillo de popa

sin balacabuya o paje
está quien echó la raya
sobeaguando al insondable,
el punto marcóle lejos
de portulano a sus naves
y busca la noche pura
a su destino versátil,
que aun admirando la norma
aprendida de Jenófanes
entre la piedra y la nube
optó por lo ilimitante.

Sin aún ver la pezolada
final del agua rulante,
—la mar de labios de arena
que sonría y no atenace—,
a boca de sombra hubo
sorpresa al rezar la Salve:
la noche perdió su lengua,
comunica en otra clave
y hasta la luna cunera
en paraselene cae
con su fumosa grisalla
sin contratinte de sangre.

Guachapeando en cubierta
a riesgo de calumbarse
cómo pasma el desconcierto,
en tropa, a los marinantes;
su destino afloja de ánimo,
temen seguir siendo audaces,
pues *la razón desfalece*
en toda cosa muy grande.

Ay, la línea del rumbo
se quedó sin amañarse
y no viendo a la redonda
las estrellas familiares,
quien impetra, ya a San Telmo,

o ya a la Virgen del Carmen;
quien, nonada de apariencia
mas de zafado carácter,
ofrece llevar exvotos
al santo que encuentre antes;
quien ve surgir isla a isla
en cada mancha distante
todo el oral archipiélago
de lomos cartografiables;
quien pide a Dios alfaqueque
que de este baño lo saque
por miedo a verse invadido
de los humores pecantes;
quien —araña enloquecida—
bajó en brandal sin ramales;
quien puso pie en los tojinos
por los que subiera al viaje;
quien, gime:

“¡Si aquel barquillo
hoy viniese a marinarme
para andar a la relinga
entre proeses y amarres!”;
quien recuerda las fusentes
de su río en los menguantes
y llora con mucho arroyo;
quien, baldona a quien lo mande
tornar a su cuartelada
y hay quien destripa el lenguaje
siendo las malas palabras
sus herramientas cortantes.

Mas sobre el vario lamento
se impuso la voz de alguien
que desnortado hace días
maldijo al mar.

Escuchadle:

Oh tú, mar provocador
de aventuras demenciales
con caballos de madera
y sin puerto en que aferrarse;

por no seguir esta vida
de acosados animales
como a corcel alteroso
que se tiende galopante
y con fuerza alfana purga
su plétora de espumaje,
cualquier día entre los días
quién pudiera flagelarte
con el látigo de Jerjes;
tensar la piel de tu aguaje;
desremolinar tus gallas,
cubrirte de cardenales
acentuando hasta el botella
tu color verde guisante,
y apretada la maniota
que inmovilice el arranque
a tu mundo en movimiento
y encapote tu despape,
como a medusa en la arena
derrotarte, derrotarte,
y a punto de salsa nieve
trizar todos sus cristales
en la tierra salitral
que al pisador desembriague
*y dé a tu cuerpo el reposo
de los sueños minerales.*

Pese al relevo de estrellas,
que vieron los tripulantes
cual si agotado el empíreo
necesitara un encuarte,
la noche sigue su vuelo
con la emersión de otro enjambre

que repobló el colmenar
en las praderas del Ángel.

Paciendo diurnos escombros
del seno vivo en que yacen
las olas anuncian cambio
proceloso al repuntarse
desenredando cadejos
a la maraña albicante;

y peinan canas a saltos
en las moñas de sus ápices,
se sostienen hombro a hombro,
se intercambian, y al mudarse
rolando buscan la tierra
sin hurgar profundidades
con sus vueltas de carnero
recíprocas y habituales;

mas el viento, interponiéndose,
sus fuerzas hondas sustrae
como al trigal el pedrisco
a la sazón de grillarse
y empieza a danzar el agua
un saltarelo agobiante
de apresuradas cadencias
de las de salto y encaje.

Collado viento se agita,
y desvolvedor del viaje,
cascarrón ha provocado,
cual simún, incorporándose,
lo que nube de langosta
enfilada de levante:

un barlovento de bores
de floración espumante
que por capricho de Dios,
sin que lo acosije nadie,
en un continuo zig-zag

despliega el ser de los mares
cuyo vaivén, salpicado
de estremecientes calambres,
a molde perdido saca
en las concavadas naves
la V de las amuras
con costras de sus adarces.

Pronto las embarcaciones
danzarán el mismo baile,
pues la flota, sorprendida,
manteniendo afronta el trance
de contender con el mar
derechos de marinaje;
escobenes avizoran
en los belicosos branques
de abangados espaldones
que restringe el oleaje
en las tres naves de cruz
decisas a capearle
al modo del hipogrifo
bandeador de tempestades.

Henchidas las velas áuricas,
que distan muy pocos cables,
al husmo las hacaneas
hinnibles y resoplantes,
con sorprendente vehemencia
a locos saltos se salen
del equino mascarón
que el bauprés suelta al combate
dejando la cebadera
que a su sombra se desmaye,
y cual mordidas del tábano
se arrojan, y empenicándose,
las quillas con su alefriz
responden al acicate
tras sacudir las cernejas
sus cuellos de maderamen.

Los pechos van a partirse,
y destemplados adláteres,
a estribo corto los foques
por triplejas incorpóranse
y con espuela hilachosa
pican ansias crepitantes,
—así a la hierba de cuajo
las caballetas voraces—,
logrando al primer envite
apremiar al apremiante.

En vez de polvo elidieron
los hipocampos contráctiles
y aunque a serrucho dividen
las ondas por sus mitades
con la tremenda energía
del poderoso espadarte,
a estribor como a babor
se deslizan, descolchándose
por el tablero excavado,
a barrisco y agolantes,
dos trencas desadujadas
de longura inmensurable,
pues el mar, como la noche,
sobrevive a su rodaje,
¡lumbre de eternas favilas,
eterna fuente espumante!

No son murallas de paja
los obstáculos que salten
cabeceando frenéticas
las embarcaciones reales
e intermitentes sus bríos
se las ve desaquellarse
sin nervio en los corvejones,
sin cabos en que apoyándose
la cara den a las olas
y al viento den sus ollares
como potro que hace chazas

y corvetea, o piafante;
capta capitosos rastros
de lejanos hipomanes
con majestad soberana,
a punto de bronce casi;
mas abre una travesía
cuando andantino se evade
y logran sus herraduras
sellar las sendas que pasen.

Que la lucha es desigual
lo barruntó el delirante;
frente hicieron sin fortuna
contra la tormenta alzándose;
golpes de mar, no fortuitos,
se embriagan; con sus vejámenes
las tres se quedan tiznadas
de enarcados albayaldes
que con piernas imperiosas
bloqueando están sus calces.

Qué plumazón dispersada
en el mar acumulándose;
qué medrosos tornasoles
se desprenden sin rescate,
frutos del iris frustrado
que ya está desentramándose.

En contiendas decisivas
no basta con el coraje,
y aunque el mar se desmenuce
mellando los tajamares
en complejísimas bocas
de arremolinados cálices,
con atributos de azogue
por gropúsculos renace
su muchedumbre dispersa,
Fénix del agua englobante,
y sin un desliz, entero

a sí mismo reemplazándose
al antagonista agrede
en feroz dale que dale
como al caballo la res
con querencia a desventrarle.

Qué fabuloso poder;
qué enarmónicos relances;
qué sucesión de borneos;
qué embestir precipitante;
qué revitar los delgados
contra el pantoque estrechándose;
qué tumbos de esponja dan
con sus cuerpos repinantes
a busca de paso en la
gran ola de Hokusai;
y al retroceder airado,
qué ausoles líquidos abre
resón de aguas primordiales.

No puede humano poder
en tu undumbre aglutinante
dejar rastro permanente,
ni aun desmesurando su arte,
oh masa negra eruptiva
en que más viento no cabe
y con saña reprocesas
tus islas itinerantes:

el abra les encapillas,
y a cada vela, en su estay;
el estanterol desarmas,
emplumas la coz al mástil
y algo alcanzan las enchinas
que soplaron los flechastes.

Das la gruesa del caudal
a la roda y al codaste
y de sotavento arronzas
a las prospectoras naves

hasta burlar su gobierno
con los luazos que impartes,
y suben, bajan, resuben
la tormenta que las barre
bajo su opresión gimiendo,
como Sísifos acuátiles,
con la voz de la madera
a pujos con el velamen.

La tripulación rebota
y tal vez sirvan de raque
a los peces carniceros
los despojos del desastre;
apenas rige al timón
sin la sarsola de Dios
que achique aún el aguaje,
medio averiadas las bombas,
las dalas inoperantes,
imposible es predecir
si lograrán adrizarse,
si se amainarán las velas
que están descalandrajándose
o se sigue a palo seco
y se adoba el gobernalle,
o se deja derrelicto
que alguna prosiga el viaje,
aunque se trastorne y ponga
su espina dorsal al aire,
o acostadas finalmente
pudíerose apedazarles
para futuras derrotas
con más benignos embates
sobre el agua serenada
de la mar inmanejable,
pues como hachote aventado
con xanta luz sombra esparce
asiniestrando su moco
la cámara donde arde,

que si la ilumina un palmo
la oscurece retrechándose,
la ciega fe que portaban
los primeros trasatlántides
tremulante se desmolda
igual que cera conflátil
porque absorbiendo temor
sus ánimos contagiables
las bermejas cruces toman
por calvario itinerante;
mas no virarán de bordo
las comprometidas naves
porque el mando les ordena
que singlen sin desmarcarse
la misma derrota incierta,
aunque mar y cielo cambien,
y por nada de este mundo
se dará contraviraje
si no se ofrenda a los reyes
oro e indios doctrinables.
¡Qué sería de la madeja
si la cuenda le faltase
o si en el aspa se enreda
su caballo indesvanable!

Si no adviene la tormenta
soñar fuera autobloquearse;
su voz manda a tiro hecho:
“¡Avante, id siempre avante!”,
y tras poner sobre aviso
a sus ocultos majiales
enjauló a los disidentes
en la sentina del lastre,
que el asidor se merecen
de las galeras reales,
ya que en la transfretación
hambre de espacio es su hambre
y aquilatar no le importa

bastimento ni botamen:
¡naves son de mercaderes
y de lejos el pan traen
para incógnitos paganos;
y quiera Dios que los hallen
con las mugas provisorias
de la empresa trasterrante!;

y como luz de fanal
que alumbra sin alterarse
mientras el mar se embravece
y acorta el acastillaje,
asido del barandado
aún espera casual ave
que al alba dé a su camino
la dirección ajustable;

mira el andamento incógnito
bullente en el mareaje,
la noche desconocida
que acababa de encontrarse
y empecinado en su sueño
hasta que le eche la clave
piensa en el viaje infinito
la mente del Almirante
sobre el mar inacabado
que se muestra inacabable.

CODA

El mundo se hace sueño, el sueño se hace mundo.

.NOVALIS

LAS aves del mar no cantan,
solamente canta el aire
y él escucha ruiseñores
de ultramar, que están cantándole,
en la grímpola del zanco,
arpegios inalienables.

Desde el pozo de la noche
Dios sus escotillas abre
y al fin del cuarto del alba,
como si a todos hablase,
al relevo le susurra
a la marinesca, grave:
la tierra es nuestra estrella,
y escuchándole,
¡baño de sol y palabra,
espuma de alma y de carne!,
la borrasca se enternece
haciendo bicos de madre;
y devuelto a la piedad
quien no la tuvo con nadie
el mar, ¡el mar, luz de agua!
fue amainándose, amainándose,
en virazón ya purgada
de estremecientes calambres.

Agosto-septiembre de 1971.

Además de los "anacronismos necesarios" que Lukács prohijara, a esta RAPSODIA se han incorporado expresiones ajenas, que por orden de aparición pertenecen a Sa de Miranda, Pierre Guéguen y Pablo Neruda, respectivamente, y han sido compuestas en itálicas.

II

ADIAFA

(Fragmentos)

A Gregorio Hernández de la Herrera,
más hermano que los hermanos.

ODA AL VIENTO DE FUERZA SIETE

A Ninurta, dios del Viento del Sur.

A ti, viento del Sur, que hinchas mis velas
de humana embarcación, debo este impulso
rompedor de cadenas, cuando estaba
sin aire mío, cielo mío, mar mío
y era una nada del espacio muerto
clavándose en la sombra
que anonadó la ausencia de los límites.

En espera del golpe de las hachas
conmigo arrastro infortunios de hombre
y aun librado en la quilla que me eleva
para hacer propio el curso del peligro,
con tu soplo de urgencia
desnudo el navegar de su naufragio
y piso, con pie enorme,
la resistida majestad oceánica.

Haciéndome inestable, ahora respondo erguido
con la cruz de las aspas amurándose a un largo
y estoy viviendo la vida que se escapa
sobre la muchedumbre incruentamente
por llevar la memoria de la espuma
al hambre de ceniza en que me arriesgo,
oh plenitud propicia de quien puede
ya trastornarnos con placer futuro.

Sintiéndome tirar de las raíces
no tengo sino a ti, viento albicante,
y pues las alas del vencido
y las del victorioso son las mismas,
en tu mundo de dioses
consérvame mi ser y mi congoja
palancando los hoyos
de cuantos dinamizas cerros de agua
que van y vienen
con sus transformaciones procelosas.

Alas da el aparejo, mas no eternas,
y hacia la undosa libertad impulsado
hoy, que a mi escala temporal navegas
y a mi aventura pones tu máscara en secreto,
de tu sonido escojo la dulce voz del ángel
que sin más miembros que su alma toca
la revelada conexión de un cosmos
del que no puedo penetrar su origen
desde lo externo de su bella forma.

Y en el crujir de los costados de mi navío delirante
que amenaza invertir como a reloj de arena
la imagen de mí mismo,
presiento en cada onda una bahía
mientras llega la noche; y en la noche
la verde luz vendrá que abre los puertos.

AY, CADA QUILLA SURCA UN MAR DISTINTO

A Juan Sosa Suárez.

AY, cada quilla surca un mar distinto:
músicas, martilleos,
iridiscentes capas de oro negro me anuncian
que ha llegado el final de mi crucero.

Blanca espuma, agua verde
emanan alegría sin ventilar los celos,
pero tú, en un salto de luna que te encubre,
me recibes poniéndote la máscara del puerto.

COMO LA ORTIGA AL DEFENDER EL SUELO

A Francisco Ferrera Ferraz.

HIJOS del Sanapú,
hermanos del trajín, cambulloneros,
no profanéis la grúa;
de un ángel de metal es brazo auténtico
que os da la escaleruela de las olas
con toletes y estrobos siempre en el luchadero.

Sombríamente activos
el galope del pie confiadlo al remo,
pues tenéis en las manos las pupilas
portadoras del sésamo
que abre sin rechinar portalón y bodega,
fermentantes gambuzas y paños herméticos;
y en la atrevida neutralidad nocturna,
guardando la fiereza del animal totémico,
que opere de continuo el azar embriagante
como la ortiga acerba al defender su suelo.

MAS MI AMOR NO ANALIZA

A Plácido Fleitas.

CON la nomenclatura del lenguaje de trato
las hélices recrean fugitivos senderos;
sobre el abismo propio
mi corazón madura la llamada del tiempo.

Zarpando en majestuoso orden operativo
 angustian mis insomnios, cual el grueso
 de flota desplegada a una misión incógnita,
 las palabras en fuga que rebosa el recuerdo;
 y ahora, al abrir los ojos
 a media libertad, libres del peso
 que azuza la memoria con premioso inventario,
 como al final de un puente reconocido encuentro
 la procesión exótica en que desfila el mundo
 del puerto franco miliunanochesco
 que en cada chimenea va narrando una historia,
 y la encendida brasa del carbón, un secreto:
 HH. blancas y negras, federales, paquetes,
 piononos, verdinos, petroleros,
 concordias, lirios, castles,
 los del ancla, del palo y de los picos,
 los Yeowards y los Thorensen anexionando huertos;
 los "arramblados" del hampa:
 cómicos, colorados, estrella azul, y luego
 el material humano, individual o típico
 que otrora fuera anónimo maestro
 al escoger los ángeles en cada nebulosa
 para orbitar la tierra de espíritus aéreos.

UN TECLADO DE MÁSTILES PARA LOS SERAFINES

A Rafael Roca.

...Y el tráfico de imágenes que aisladas vi en capullo
 cuando el carbón ardía en los vientres de hierro
 pudo vencer la Esfinge
 transformando la entraña displicente del riesgo;
 y el esplendor soñado por las voces proféticas,
 pobres de forma como el calvario que embotellan los
 [presos,

sin sacrificio o víctima
hoy mis manos vacías ven salir al encuentro:
un teclado de mástiles para los serafines
que arrancan a sus vergas un sonido moderno.

SALTEN CONMIGO A TIERRA LOS PIES QUE SÓLO PISAN

A Luis y Antonio Suárez Morales.

SALTEN conmigo a tierra los pies que sólo pisan
la carga mercantil transportada a secuestro;
gozosamente miren
bazares trasplantados del oriental extremo,
el rodete y la falda de los indios del bombo
sin repullo facial, y libres del impuesto,
marfiles, joyas, sedas, porcelanas, perfumes
y los quimonos mágicos de los fetiches de ébano;
y la danza y la copa, la dueña y la pupila,
la carne y el puñal, la lámpara y el sueño
para elegir la bestia del carnaval pagano
en la sentina humana que esconde todo puerto;
el bien con mal mezclado
que viaja en el errante rumor del universo.

UNA MOSTAZA DE ARENA ENYUGANDO EL OCÉANO

A José Domingo.

COSTA expansiva y libre de mi ciudad, ¡mi puerto!
venera siempre a cuantos, humildes o atrevidos,
con flotantes redientes llevaron a cogüelmo
la santa soledad comunicada
y el cinturón del agua aisladora rompieron.

Tal vez sin paz llegaron sin ser escogedores
para esconder de prisa una gota de miedo
que aumentó de volumen al rodar en las dunas,
mas dinámicamente fueron nuestros
y al servir a la ecúmene
desde los pomposados gabarrones de hierro
armas nos dieran esperanzadoras
para ver, como Adán vio a la tierra creándose,
una mostaza de arena enyugando el océano.

Y UN ALGA, BARRENANDO SU BANDERÍN DE ARENA

A José Jurado Morales.

EN la noble ciudad propicia al ancoraje
consumiré mi adiafa por entero,
oh Babel que aún respiras los tóxicos antiguos;
no acorta la caída del ser su crecimiento
y raudo, como la luz de una ambulancia,
un instante destella solitario lucero
provocador de imágenes en los limbos nocturnos
que han concentrado todos los verdores secretos;
y un alga, barrenando su banderín de arena,
abre un ojo que mira la hondura del océano.

LAS PATRIAS TIENEN SUEÑO

A Telesforo Fuentes.

¡OTRA vez el silencio!
Al caer de la tarde se arrían las banderas;
las patrias tienen sueño.

GÁNIGO DEL SILENCIO

A Fernando González.

PUES empezó apagándose la vida cotidiana
y es imposible a ciegas continuar el sendero
en ti, Isleta inútil que sublimó la llama,
gánigo del silencio,
con ensanchada búsqueda vendimiará mi gozo
las uvas mal pisadas que exprimiera el incendio
porque es quebradizo el rumor de las olas
y el mar es para el alma un cristal sin secreto.

Con la simplicidad creadora del mundo
igual que Dios las ama, amar las cosas quiero,
mudas como las hierbas que en tu recinto nacen
junto al vaso vacío, la ceniza y los muertos;
y al ceder la muralla de tu malpeis hidrófago
dándole hogar sin ruidos al silencioso cuervo
absórbanme las parcas deslizantes la huella
de la muerte, aplazada desde mi nacimiento.

¡Para que reflorezca mi óbolo de carne
necesito la tierra donde enfundar los huesos!

ÚLTIMA NOCHE CONTIGO
[1976]

In memoriam uxoris

*Gracias al amor sentimos todo lo que
de carne tiene el espíritu.*

MIGUEL DE UNAMUNO

¡Cuando cesa el beso, brota el canto!

PAUL CLAUDEL

I

ÚLTIMA NOCHE CONTIGO

(23-1-76)

EL ser que mejor quisieran
mis plenas ansias cordiales,
pues juntos envejecimos
como Filemón y Baucis
los futuros del pasado,
siempre novia, esposa y madre,
siempre autorrepetidora
en su río de un solo cauce
con Eros y Ethos, riberas
carnales y espirituales,
ha dejado de existir
hace nada;

nada hace
que apagósele el cantar
al argüío de su sangre
sin el redamar recíproco
de la amorosa sintaxis.

Del mismo modo que al árbol
hiende chispa centelleante
la parca silenciadora
fulminó: "punto y aparte,
ella en su segunda cuna,
con las raíces tú al aire".

La unidad de la pareja
—fábula o piadoso fraude—
siente aflojar de improviso
la unión de entrambas raigambres
que puso al arbusto en pie
y al nido a brazo de árboles.

Tal cual lo digo la dije:

"Ay, Muerte, y así deshaces
y hielas la llama viva
de luz a mi acompañante;
aunque al corazón del mar
ríos y montes traspases
o a la Tierra, tumba viva,
pusiesen losa los mares,
polvo harás de nuestra obra,
pero polvo enamorado;
no la expugnaré tu finta
manteniendo a punta de iceberg".

Con dolor sobre dolor
que a mi soledad le abre
un desaliento inaudito
de lutos irreparables

opté por no intervenir
en el eterno debate

sobre el Amor y la Muerte,
el Espíritu y la Carne,
cuyas células contienen
pizca de átomos astrales.

De la Muerte primogénito
a su Dios pide Abel paces
y andando en zancas de araña
perdí ocasional embarque

porque los sueños son vanos
si no se escriben con sangre.

¿Capitulación? Tal vez,
sólo que *cum grano salis*,
bebiendo el vaso de sombra
de parejas soledades

y como al silbo del tren
sigue un fragor de abordaje
que los carriles desvían
a los campos o a las calles,
en mi concha de silencio
guardé el temblor de su carne;

mas el ruiseñor interno,
sobreponiéndose al trance,
adicto al mito sacral
y temoso del lenguaje

logra unirse al alma ausente,
sin armónicas sexuales
la lleva en la sonochada
a su población de ángeles

y endechando a la sordina
blancas lumbres, mudos aires,
con embeleso de idilio
transustanciado en imagen,

soñando hacia atrás, bebiendo
sólo sueños saludables
en las fuentes de Epidauro,
entre abstinencias verbales

poco a poco la conduce
hasta la miel de su enjambre,
más allá de los espejos,
del azándar y del cáliz,
bella en su muerte andaluza
cual las magnolias del Parque,

que aunque con rostros seráficos
si a suelos ajenos caen
en su desnudez final
sin un piropo de sangre,
nevado calor florece
la blanca luz de su imagen;

¡y cómo mantiene aún
el candor reverberante,
o gongorizando a ciegas,
sus *otoños de azahares!*

Todos los ángeles son
—¡amor mío!— un solo Ángel;
y vuelve su pulpa humana
con aterrizar de ave,

recién nacida al efecto
a luz del cometa Halley,
virgen de nuevo en la tierra,
con que retroalimentándome
volvióse a pelar la pava,
yo intensamente ruante,
ella echada en el alféizar
doblando su esbelta imagen,

y entra el querer por los ojos
sin roce o peso de carne
limpios los suyos, los míos
cual los pintó Ángel Olarte,
transbordadores de amor
hacia un día inacabable...

pero el día se acabó;
¿es la muerte un desenlace;
se avendrán con sus espejos
los descendentes semblantes?

Fuese alejando su orilla,
estela enjuta es el cauce
y mientras remuerdo el ágamo

para contener un ¡ay!,
abroman los ojos míos
porosamente humectantes
—¡última noche contigo!—
un velo de agua que cae
y en pos de puertos de gracia
corre al Mar de las Verdades.

10-IV-76

II

COMUNICATIO INTERRUPTA

(24-1-76)

LEJOS del mapa de ruidos
aparéjame en tu in pace
mi navícula de mármol
en este Puerto de Mármoles
que asienta en un mar de cruces
su fondo retestinante,

con que al final de mi pena
zarpando para ese viaje
pudiéramos algún día
saber lo que no se sabe,
pues saberlo sin pecado
sólo tras la muerte cabe,
yendo en tu Santa Compañía
con lemniscata incesante

cuando volvamos los muertos
a suplir en los hogares
la ausencia de cuantos hijos
ocupen nuestras vacantes
sin que nos abran camino
las bengalas de la carne,
¡qué infinito en pie de amor
fuera el 8 de tu calle!

Pedro Perdomo Acedo nace en Las Palmas de Gran Canaria el 16 de mayo de 1897. Desde joven destaca su vocación poética, relacionándose con los intelectuales de la capital isleña y, en especial, con Alonso Quesada. En 1917 marcha a Madrid para cursar estudios en la Escuela Superior de Magisterio. Perteneciente, por fecha de nacimiento, a la generación del 27, vive intensamente la vida literaria madrileña. Entre sus amistades de aquella época destacan Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna, Rafael Alberti y José Ortega y Gasset, de quien fue discípulo. En 1928 funda el periódico "El País" en Las Palmas, que dirige hasta 1933 que finaliza. La guerra civil lo sorprende en Sevilla donde estaba realizando unos reportajes para el periódico madrileño "El Sol". A su regreso a Las Palmas es redactor de la antigua plantilla de "La Provincia" y dirige "Diario de Las Palmas". Durante su vida colaboró en "España", "Revista de Occidente" y "La Lectura", de Madrid; "Nosotros", de Buenos Aires; "La Verdad", de Murcia, y en "La Rosa de los Vientos", de Tenerife. Al margen de su obra poética aquí recogida, queda aún mucha obra inédita, mayor aún en extensión a la publicada. Fallece en Las Palmas, el 29 de mayo de 1977.

Manuel Alvar (Benicarló, 1923), es actualmente Director de la Real Academia Española y ha sido Catedrático de las Universidades de Granada (1948), Autónoma de Madrid (1968) y Complutense de Madrid (1969). Miembro de las

principales sociedades lingüísticas del mundo, y asiduo conferenciante y profesor en los más importantes centros de investigación de Europa, Asia y América, es también doctor "honoris causa" por las Universidades de Valencia, Zaragoza, Granada, Sevilla, Salamanca, Valladolid, San Marcos de Lima, Burdeos y Pisa. Entre el más de medio millar de trabajos publicados, tanto de literatura medieval como clásica y contemporánea, tanto en lingüística diacrónica como de filología medieval y moderna, destacan sus aportaciones a la dialectología y sociolingüística, materias en las que es autoridad máxima en el ámbito hispánico. Entre los numerosos estudios que ha dedicado a la dialectología canaria destacan *El español hablado en Tenerife* (1959), *Estudios canarios* (1968), *Niveles socio-culturales en el habla de Las Palmas de Gran Canaria* (1972) y el *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Canarias* (ALEICAN) (1975-1978).



Biblioteca Básica Canaria

1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología poética*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABRÉU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de la Corte de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas Literarias*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Fragmentos de mis memorias*.
13. Benito PÉREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Ángel GUERRA: *La lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso.

21. Manuel VERDUGO: *Estelas y otros poemas*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Campanario, Romanticismo y Enigma del invitado*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Antología poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Crimen y otros textos*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Poemas de la isla*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra selecta*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología poética*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *El nómada sale*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Bajo el signo de la hoguera*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia*.
43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra*.
44. Isaac DE VEGA: *Conjuro en Ijuana*.
45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.

46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad.*
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita.*
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal.*
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde.*
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos.*
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe.*
52. Nivaria TEJERA: *El barranco.*
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra.*

Se acabó de imprimir
el día 28 de mayo de 1990,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

Este *corpus* lírico revela que, en lo fundamental, el alma de Pedro Perdomo se distingue por su tendencia especulativa. En este autor no privan los sentimientos fugaces, sino el pavoroso problema de la existencia. Con todo, la índole reflexiva no aminora el valor puramente lírico de sus poemas.

Ventura DORESTE



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem